

PIERRE QUIROULE

La
Ciudad Anarquista
americana

OBRA DE CONSTRUCCIÓN REVOLUCIONARIA

Con el plano de la Ciudad Libertaria

Editado por "LA PROTESTA"
BUENOS AIRES
1914

(Introducción y Notas de Félix Weinberg)



Digitalizado por
Ateneo Trashumante "Neuquen Libre"
Neuquén - Argentina

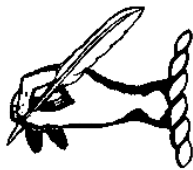
Advertencia del Digitalizador

Aquí presentamos una selección de textos anotados de la obra de Pierre Quiroule efectuada por Félix Weinberg y que fuera publicada (junto a una selección del trabajo del socialista marxista Julio O. Dittrich) bajo el título **“Dos Utopías Argentinas de Principios de Siglo”** (Editorial Solar/Hachette, Buenos Aires, 1976).

Acompañan a los escritos de Quiroule dos textos de F. Weinberg: una “Introducción” y un estudio de la “Situación social e ideologías en los comienzos del movimiento obrero argentino”.

Por razones obvias hemos omitido la selección de textos y análisis de la obra de Julio O. Dittrich titulada *“Buenos Aires en 1950 bajo el régimen socialista”*.

Con fin de ser fieles con el autor: agradeceremos a los compañeros que nos señalen cualquier errata que se haya deslizado en la digitalización del presente texto.



Digitalizado por

Ateneo Trashumante “Neuken Libre”

Neuquén - Argentina



"Los datos más certeros de las ciencias sociales impiden creer toda la utopía; pero obligan a aceptar toda la realidad que ella contiene."

JOSÉ INGENIEROS (1906)

INTRODUCCIÓN

Existe en la Argentina una tradición utopista. Ella comienza con la generación de 1837, en cuya conformación ideológica gravitaron Saint Simón y los principales exponentes del romanticismo social; ¹ más adelante aparecen algunos seguidores de Fourier. Después de Caseros se reedita en Buenos Aires una obra de Cabet, y en el periodismo de la época se advierten huellas de Proudhon. A su turno se registran ecos de la prédica de algunos protagonistas de la Comuna. El ciclo culmina al aparecer en nuestro escenario el socialismo científico y el anarquismo.

Lo antes expresado está referido al plano más estrictamente político pues en lo literario hay también una rica —y olvidada hasta ahora— tradición de carácter utópico que se remonta a un siglo atrás y llega a nuestros días, y que analizaremos en una próxima obra.

Las utopías de que nos vamos a ocupar ahora —*Buenos Aires en 1950 bajo el régimen socialista*, de Julio O. Dittrich, y *La ciudad anarquista americana*, de Pierre Quiroule— las consideramos como un capítulo novedoso de la historia de las ideas en la Argentina. Estas obras, como se verá, expresan a través de su muy singular carácter, las consecuencias derivadas del proceso de cambio abierto hacia 1880: inmigración europea masiva, crecimiento industrial, formación de la clase trabajadora y aparición de las ideologías obreras clasistas. En este caso el nexo entre historia de las ideas e historia social es más que obvio,

Podrá parecer sorprendente que libros de esta naturaleza se publicaran todavía en el presente siglo; pero se apreciará que ello no constituye un anacronismo. Algunos acontecimientos de la historia contemporánea parecieron sugerir el descrédito y fin de las utopías. El fracaso de la revolución francesa de 1848, por lo menos en materia de reivindicaciones sociales, resultaba indicativa de que ya no se podía confiar más en generosas quimeras.² Los avances posteriores del socialismo en Europa corroboraban aparentemente esta impresión. Sin embargo llegamos a fines del siglo XIX y continúan publicándose nuevas utopías.³ Y en los años siguientes, imperturbables, estas obras prosiguieron atrayendo el interés del público a través de nuevos autores y de nuevas producciones: Edward Bellamy, *Looking Backward* (1888); William Morris, *News from Nowhere* (1890); Theodor Hertzka, *Freiland* (1890); H. G. Wells, *A Modern Utopia* (1905), Anatole France, *Sur la Pierre Blanche* (1905); Aldous Huxley, *Brave New World* (1932); Herbert Read, *The Green Child* (1935)... El saludable inconformismo seguía

expresando anhelos de una sociedad justa y libre. Esta vigencia de las utopías requiere una explicación. Las obras de este tipo que aparecen desde fines del siglo XIX en adelante se distinguen de las utopías clásicas —Moro, Bacon, Campanella, etc.— en que ya no se desarrollan en lugares de ficción ni son más o menos atemporales, sino que anticipan imaginariamente cambios sociales de proximidad inmediata en países determinados, a cuya concreción podría llegarse mediante mecanismos previsibles y conocidos.⁴ Las utopías argentinas estaban, pues, adscriptas al anhelo de reestructuraciones sociales y a la búsqueda de nuevas formas políticas, que signan el clima de esos tiempos.

Hay en estas obras argentinas, claro está, una fuente nutricia local y un objetivo de radicales transformaciones de la vida nacional.⁵ Los dos libros fueron escritos en una época de grandes agitaciones obreras. La ola de huelgas alcanzó en 1907 uno de los picos más altos por el número de los obreros que en ellas participaron. Graves sucesos jalonan la primera década de este siglo; con posterioridad sobrevendrían años de depresión económica con su secuela de carestía y desocupación que agravaron aun más la situación de la clase trabajadora argentina. Las concretas circunstancias sociales que se vivían parecían cerrar todas las vías de solución de los problemas obreros. El enfrentamiento con la clase dirigente en los planos de las luchas sindicales y política convertía a los asalariados en insoslayables factores de presión. Simultáneamente con el endurecimiento de unos, el escepticismo de otros y el cansancio de no pocos se encontraron los obreros de Buenos Aires con libros que mostraban caminos prospectivos, que en forma deliberada apelaban a "soluciones" fuera del ámbito de la realidad. Estas anticipaciones utópicas obrarían como espejos donde la clase obrera pudiera "ver" la culminación triunfal de sus luchas; y como los autores de utopías eran obreros, cabe preguntarse si más allá de su implícita voluntad de alentar cambios sociales por vías oblicuas, esas obras no reflejan el estado incipiente de la clase asalariada en el contexto de las poco desarrolladas condiciones económicas del país en esa época. Pero si bien las relaciones sociales originadas por el proceso de industrialización eran aún demasiado nuevas en la Argentina cuando se escribieron dichas obras, precisamente por nuevas mostraban en forma descarnada los problemas que se engendraban. La relativa simplicidad de las formas económicas y de las relaciones sociales, unida a la abstracción como uno de los métodos de análisis de los objetivos por alcanzar, permitieron la aparición de planteos esquemáticos de índole utópica. El discurso conceptual que encierran esas obras, más allá de su metodología ahistórica, exterioriza —con la perspectiva del tiempo transcurrido desde su aparición— un innegable esfuerzo de comprensión orientado a integrarse en la realidad social nacional y a promover rápidamente su perfeccionamiento, aunque fuere con propuestas imaginarias. La utopía, por principio, está en pugna con la realidad, pero también es parte de ésta en tanto contribuye de algún modo a estimular la necesidad de cambio y a alentar expectativas por una sociedad mejor. En el caso concreto de los autores que aquí nos ocupan, ellos proyectaron en sus obras inquietudes y esperan/as de la clase trabajadora de principios de siglo.

Sin embargo el utopismo estaba muy lejos de ser la orientación predominante en los principales movimientos políticos obreros de nuestro país. Aunque tal vez, con más receptividad y perduración entre los militantes libertarios, en verdad los inspiradores y seguidores del utopismo se reducían a unos pocos casos individuales. Tanto en el campo del socialismo como del anarquismo se censuraba duramente a quienes se dejaban arrastrar por los caminos de esas elucubraciones intelectuales aparentemente escapistas. La realidad social era lo suficientemente difícil y agobiante como para no exigir de adherentes y simpatizantes otra cosa que renovados esfuerzos para comprenderla y transformarla, a la luz de las doctrinas respectivas.

El socialismo excluirá por principio toda especulación acerca de la organización de la futura sociedad socialista.⁶ Germán Ave Lallemand, el primer ideólogo del socialismo argentino, dirá terminantemente que "para que una teoría sea aplicable, por legítima que parezca, es preciso que su fundamento se encuentre en los *hechos* antes que en el cerebro" y agrega: "Así los primeros socialistas teóricos, Saint Simón, Fourier, Cabet y Owen, no pudieron sacar al socialismo del dominio de la utopía. . .".⁷ Juan B. Justo, a su vez, en 1910 afirmará que "el problema del socialismo no es en este país, ni en otro alguno, poner en práctica un plan concluido y perfecto de organización social", pues eso es extraviar al pueblo en las nubes del ensueño y una forma cómoda de rehuir los problemas de la realidad.⁸

En el campo anarquista las opiniones son similares: "No podemos tener la ridícula pretensión de creer que pueda trazarse el verdadero cuadro de la sociedad futura", escribe Jean Grave.⁹ Elíseo Reclus sostendrá que los anarquistas no deben retirarse del mundo "para fundar una especie de Ciudad del Sol, habitada únicamente por elegidos".¹⁰ Por su parte dos prominentes figuras del anarquismo argentino insistirán sugestivamente: "No nos torturan extraordinariamente los problemas futuristas que agitan el cerebro de algunos camaradas. . . ¿Debemos dedicarnos a profetizar sobre el «mañana», cuando lo que urge es resolver las cuestiones de hoy?"

11

Es comprensible que estas opiniones se viertan desde el punto de vista de la política activa, militante, en que estaban embarcados tanto socialistas como anarquistas, ya que ambos repudiaban el ideologismo meramente especulativo. Ahora, a la distancia de dos tercios de siglo, miramos las utopías con una óptica diferente. ¿Todo en ellas es pura fantasía o hay atisbos verosímiles de lo que podría ser una nueva sociedad? Pensamos que ellas encarnan, más allá de lo accesorio y contingente, interesantes propuestas de cambio. Paradójicamente estas propuestas de cambio —insólitas en su época y condenadas por los orientadores del movimiento obrero— pueden ser útiles aún hoy para la observación y cotejo de las reales perspectivas y dimensiones de determinados procesos de transformación de la sociedad. Dicho está que estas utopías no las consideramos como meros pasatiempos literarios. Si bien rehuyen el contexto histórico y marginan la realidad son en muchos aspectos construcciones racionalizadas. Es cierto que hay dispersos en sus páginas innumerables conceptos que oscilan entre lo pintoresco, lo extravagante y lo absurdo,

pero de no pocas de sus formulaciones pueden extraerse con provecho inquietudes e iniciativas merecedoras de replanteos realistas.

De ahí que en nuestro estudio el análisis de las utopías lo hacemos como si ellas —según las indicaciones de los autores— funcionaran de verdad. Esta fisiología de la sociedad utópica acaso permita poner en evidencia los verdaderos alcances y límites de las propuestas que encierra esta singular literatura política. Pero es terreno vedado discutir a los autores de las utopías acerca de la factibilidad y aun de la razonabilidad de los cambios sugeridos. Las obras de este género se juzgan por lo que dicen y no por lo que creemos que debieran decir.

¹ Véase al respecto Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837*, Hachette (Colección El Pasado Argentino), Bs. As., 1958. (Segunda edición en prensa.)

² Roger Picard, *El romanticismo social*, Fondo de Cultura Económica, México, 1947, pág. 281. Sobre el entusiasmo e ilusiones que entre nosotros despertaron estos acontecimientos puede verse Félix Weinberg, "La revolución francesa de 1848 y su repercusión en el Río de la Plata", en *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, Universidad Nacional del Litoral, t. III. Rosario, 1958, págs. 107-120.

³ "Se podría creer que el advenimiento del socialismo científico pondría fin a las utopías socialistas. No es así." Esto dice *La Revue Socialiste*, t. XV, N° 88, Paris, abril 1892, pág. 385, al comentar la aparición del libro de William Morris.

⁴ Joyce Oramel Hertzler, *The History of Utopian thought*, Cooper Square Publishers, New York, 1965, pág. 225.

⁵ Al respecto escribió Nettelbladt: "Nada es más útil en utopías que su localización, su adaptación a cada país, porque tanto como seamos internacionalistas en ideas y sentimientos, igualmente seremos siempre hijos del medio ambiente para las formas y matices de las aplicaciones prácticas". Cfr.: Max Nettelbladt, *Esbozo de historia de las utopías*, Imán, Bs. As., 1934, pág. 87.

⁶ G. D. H. Colé, *Historia del pensamiento socialista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, t. III, pág. 263. Es bien conocido el estudio de Federico Engels donde se deslinda críticamente las posiciones entre *Socialismo utópico y socialismo científico*, editado por primera vez en la Argentina, precisamente con ese título, por la Biblioteca de "La Vanguardia", Imprenta Elzeviriana, Bs. As., 1894.

⁷ *El Obrero*, N° 8, Bs. As., 14 de febrero de 1891, pág. 3, cols. 3-4.

⁸ Juan B. Justo. *El socialismo argentino*, Lib. de "La Vanguardia", 2ª ed., Bs. As., 1915, pág. 34.

⁹ Juan Grave, *La sociedad futura*. F. Sempere, Valencia, s/f., t. II, pág. 15.

¹⁰ Eliseo Reclus, "Las colonias anarquistas", apéndice al libro de Carlos Malato, *Filosofía del anarquismo*, B. Fueyo, Bs. As., 1924, pág. 153.

¹¹ E. López Arango y D. A. de Santillán, *El anarquismo en el movimiento obrero*, Cosmos, Barcelona, 1925, págs. 124 y 131.

SITUACIÓN SOCIAL E IDEOLOGÍAS en los comienzos del MOVIMIENTO OBRERO ARGENTINO

Dentro del proceso de modernización iniciado en la Argentina durante la segunda mitad del siglo pasado, uno de los factores de mayor gravitación lo constituye el masivo aporte inmigratorio. La complejidad y amplitud de este fenómeno sigue mereciendo renovado interés por parte de los estudiosos de la historia social, porque, más allá de lo cuantitativo, se produjo una verdadera transformación de la fisonomía nacional. La interrelación del desarrollo agropecuario, expansión del comercio exterior, incremento de las inversiones extranjeras, crecimiento industrial, con el simultáneo arribo de grandes contingentes de mano de obra de procedencia europea, contribuyó —en el marco de renovadas relaciones de integración económica internacional— a impulsar una nueva dinámica productiva que determinaría decisivos cambios en la estructura económicosocial del país.¹

El proceso de industrialización engendró una larga serie de problemas y tensiones sociales característicos de ese fenómeno pero que eran virtualmente nuevos en el país. El hecho más obvio y que resume, en cierto modo, la nueva realidad, es la formación de una clase obrera. Y ésta, desde temprano, comienza a constituir sus organizaciones sindicales y a exteriorizar sus propias reivindicaciones. Desde la Unión Tipográfica, de 1877, primer sindicato de asalariados formado en la Argentina, los trabajadores habrán de recorrer un arduo, tumultuoso y esperanzado camino de luchas. Y si en un principio la embrionaria organización obrera tenderá fundamentalmente a conquistar mejoras en su situación laboral y en sus condiciones de vida, muy pronto, avanzado un proceso de "concientización" política, se planteará la necesidad de promover la emancipación de su clase. La necesidad de defender sus intereses específicos y el estímulo concurrente de las ideologías obreras determinaron —en un lento pero constante proceso— que los trabajadores fueran organizando sindicatos por oficio. A la precursora y ya mencionada Unión Tipográfica, se agregarán luego la Sociedad de Obreros Molineros (1881), la Unión Oficiales Yeseros (1882), la Sociedad de Resistencia de Obreros Marmoleros (1883), la Sociedad Internacional de Carpinteros, Ebanistas y anexos (1885), la Fraternidad (de maquinistas y fogoneros ferroviarios) y la Sociedad de Resistencia de Obreros Panaderos (1887), la Unión Obreros Albañiles (1890) . . . Con el paso de los años la lista se hará interminable hasta comprender prácticamente a todos los oficios y especialidades, no sólo en Buenos Aires sino en gran parte del país.

Los sindicatos serán el eje de la resistencia obrera. Las luchas por aumentos de salarios, reducción de la jornada laboral, mejoras en las condiciones de trabajo, y otras diversas reivindicaciones —algunas de las cuales trascendieron los objetivos meramente economicistas para realizar planteos de solidaridad con grupos en

huelga, y otras que tuvieron innegables connotaciones políticas— van a promover más frecuentes y amplios conflictos con los patrones o empresarios. Las huelgas parciales de fábrica se irán anudando en huelgas locales y aun generales de variada duración o intensidad, las que comprenderán a todo el país. La huelga se convertirá en el recurso habitual de lucha de la clase trabajadora.

La inicial indiferencia de los sectores gobernantes frente a estos problemas se trocó pronto en una política represiva de la acción de los huelguistas. Desde entonces se reiteraron los encarcelamientos y deportaciones de obreros, clausura de locales sindicales y enfrentamiento armado de mítines y manifestaciones, con su secuela de víctimas fatales. Para contener o sofocar los impulsos inconformistas y cada vez más rebeldes de los trabajadores se sancionó una legislación punitiva (leyes de residencia y de defensa social) y se proclamó en varias ocasiones el estado de sitio.² Después de muchas sombrías y dolorosas jornadas de lucha, cada vez se iba haciendo más claro que para el logro de las reivindicaciones obreras debía enfrentarse no sólo a la clase dominante sino al aparato estatal que la representaba.

En todo este proceso de organización y movilización de la clase trabajadora argentina desempeñaron un papel decisivo las ideologías revolucionarias, que introdujeron en el Plata militantes proletarios de origen europeo al comenzar aquí la etapa de industrialización. Es decir que los talleres y fábricas locales, al ocupar mano de obra inmigrante, contribuyeron simultáneamente a atraer las ideas propias de la clase asalariada.

Haciendo abstracción de los emigrados a nuestro país, como consecuencia de los movimientos revolucionarios europeos de 1848, de los que ya alguna vez nos hemos ocupado,³ y de los que vinieron en la década del 60, cuyas influencias ideológicas analizaremos en otra ocasión, corresponde sí detenerse, por su directa y principal intervención en la organización del flamante movimiento obrero argentino, en ciertos grupos de inmigrantes que llegaron a Buenos Aires en el período 1870-1890. La derrota de la Comuna de París, la caída de la primera república española, las leyes antisocialistas de Bismarck y la represión de insurgencias obreras en Italia, precipitaron en el Viejo Mundo una importante emigración de trabajadores de notoria militancia política, muchos de los cuales arribaron a nuestras playas.⁴

Muy pronto hacen sentir aquí su experiencia y diligencia organizativa. En 1872 se crea en Buenos Aires, por acción de veteranos comunistas, una Sección Francesa, en carácter de filial de la Asociación Internacional de Trabajadores; meses después otros grupos obreros fundan una Sección Italiana y una Sección Española. Las tres Secciones estaban ligadas por un consejo federal común, que envió representantes al Congreso de la Internacional celebrado en La Haya ese mismo año. En 1873 llegó a Buenos Aires Raymond Wilmart, quien desde aquí, por correspondencia, tuvo al tanto al Consejo General de Londres, de las actividades de

estos organismos al tiempo que se encargaba de distribuir libros y folletos socialistas. Después de varios años de trabajo estas Secciones desaparecieron. En 1882, a iniciativa de emigrados alemanes socialdemócratas, se funda el Club Vorwärts, que habría de desarrollar una importante actividad política.

En la década del 80 se constituyen en Buenos Aires varias entidades de tendencia anarquista, entre ellas el Círculo Comunista Anarquista (1884), el Círculo de Estudios Sociales (1885) y el Círculo Socialista Internacional. El dirigente libertario italiano Enrico Malatesta fue el animador de los dos centros últimamente citados. Se inician por entonces las ardorosas polémicas que separarán de forma irreconciliable a anarquistas de socialistas, y que tanta repercusión tendrían en el seno del movimiento obrero. Y es que unos y otros mostraban todo el vigor de su fuerza precisamente en las organizaciones sindicales, cuya hegemonía se disputarían por largos años.

En años siguientes se constituyeron nuevos centros obreros de tendencia socialista. Los inmigrantes de origen francés se concentran en Les Egaux; los italianos en el Fascio dei Lavoratori; y obreros de nacionalidades varias, incluidos argentinos nativos, dan a luz una Agrupación Socialista, que más adelante cambió su nombre por Centro Socialista Obrero. Todos estos núcleos, juntamente con los alemanes del Club Vorwärts, van a organizar en 1894 el Partido Socialista Obrero Internacional, que dos años más tarde se convierte en el Partido Socialista Obrero Argentino.

A su vez los anarquistas, atrincherados en sus voceros periodísticos, de batalladora prédica, fueron aumentando su influencia en los medios obreros a través de las numerosas sociedades gremiales de resistencia que iban creando. Allá por 1898, impulsada por Pietro Gori, intelectual italiano que residió varios años entre nosotros, se organiza una Federación Libertaria, al parecer de vida efímera. Gori protagonizó, como dice Abad de Santillán, "verdaderas epopeyas oratorias" en el curso de sonadas discusiones con los dirigentes socialistas.⁵

La difusión de las ideas socialistas y anarquistas se realizaba mediante conferencias y reuniones en bibliotecas y centros de estudios para obreros, y en mítines callejeros; pero el medio de propaganda de mayor repercusión popular era el periodismo. De la larga nómina de órganos de prensa editados por ambas tendencias, sólo recordaremos, por su prolongada trayectoria, a *La Vanguardia* (1894) y *La Protesta Humana* (1897), que a partir de 1903 pasó a llamarse *La Protesta*.⁶ Este último periódico y *La Vanguardia*, convertidos en diarios en 1904 y 1905 respectivamente, alcanzaron una difusión masiva de decenas de millares de ejemplares, llegando así con su prédica a muy amplios sectores obreros de todo el país.

Bien tempranamente algunos dirigentes se plantearon la necesidad de aunar fuerzas agrupando a los dispersos organismos gremiales. El primer intento data de

1890, cuando un Comité Internacional Obrero organizó en Buenos Aires por primera vez la celebración del 19 de Mayo y promovió al año siguiente la constitución de la Federación de Trabajadores de la Región Argentina, integrada en un principio por apenas cinco sindicatos de la Capital Federal. Pero esta Federación, de signo socialista, tuvo corta vida. Solo una década más tarde, en 1901, y tras superar inevitables disidencias, se pudo cristalizar una nueva Federación Obrera Argentina, en la que convivieron anarquistas y socialistas. Pero al año siguiente éstos promovieron una escisión al crear la Unión General de Trabajadores, que al cabo de algún tiempo quedó bajo el control de dirigentes de tendencia sindicalista. Ásperas polémicas entre los líderes obreros, separados por divergencias ideológicas, postergaron por años la unidad sindical, cada vez más imprescindible ante la marea represiva que se desató en la primera década del siglo contra la clase trabajadora organizada. Varias veces, en años sucesivos, la jornada del 1° de Mayo se tiñó de sangre. El estado de sitio se volvió recurso habitual para defender el "orden público".⁷ La división que imperaba en las filas obreras tuvo frustrantes y penosas consecuencias. Algunas huelgas parciales tuvieron poco eco entre los trabajadores e incluso fracasó una huelga general. En 1909, por fin, se da un importante paso hacia la unidad al constituirse la Confederación Obrera Regional Argentina, pero sólo en 1914 se consolida ese propósito al quedar la Federación Obrera Regional Argentina (F.O.R.A.) —sucesora de la F.O.A. de 1901— como única central obrera. Se ha estimado que por esos años existían organizados alrededor de doscientos gremios.⁸

Fue necesaria esta sintética recapitulación de páginas de la historia de nuestro movimiento obrero para comprender algunos aspectos de los alcances del proceso de incorporación de los trabajadores inmigrantes a la sociedad argentina. Es sabido que las características abiertas que ésta presentaba en el período 1880-1914 facilitó a una minoría un rápido ascenso social, que la llevaría a conformar una parte gravitante de la clase media. Como es notorio, la mayoría del empresariado industrial y comercial, en la época, era de origen extranjero. Pero no es el caso de detenernos a verificar la situación excepcional de esa minoría sino antes bien introducirnos en algunos problemas que le tocó afrontar a la inmensa muchedumbre que aportó la mano de obra requerida por el crecimiento industrial. En la etapa aquí considerada los obreros extranjeros predominaron numéricamente sobre los nativos; pero en su mayoría unos y otros tenían en común su origen migratorio: Europa, en un caso, y las provincias interiores del propio país, en el otro. Los datos demográficos muestran que Buenos Aires tuvo por esos años un acelerado crecimiento y esto engendró entre otros muchos problemas sociales, el de la demanda insatisfecha de vivienda. El conventillo —y su hacinamiento— constituyó el techo de muchos millares de criollos y de gringos. Allí, superando barreras de lenguas y costumbres, se fue anudando la convivencia solidaria de los pobres: santiagueños, tucumanos, cordobeses, españoles, italianos, polacos. . .⁹ El matrimonio, primero, y los hijos después, fueron las áncoras del arraigo afectivo del gringo.¹⁰ Ningún edicto podía ya cuestionarle que esta tierra era también suya.¹¹ Acaso las primeras iniciativas del inmigrante urbano, en un medio que aún desconocía, hayan tendido, con sentido gregario, a asegurar la comunicación con su connacionales aquí

radicados. Paradójicamente, pese a subsistir en su país natal los factores negativos que les expelieron a la Argentina, aquí, como autodefensa, se aferrarían en un principio a su lealtad originaria. Las sociedades mutuales y recreativas por nacionalidad desempeñarían un papel conservador de identidad cultural, pero posibilitaban al mismo tiempo una gradual integración en el nuevo medio.

El fenómeno de la integración se fue logrando por múltiples vías. Los inmigrantes incorporan al país nuevos hábitos y pautas culturales (alimentación, vestido, gustos artísticos, etc.). Pero desde luego el contacto cultural incidió también activamente sobre los inmigrantes, que adoptaron la lengua y muchas costumbres peculiares del país.

Cuantitativa y cualitativamente la presencia del inmigrante en la Argentina habría de determinar cambios profundos e irreversibles que alteraron la fisonomía misma del país. "El aporte inmigratorio —se ha escrito con acierto— tuvo un peso tan grande en relación a la población argentina originaria de la colonización española, que no correspondería considerar el fenómeno en términos de una *asimilación* de los inmigrantes, sino de su *conurrencia* para la formación de una nueva realidad cultural y nacional."¹²

Pero son las luchas obreras las que fueron incorporando a los asalariados a la vida política del país. Las penosas condiciones de vida y de trabajo los empujaron a enfrentar a los empresarios pero esto a su vez —cuando los conflictos se ahondaron y. generalizaron— los "enfrentó objetivamente con la élite dirigente". Por el peso de su número y organización los inmigrantes proletarios aportaron decisivamente para la conformación de la clase obrera como clase nacional, esto es, inserta en la realidad social específica del país. A impulsos de socialistas y anarquistas comenzaban los trabajadores a gravitar en la política argentina.¹³

Sin embargo la conciencia de clase seguía siendo una expresión minoritaria dentro de la masa de asalariados. En 1907, por ejemplo, de un total de 216.970 obreros ocupados en la Capital Federal, sólo cotizaban en los sindicatos. 25.197 individuos.¹⁴ Pero su influencia sobre el conjunto de trabajadores fabriles se exterioriza a través de la envergadura que adquirieron ciertos movimientos de huelga, sobre todo los de carácter general.

Constituida y organizada la clase obrera argentina, hace sentir su presencia de muy diversas maneras, incluso a través de la actitud que adoptan las clases dirigentes, cuyas referencias a la "cuestión social" reflejan casi siempre rechazo y temor por la acción de los inquietos advenedizos. Pero la acción reivindicativa —aun cuando no se expresara siempre en términos definidamente políticos— bastaba ante los ojos de quienes tenían el poder para identificar al movimiento obrero como amenaza contra la prosperidad nacional y subversivo para el *status* vigente.¹⁵ Y aunque consideran a la acción de grupos ideológicos promotora de conflictos sociales, algunos estadistas como el presidente Roca, en 1904, llegaron a admitir que los enfrentamientos entre asalariados y capitalistas constituían un

fenómeno que no podía sorprender porque era inherente a las nuevas relaciones sociales que engendra la industrialización.¹⁶ Esta orientación, más comprensiva de las necesidades obreras, inició tímida y gradualmente los primeros pasos de la legislación laboral argentina.¹⁷

Si bien la clase obrera se había erigido en un factor gravitante en la vida política urbana, tenía en la práctica cerradas las posibilidades de intervenir en la acción cívica. La rígida estructura política tradicional del país entraba en este campo en contradicción con la dinámica del proceso de cambio. "La legislación argentina —escribe Bagú— había creado ciertas condiciones favorables para la inmediata incorporación del migrante internacional a la estructura económica, pero no ofrecía ningún estímulo para su incorporación a la estructura política. El inmigrante no se sentía empujado a adquirir la ciudadanía, procedimiento judicial lento y algo costoso, en un ambiente político de características nada alentadoras." Agrega el mismo autor que los resultados de este sistema son elocuentes. "En 1895 apenas el 0,1% del total de los extranjeros residentes en todo el país había adquirido su ciudadanía; en 1914, no más del 0,9 %. Aun en la ciudad de Buenos Aires, donde el índice era mucho más elevado, en 1914 solo alcanzaba al 2,3 %."¹⁸ El fraude, la violencia preelectoral, la represión, coadyuvaban a alejar a los obreros de las actividades políticas y a hacerles adoptar una actitud de indiferencia.

Pero la segregación de los obreros inmigrantes en cuanto a la vida cívica argentina se refiere fue desvaneciéndose a medida que aquéllos se integraban en el país a través de las reivindicaciones propias de su clase, en el marco de una estructura nacional que implícitamente se asumía, más allá de las formulaciones internacionalistas.¹⁹ En esta orientación nacionalizadora cupo al socialismo un papel destacado porque insistió programáticamente sobre la necesidad de que los obreros inmigrantes adquirieran la ciudadanía del país que ahora los albergaba. Las luchas electorales no sólo permitían dilucidar desde otro ángulo la problemática total del país —aun dentro de los límites impuestos por las reglas de juego vigentes— sino también insertarse en la continuidad histórica del mismo. Y aunque fue una minoría la que se ciudadanizó —como acaba de puntualizarse—, importa mucho la referencia porque ella desde el principio se identificó explícitamente con el país. El cosmopolitismo que prevaleció en la mayoría de los inmigrantes no hizo sino demorar un proceso irreversible.

Los anarquistas rechazaban la participación de los extranjeros en la actividad política electoral porque tenían la convicción de la inutilidad de tales esfuerzos para corregir los vicios del sistema.²⁰ Por lo demás, el internacionalismo extremo que practicaban les hacía desconocer las fronteras nacionales y rechazaban la existencia misma de los Estados burgueses, por lo que se desinteresaban de todo aquello que no tuviera directa relación con los problemas obreros. Y para derrotar a la clase dirigente —aquí, como en otros países —apelaban a la huelga insurreccional y a las llamadas acciones individuales.

No obstante que amplios contingentes obreros influidos por el anarquismo se negaban a intervenir en la "política criolla", los socialistas, desde el momento mismo de la fundación de su partido, en 1896, procuraron utilizar el sufragio para obtener bancas parlamentarias con el fin de conquistar el poder político para la clase trabajadora.²¹ De allí la sistemática campaña de ese partido con el objeto de ensanchar sus bases de sustentación incorporando a los extranjeros —previa naturalización— a una activa militancia en la política argentina, todo ello sin negar el carácter internacionalista del movimiento obrero. Es de recordar que en la famosa polémica de 1908 con Ferri, Juan B. Justo justificó doctrinariamente la presencia y acción del Partido Socialista en una Argentina predominantemente agropecuaria y en vías de industrialización. Cabe consignar asimismo que se fue produciendo un creciente acercamiento a las filas del socialismo por parte de la población nativa, tanto de trabajadores como de miembros de la pequeña burguesía. En el año 1896 participan los socialistas por primera vez en un comicio en la Capital Federal. Desde entonces, aún con ciertos altibajos ocasionales, se observa un crecimiento constante de los votos de esta agrupación, que les permitió llevar algunos legisladores a las Cámaras del Congreso Nacional.

Y si bien —como ya se ha visto— la introducción de ideologías revolucionarias se debió a la acción de núcleos de obreros inmigrantes con antecedentes de militancia política en sus naciones de origen, aquí y desde un principio se fueron incorporando trabajadores e intelectuales del país a las nuevas agrupaciones que aquellos promovieron. Surgieron así de sus filas numerosos dirigentes sindicales nativos que tuvieron aguerrida actuación en difíciles años de lucha, y ayudaron a consolidar el movimiento obrero organizado. También ingresaron a los nuevos cuadros —y le dieron un relieve y atractivo especial— escritores, periodistas, dramaturgos, médicos, abogados, etc., de méritos reconocidos. Para recordar sólo unos pocos nombres mencionaremos como militantes socialistas de la primera hora a Roberto J. Payró, José Ingenieros, Juan B. Justo y Leopoldo Lugones; y entre los anarquistas, a Florencio Sánchez, Alberto Ghirardo, Pascual Guaglianone y Rodolfo González Pacheco. Aunque el testimonio que sigue alude únicamente a los socialistas es bien expresivo de la amplitud de la incorporación de argentinos a las organizaciones obreras. "Lo satisfactorio en el movimiento local —escribe Lallemand en 1898— es el hecho de que los que más activamente participan en la agitación son argentinos de nacimiento y en menor medida extranjeros." ²²

Es oportuno recordar aquí las hondas huellas que socialismo y anarquismo dejaron en la literatura argentina. Ambos movimientos fueron el cauce de muy diversas expresiones artístico-sociales. La poesía, la novela, el teatro, fueron tribuna de simpatía, de protesta o de denuncia por las penurias de los proletarios. No fue tarea fácil ni exenta de riesgos porque, como escribiera Ingenieros, "decir la verdad en estos tiempos equivale a desentonar..." ²³

Desde el momento mismo en que se introduce la conciencia de clase y comienzan las luchas sociales, el proletariado argentino —nativos e inmigrantes— a

través de sus voceros, no sólo aspiró a mejorar su nivel de vida sino que se planteó como meta la transformación de la sociedad. Socialistas y anarquistas —no obstante sus irreductibles diferencias doctrinarias— contribuyeron a difundir, cada uno a su manera, la convicción de que la sociedad sin clases sería el verdadero principio de la liberación de los asalariados.

En esta orientación se insertan un par de libros argentinos del género utópico, totalmente olvidados hasta ahora. Estas obras, escritas y publicadas en Buenos Aires y cuyos autores eran europeos inmigrantes, ponen de manifiesto desde un ángulo inesperado, el proceso de argentinización que se estaba operando en las ideologías obreras al radicar aquí, en esta tierra, la formación y funcionamiento de dos sociedades utópicas. En ambos casos hay un propósito ostensible de identificarse con el país y su gente. La clase trabajadora, pese a ser mayoritariamente extranjera, se iba sintiendo nacionalizada por una realidad social e histórica ineludible.

Las ideologías de la clase obrera, concebidas en la vieja Europa, se fueron arraigando en el suelo argentino condicionadas por nuestra peculiaridad nacional. Una exteriorización singular de este fenómeno son precisamente estas sociedades utópicas engendradas entre nosotros y para nosotros, como didáctica siembra de futuras transformaciones sociales. Trascendiendo las luchas políticas y sindicales concretas de la época, en las que los autores —de acuerdo a sus convicciones y con las modalidades propias de cada uno— estuvieron comprometidos, asumen ellos el papel de voceros anunciadores de las por entonces aquí todavía difusas expectativas de cambio social.

¹ Ricardo M. Ortiz, *Historia económica de la Argentina*, Raigal, Bs. As., 1955 (2 tomos); y Gino Germani, *Estructura social de la Argentina*, Raigal, Bs. As., 1955. En particular para la etapa 1880-1914 pueden verse los estudios incluidos en la primera parte del libro de Torcuato S. Di Tella *et al.*, *Argentina, sociedad de masas*, Eudeba, Bs. As., 1965; Roberto Cortés Conde y Ezequiel Gallo, *La formación de la Argentina moderna*, Paidós, Bs. As., 1967; y Ezequiel Gallo y Roberto Cortés Conde, *La república conservadora*, en Tulio Halperín Donghi (dir.), *Historia argentina*, vol. V, Paidós, Bs. As., 1972.

² Sebastián Marotta, *El movimiento sindical argentino*, t. I y II, Lacio, Bs. As., 1960 y 1961; Jacinto Oddone, *Gremialismo proletario argentino*, La Vanguardia, Bs. As., 1949; Diego Abad de Santillán, *La F.O.R.A.*, Proyección, Bs. As., 1971; Rubens Iscaro, *Historia del movimiento sindical*, t. II, Fundamentos, Bs. As., 1973; y Hobart Spalding, *La clase trabajadora argentina*, Galerna, Bs. As., 1970.

³ Cfr.: Félix Weinberg, "La revolución francesa de 1848 y su repercusión en el Río de la Plata", *op. cit.*

⁴ Para algunas de las situaciones mencionadas véase Juan Antonio Oddone, *La emigración europea al Río de la Plata*, Banda Oriental, Montevideo, 1966, *passim*.

⁵ Cfr.: Diego A. de Santillán, *El movimiento anarquista en la Argentina*, Argonauta, Bs. As., 1930; Jacinto Oddone, *Historia del socialismo argentino*, La Vanguardia, Bs. As., 1934 (2 tomos); y Leonardo Paso, *Historia del origen de los partidos políticos en la Argentina*, Centro de Estudios, Bs. As., 1972.

⁶ Sobre la prensa obrera véase Abad de Santillán, *El movimiento anarquista en la Argentina*, cit.; y Dardo Cúneo, "El primer periodismo obrero y socialista en la Argentina", en *Anuario 1944*, La Vanguardia, Bs. As., 1944, págs. 83-126.

⁷ En una declaración de la U.G.T. con motivo de haberse decretado el estado de sitio en 1905 se dice que esa medida se pone en práctica con "la lisonjera esperanza de que el imperio brutal de la fuerza acallase las justas reclamaciones de los trabajadores que piden, dentro de una sociedad cuyo esplendor y riqueza labran con su fatiga diaria, una migaja más de pan, un retazo de dignidad y justicia". Cfr.: Marotta, *ob cit.*, t. I, pág. 206.

⁸ Cfr.: Oddone, *Historia del socialismo argentino*, cit., t. II, pág. 407.

⁹ En un trabajo de Francis Korn sobre "Algunos aspectos de la asimilación de inmigrantes en Buenos Aires", sostiene la autora que "los estratos inmigrantes más bajos se identifican más con el país receptor que los más altos" y "se sienten menos rechazados que los más altos". Agrega que "los estratos nativos más bajos rechazan menos a los inmigrantes que los estratos nativos más altos". Cfr.: Torcuato S. Di Tella *et al.*, *Los fragmentos del poder*, Jorge Álvarez, Bs. As., 1969, pág. 452.

¹⁰ Sarmiento, en 1881, había anticipado la tesis de la identificación del inmigrante con el país a través de los vínculos que crean los hijos. Y agregaba estos conceptos claves: "Nuestra materia social es desde, ahora la generación que viene sucediendo a los primeros inmigrantes, y que ya son ciudadanos argentinos, y la que ya llena nuestras escuelas, colegios, talleres, oficinas, y comienza a presentarse en nuestros comicios y optará luego a las legislaturas, juzgados, congreso y ejecutivo". Cfr.: Félix Weinberg, "Las ideas sociales de Sarmiento", en *Historia integral argentina*, Centro Editor de América Latina, Bs. As., 1970, t. III, págs. 92-112.

¹¹ La literatura argentina ha reflejado con muy diversos enfoques la presencia del inmigrante en nuestra sociedad. Este tema ha merecido ya varios estudios. Véase Gladys S. Onega, *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 1965; Germán García, *El inmigrante en la novela argentina*, Hachette, Bs. As., 1970; Domingo F. Casadevall, *La evolución de la Argentina vista por el teatro nacional*, Ediciones Culturales Argentinas, Bs. As., 1965; y Amalia Sánchez Sívori, "La inmigración en la literatura argentina", en Dardo Cúneo *et al.*, *Inmigración y nacionalidad*, Paidós, Bs. As., 1967, págs. 93-143.

¹² Jorge N. Solomonoff, *Ideologías del movimiento obrero y conflicto social*. Proyección, Bs. As., 1971, pág. 107. Sobre la incorporación de los inmigrantes a la estructura urbana argentina véase también Ernesto Laclau, "Un impacto en la lucha de clases: el proceso inmigratorio argentino", en *Situación*, N° 4, Bs. As., junio de 1960, págs. 17-25; Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Bs. As., 1962, págs. 197-210; Gustavo Beyhaut, Roberto Cortés Conde, Haydée Gorostegui y Susana Torrado, "Los inmigrantes en el sistema ocupacional argentino", en Torcuato S. Di Tella *et al.*, *Argentina, sociedad de masas*, cit., págs. 85-123; Oscar Cornblit, "Inmigrantes y empresarios en la política argentina", en Torcuato S. Di Tella *et al.*, *Los fragmentos del poder*, cit., págs. 389-437; y Dardo Cúneo, "Memoria sobre inmigración", y Julio Mafud, "El desarraigo del inmigrante", en Cúneo *et al.*, cit., págs. 17-61 y 63-91.

¹³ Sobre estos aspectos véase el denso, libro de Julio Godio, *El movimiento obrero y la cuestión nacional. Argentina: inmigrantes, asalariados y lucha de clases. 1880-1910*, Erasmo, Bs. As., 1972.

¹⁴ Extraemos estos datos de Luis N. Grüner, "La organización obrera en Buenos Aires", en el suplemento extraordinario de *La Vanguardia*, Bs. As., 1º de mayo de 1908, pág. 11. Corresponde observar que el total de obreros industriales que resultan de esta estimación está muy lejos de coincidir con las cifras consignadas por los censos más cercanos al año 1907.

¹⁵ Pierre Quiroule, figura anarquista sobre quien volveremos más adelante, escribía en 1893 en su periódico *La Liberté*, que se publicaba en Buenos Aires: "Si en una comarca nueva encontramos las mismas luchas por la vida y los mismos vicios de organización social que afligen a las viejas y decrepitas sociedades europeas, ¿qué motivo habría para asombrarse de ver germinar y propagar entre las masas los principios de las doctrinas libertarias?" Cit. por Abad de Santillán, *El movimiento anarquista en la Argentina*, cit., pág. 55.

¹⁶ Para un análisis de la percepción de los conflictos entre capital y trabajo en los mensajes presidenciales al Congreso Nacional en el período 1881-1916, véase Solomonoff, *ob. cit.*, págs. 226-252.

¹⁷ Debe computarse, a partir de 1904, el proyecto de ley nacional del trabajo, inspirado por Joaquín V. González; y las primeras leyes protectoras de la clase trabajadora, aunque su cumplimiento no siempre fue efectivo. Cfr.: Congreso Nacional, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, Año 1904, t. I, Bs. As., 1904, págs. 63-147; y Alejandro M. Unsain, "La legislación obrera argentina", prólogo a su libro *Leyes obreras argentinas*, Jacobo Peuser, Bs. As., 1916, págs. 3-16.

¹⁸ Sergio Bagú, *Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Bs. As., 1961, págs. 71-72.

¹⁹ Un militante socialista de los primeros tiempos, Augusto Kuhn, observó que los inmigrantes "prácticamente dejaron de ser extranjeros en el instante en que se aprestaron a luchar por el mejoramiento de las condiciones de vida del proletariado argentino". Cit. por Paso, *ob. cit.*, pág. 466.

²⁰ Véase en Godio, *ob. cit.*, págs. 174-175, los argumentos aportados en ese sentido en un elocuente artículo de Alberto Ghirardo, escrito en 1900.

²¹ *La Vanguardia* en su edición del 1º de mayo de 1894 señalaba la necesidad de apresurar la organización de un Partido Socialista Obrero, que ya existiría —dice— "si los cientos de miles de trabajadores europeos que hay en el país supieran librarse de su preocupación patriótica y nacionalizándose se resolvieran a luchar aquí por la emancipación de su clase, ya que no han podido luchar por ella en los países de su nacimiento". Cfr.: Oddone, *Historia del socialismo argentino*, cit., t. I, pág. 228

²² Cfr.: Germán Ave Lallemand, *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina*, selección e introducción de Leonardo Paso, Anteo, Bs. As., 1974, pág. 184.

²³ Sobre autores y obras comprometidas en esa heterogénea y vigorosa corriente véase Álvaro Yunque, *La literatura social en la Argentina*, Claridad, Bs. As., 1941, págs. 227-296; y Rodolfo

A. Borello, "Notas sobre la literatura de protesta en la Argentina", en *Revista de Literaturas Modernas*, N° 12, Mendoza, 1973. págs. 47-62.



III

QUIROULE: LA UTOPIA ANARQUISTA

"Y habiendo posibilidad de realizar inmediatamente en esta parte del planeta la magnífica y bienhechora Utopía, ¿por qué no hacerlo?"

P. QUIROULE

1. NOTICIAS SOBRE EL AUTOR

PIERRE QUIROULE es en realidad uno de los seudónimos que utilizó Joaquín Alejo Falconnet, publicista francés que en Buenos Aires actuó durante muchos años en las filas del movimiento anarquista. Nació en Lyon en 1867, y siendo un niño todavía emigró a nuestro país, acompañando a su padre. En Buenos Aires, en plena juventud, comenzó a colaborar en la prensa de esa orientación ideológica. Su nombre figura entre los colaboradores de *El Perseguido* (1890-1897), flamígero órgano porteño de los comunistas anárquicos, grupo que por esa época prevalecía dentro de la corriente libertaria. En 1893 fundó y redactó *La Liberté*, semanario en lengua francesa que apareció en Buenos Aires hasta 1894, y llegó a publicar un total de 39 números; colaboraron en sus páginas varios compatriotas suyos radicados aquí, como Émile Piette, J. Roux, C. Moreau y Auguste Vaillant. "*La Liberté* —escribe Abad de Santillán al referirse a este periódico— refleja la tendencia kropotkiniana expuesta en *La Révolte*, y afirmaba una corriente más teórica que la de *El Perseguido*, que era más bien de batalla y no tenía el sentido de la organización y de la cohesión. Era un periódico bien escrito y hoy no recorremos sus páginas sin un vivo interés y una cierta admiración ante el optimismo con que se encaraban entonces los problemas sociales." ¹

A fines de 1907 y durante un año aproximadamente integró el grupo editor de *La Protesta*, la tribuna más representativa del anarquismo en la Argentina. Durante esa época tuvo por compañeros de redacción a Eduardo G. Gilimón, Alejandro Sux y Rodolfo González Pacheco, entre otros. Disidencias internas de índole ideológica alejaron momentáneamente a Quiroule de *La Protesta*, a la que regresó en 1913, y donde permaneció hasta 1915, lapso durante el cual también fueron redactores Julio R. Barcos, Juan E. Garulla, Salvadora Medina Onrubia, González Pacheco, etc.²

Entre otras publicaciones en las que participó puede recordarse *Sembrando Ideas*, "revista quincenal de divulgación sociológica", que editó en

Buenos Aires (1923-1925) el famoso librero español Bautista Fueyo, con quien Falconnet colaboró estrechamente a lo largo de décadas.³

Paralelamente a su labor de periodista —"ha colaborado durante más de veinticinco años en nuestra prensa", recuerda Abad de Samillán⁴— desarrolló una intensa actividad como escritor, publicando una gran cantidad de libros y folletos, en su mayoría de difusión de las ideas anarquistas. Fue tal vez uno de los más prolíficos autores que tuvo el movimiento libertario en la Argentina, lo cual contrasta con el absoluto olvido en que ha recaído su nombre en nuestros días.

Trabajó durante muchos años y hasta su muerte, como tipógrafo en la imprenta de la Biblioteca Nacional, adonde ingresó al parecer, por gestión del entonces director Paul Groussac, compatriota y amigo suyo.

Las desavenencias entre facciones enfrentadas que desgarraban al anarquismo y fueron motivo de frecuentes e inflamadas polémicas internas acaso mellaron el entusiasmo con que prodigaba Falconnet su actividad política, y acabó por retirarse de la militancia activa en la década del veinte, prosiguiendo no obstante ello su labor de publicista. Se orientó entonces a temas de índole filosófica. Solo, retraído en su hogar, alejado de sus amigos, sus últimos años fueron los de un filósofo solitario, según la ilustrativa caracterización que de él nos hiciera un familia suyo. Falleció en Buenos Aires el 30 de noviembre de 1938.⁶

La extensa bibliografía de Falconnet, dividida por materias, comprende los siguientes títulos, en una nómina que por cierto no es exhaustiva, ni incluye su prolongada producción periodística.⁶

Obras políticas y sociales:

— *Sobre la ruta de la anarquía (Novela libertaria)*, Bautista Fueyo, Bs. As., [1912], (120 págs.).

— *La ciudad anarquista americana. Obra de construcción revolucionaria, con el plano de la ciudad libertaria*, La Protesta, Bs. As., [1914], (8 + 283 págs.).

— *Justicia social. "Trabaje el que, quiera comer"*. Ateneo Libertario del Sud, Bs. As., 1919 (16 págs.).

— *Orientación social para alcanzar la suma máxima de bienestar y libertad individuales*, Bs. As., 1920 (16 págs.). Dos ediciones.

— *A mi hermano el obrero del campo*, por Juan de la Ciudad, Grupo Comunista Espartaco, Bs. As., s/f. (8 págs.).

— *Para meditar. Al obrero y obrera huelguista*, Agrupación Anarquista Regeneración y Sociedad de Resistencia Porteros y Ordenanzas del Estado, Bs. As., [c. 1920], (19 págs.).

— *Problemas actuales. Sistemas sociales y filosofía anarquista*, Bs. As., s/f (16 págs.).

— *La teoría social constructiva del campesino argentino*, Grupo Comunista Anarquista "Espartacus", Bs. As., 1921 (20 págs.).

— *¡La unificación!*, Grupo Anarquista "Los Comunistas", Bs. As., 1921 (14 págs.).

— *Entre obreros. (Tesis social)*, Grupo Anarquista "Los Comunistas", Bs. As., [c. 1921] (32 págs.).

— *Problemas sociales actuales*, [¿B. Fueyo?], Bs. As., [c. 1922].

— *Un Espartaco negro. (La tragedia de la "Teach")*. Novela histórica, B. Fueyo, Bs. As., [1928], (51 págs.).

— *En la soñada tierra del Ideal*, B. Fueyo, Bs. As., [1924], (76 págs.).

Obras filosóficas:

— *Entretamientos racionalistas. Una nueva, hipótesis sobre la formación del universo*, Bs. As., (15 págs.).

— *La nueva ilusión mental. Huésped, fantasma y espíritu tangible*, Bs. As., [c. 1921], (16 págs.).

— *Los culpables. Controversia filosófica*, B. Fueyo, Bs. As., 1923, (27 págs.).

— *El tiempo y el espacio ¿existen?*, por A. Silex, Bs. As., 1926, (4 págs.).

— *Ocio filosófico. El alma y el cuerpo. (Punto de vista anti-bergsoniano)*, *Seguido de otras varias reflexiones respecto a la Materia-Espíritu*, por Joaquín Falconnet, Bs. As., [c. 1927], (43 págs.).

Viajes:

— *Un filósofo en Posadas*, por Joaquín Alejo Falconnet, L. J. Rosso, Bs. As., 1931 [Con ilustraciones del autor], (186 págs.).

Teatro:

— *El fusilamiento de Francisco Herrero o sea La infamia negra*. Drama en tres actos y seis cuadros, Imprenta Sans Souci, Bs. As., 1910 (42 págs.).

— *El gran crimen europeo*. Drama en cuatro actos y dieciocho cuadros, Imprenta A. Ceppi, Bs. As., 1917 (8 + 109 págs.).

— *La institución sacrosanta*. Drama en un acto y dos cuadros, [¿B. Fueyo?], Bs. As., [c. 1922].

Traducciones:

— Ch. Dupuis, *Origen de todos los cultos y particularmente de la religión cristiana*, [Traducción del francés, adaptación y prefacio], A. Zuccarelli, Bs. As., [c. 1923], (171 págs.).

2. CARACTERES GENERALES DE LA OBRA

La propaganda y acción del movimiento anarquista, de importante predicamento en sectores obreros e intelectuales de la Argentina hasta el primer tercio de este siglo, insistía en un total e intransigente rechazo de la sociedad burguesa cuya destrucción preconizaba. La suya parecía ser una actitud esencialmente negativa ya que no aportaba sino difusas generalidades como sustitución del sistema actual. Quedaba implícito un severo interrogante: ¿los anarquistas sólo pretenden demoler sin saber quehacer con lo destruido?

Tal vez para aventar críticas y dudas semejantes escribió Quiroule en Buenos Aires un voluminoso libro que propone bosquejar la estructura esencial de la sociedad futura, tal como él la presentía.⁷ Era una respuesta propia, personal, que en verdad no comprometía la opinión de sus correligionarios anarquistas, los cuales, por lo demás, solían enfrentarse y dividirse por disensiones ideológicas de insondables alcances. Lo sorprendente —quizá no, según se mire la cuestión— es que para referirse a la sociedad futura debió el autor abandonar los elementos constitutivos de la realidad para dejarse llevar por elucubraciones de utopía.

La utopía de Quiroule se titula *La ciudad anarquista americana. Obra de construcción revolucionaria*, y fue editada en Buenos Aires por el diario *La Protesta* en 1914.⁸ El libro tiene dos dedicatorias y un breve prólogo del autor que preceden al texto, el cual carece de división en capítulos: apenas de tanto en tanto algunos asteriscos señalan ciertas pausas o deslindes temáticos.

El oficio de escritor se refleja en la general soltura con que está elaborada la obra. Los pocos personajes protagonistas hablan con frecuencia en tono enfático, lo cual resulta perfectamente explicable si se tiene presente que las formas expresivas utilizadas en el libro son propias de un romanticismo tardío, extendido aún por entonces, y que sobre todo resulta notorio en los pasajes descriptivos.⁹

La posición intelectual de Quiroule está claramente definida en la principal dedicatoria de su libro que, textualmente, dice así:

*A los admirables utopistas forjadores de Ideal, gloriosos alquimistas del Pensamiento humano, que en el curso de su colosal labor de elaboración y selección filosófica, han hallado al fin, en el fondo del crisol de la sabiduría eterna, la Idea-madre fecunda: ¡Anarquía! poderosa, salvadora. . . idea-palanca que ha de encarrilar al Mundo sobre la vía Vida, dedico este ensayo de la Ciudad anarquista de nuestros ensueños de felicidad.*¹⁰

Antes de entrar de lleno a analizar el contenido del libro de Quiroule conviene detenerse en dos cuestiones previas. Es sabido que las utopías se desarrollan en lugares geográficos más o menos precisos, reales o imaginarios. A su vez la ubicación temporal, volcada en un futuro cercano o remoto, completa con

la de índole espacial los datos esenciales que delimitan el contexto de toda creación utópica. Son dos coordenadas imprescindibles para que una obra de este género tenga rasgos de verosimilitud, aun dentro de las más imaginativas reglas de juego propuestas por el autor.

¿Dónde sitúa Quiroule su "ciudad anarquista americana"? En apariencia sus datos son imprecisos pero hay pistas que ayudan a descifrar el supuesto enigma. Por de pronto se refiere al antiguo reino de El Dorado, en el continente americano; es interesante y sugestiva esa reminiscencia de la vieja quimera de los tiempos coloniales. Los principales topónimos eldoradorianos parecen constituir un tenue velo que no alcanza a ocultar lugares que todos conocemos. La capital de El Dorado se llama Las Delicias (¿Buenos Aires?), situada a orillas del caudaloso río Diamante (¿Río de la Plata?). La nueva Ciudad de los Hijos del Sol está al norte de Las Delicias y cerca de la antigua provincia de Santa Felicidad (¿Santa Fe?). En cuanto al paisaje regional apunta un dato por demás revelador cuando dice que al sur de la nueva ciudad se extienden llanuras inmensas y monótonas, a las que en otra página llama expresamente pampas. Elogia la benignidad de su clima y lo feraz de su suelo. De pronto el autor injerta algo de su propia imaginación, como para romper la fidelidad descriptiva, y menciona entonces la existencia, hacia el Levante, de una serie de colinas de diferentes elevaciones cubiertas de espesos bosques; y en dirección al oeste, a cuatro o cinco millas de la ciudad, una laguna llamada Afrodita, pequeño mar interno que baña toda la región más baja. El paisaje, con estos rasgos, resulta, al decir del autor, "pintoresco, realmente encantador y lleno de poesía".

Pero hay en el libro más indicios extraídos de la realidad y computables para determinar la ubicación del escenario de esta utopía. Se alude así a los indios americanos, antiguos dueños de las pampas de El Dorado, que fueron despojados de sus bienes y territorios por los conquistadores, es decir por los "codiciosos ascendientes de los actuales detentadores" del suelo. Dice que esta región, pese al tiempo transcurrido desde esos sucesos que "sublevaron al universo de indignación", sigue siendo un desierto escasamente poblado y en gran parte inculto. Algo más todavía: se evoca en otra página a "la figura legendaria del indómito gaucho".¹¹ Entendemos que son suficientes los datos apuntados, dispersos a lo largo del libro, para concluir que Quiroule —esto ya no ofrece dudas pese a su reticencia a concretar inequívocamente esta cuestión—, sitúa la región de El Dorado en el ámbito bonaerense y su adyacencia, el litoral argentino. Y un dato final y decisivo: en forma explícita y al pasar se hace una referencia a las "pampas argentinas", única vez que aparece esta denominación en el libro.

¿En qué época se desarrolla la acción de esta utopía? Aquí la respuesta es más difícil. El autor dice que transcurrieron veinte años desde la caída de la monarquía de El Dorado. En otra parte alude al siglo actual recién empezado. Y más adelante menciona las brillantes y prolongadas fiestas que se organizaron en toda la nación para solemnizar el décimo aniversario de la instauración de la

monarquía en El Dorado. Por lo que se deduce de la morosa descripción y acida crítica que realiza el autor respecto de estas manifestaciones públicas pareciera que se está refiriendo a las fiestas del centenario celebradas en 1910, cuyos ecos aún no se habían apagado cuando Quiroule escribe estas cosas en 1914. Si bien no se proporciona a lo largo de toda la obra ninguna fecha precisa podría inferirse del propio texto —si no nos equivocamos demasiado en nuestras deducciones— que la supuesta revolución en El Dorado pudo haberse producido en 1910 y que cuanto se narra como transcurriendo en la nueva sociedad correspondería a 1930. Pero es posible que todo esto no sea así y que Quiroule, *ex profeso*, haya dejado la cronología envuelta en la ambigüedad y la imprecisión. La cuestión resulta un tanto complicada ya que en el libro se entremezclan pasado y futuro. El autor se aleja aquí de los moldes clásicos de la utopía, que casi siempre se instala decididamente en el futuro a partir del presente. Esta "corrección" que él hace de los acontecimientos conocidos enlazándolos con sus propias hipótesis y predicciones, llevan a la conclusión de que Quiroule apeló al no frecuente recurso de crear en su narración un tiempo paralelo. Interesa dejar establecido esto en tanto pueda facilitar la comprensión de la obra, considerada como una estructura donde se aúnan la ficción y la tesis.

Las precedentes especulaciones no son superfluas ya que el libro de Quiroule no puede considerarse un *divertimento* pues la intención confesa del autor es transmitir un mensaje ideológico y alentar una esperanza de cambio social. Es desde esta perspectiva que tratamos de analizarlo y comprenderlo.

En la arquitectura narrativa del libro se puede verificar con claridad esa insistente mixtura del pasado real con un presente ideal, entendiendo por esto último lo que el autor imagina para un futuro que ya es vivido. De ahí que para clarificar las ideas expuestas por Quiroule convenga aquí reordenar esa distorsionada cronología restableciendo hasta donde es posible la ilación "lógica" de los acontecimientos.



3. FUENTES E INFLUENCIAS IDEOLÓGICAS

En el libro de Quiroule que aquí nos ocupa es relativamente fácil rastrear las influencias ideológicas recibidas. Y si bien en forma explícita la obra está adscripta a la corriente libertaria, puede reconocerse en ella la gravitación de otros estímulos.

Pero como no podemos determinar con certeza si Quiroule para preparar esta obra, tuvo acceso a los principales exponentes de la literatura utópica europea, cabe pensar que —en términos generales— las aparentes reminiscencias que podrían encontrarse de semejantes lecturas deben ser atribuidas más bien a obras de segunda línea como suelen ser algunos estudios de divulgación, o más probablemente aún, a ciertos libros de Kropotkin, en cuyas páginas subyacen no pocos de los planteamientos de esos precursores. De todos modos interesa destacar que ciertas ideas del utopismo clásico —por vía directa o no— contribuyeron a conformar la estructura misma de la creación de Quiroule. Así, por ejemplo, cabe recordar que en la *Utopía* de Moro los ciudadanos dividían su tiempo entre actividades urbanas y rurales; que en Saint Simón aparece la unión armónica de la ciencia y la industria; que en Owen encontramos la combinación del trabajo industrial y agrícola a través de pequeñas comunidades autosuficientes y federadas; que en los falansterios de Fourier los individuos varían sus ocupaciones para no sentir el fastidio del esfuerzo monótono; que en Cabet el plan urbanístico rompe con las normas tradicionales. La enumeración podría ser más extensa y completa pero sólo hemos querido puntualizar algunas pocas y sugestivas ideas que Quiroule utilizó provechosamente.¹² Y que no fue un seguidor pasivo de esos famosos utopistas lo prueba el hecho de que dejó sistemáticamente de lado aquellos aspectos que no coincidían con sus propios pensamientos. Téngase en cuenta, así, que Quiroule no admitía la sociedad clasista, la propiedad privada, la circulación de dinero, ni la presencia tutelar del Estado.

Las influencias que se acaban de señalar confluyeron en Quiroule junto con la que habría de ser en él la de mayor gravitación. Hemos dicho ya que nuestro autor fue durante muchos años un activo y destacado militante anarquista. Y dentro de esta corriente su confesada admiración por Kropotkin aclara suficientemente su posición. Quiroule hizo suyo el ideario del comunismo anárquico que Kropotkin, su más destacado teórico, impuso en el movimiento libertario internacional en la conferencia de Ginebra en 1882, circunstancia esta que expresamente —aunque con un leve error en cuanto a la fecha— se menciona en las páginas de esta utopía argentina.¹³

Dentro del marco general de las ideas características del anarquismo, en cuanto aspiración a una sociedad libre e igualitaria, en la cual los individuos se desenvuelven sin coerciones de ninguna índole —no olvidemos que, según dice Colé, "el anarquismo surgió como una forma de socialismo"¹⁴—, es conveniente destacar algunos aspectos del pensamiento de Kropotkin por la relación directa que tiene con la obra de Quiroule.

El ideólogo ruso sostenía que el principio de la solidaridad es connatural del individuo ya que está arraigado y robustecido por toda su evolución histórica anterior. Precisamente el estudio de esta evolución le había convencido de que los hombres agrupados por asociación libre en pequeñas comunidades eran más felices porque actuaban en forma cooperativa y resolvían todos sus asuntos con un espíritu de solidaridad e igualdad fraternal. En este orden de ideas su ideal gira alrededor de la ciudad medieval por la que da francas y reiteradas muestras de admiración. La ciudad medieval, dice, no era una simple organización política para la defensa de ciertas libertades cívicas. "Era una tentativa para organizar una estrecha unión de ayuda y de apoyo mutuos para el consumo y la producción y para la vida social en su conjunto, sin imponer los obstáculos del Estado, pero dejando plena libertad de expresión al genio creador de cada grupo, tanto en las artes como en los oficios, 'las ciencias, el comercio y la política.'" ¹⁵ De allí concluye Kropotkin que "cuanto más conocemos la ciudad medieval más claramente vemos que en ningún otro tiempo el trabajo ha disfrutado una prosperidad y merecido un respeto tal como en los tiempos florecientes de esta institución", agregando seguidamente: "No tan sólo estaban realizadas en la Edad Media muchas de las aspiraciones de nuestros radicales modernos, sino que hasta ciertas ideas eran aceptadas como indiscutibles realidades", tal el caso de la jornada de ocho horas.¹⁶ Menciona asimismo la feliz experiencia de las federaciones de ciudades para la obtención de objetivos comunes. Kropotkin corona su razonamiento diciendo que actualmente se busca hallar una nueva expresión política y social que no sea ya la de la ciudad medieval pero que participe de sus formas y le sea superior en virtud de una concepción más amplia y más profundamente humana.¹⁷

Desarrolló Kropotkin algunas de estas ideas en otro libro suyo, anterior, *Campos, fábricas y talleres*, publicado en 1899, en donde enuncia uno de sus principios predilectos. "Sostenemos —dice— que el ideal de la sociedad, el estado hacia el cual marcha ésta, es una sociedad de trabajo integral, una sociedad en la cual cada individuo sea un productor de trabajo manual e intelectual ..., en la que todos trabajen, lo mismo en el campo que en el taller industrial ...,"¹⁸ Esta constante rotación en la actividad de los individuos no sólo evitaría la monotonía en el trabajo sino que originaría el placer de la producción. Más aún: se aumentaría la productividad y habría más tiempo para el ocio provechoso.¹⁹ Era partidario de la descentralización industrial a través del establecimiento de fábricas de reducidas dimensiones, diseminadas en aldeas o comunas a lo largo, y ancho de cada país, pues de este modo se evitarían las enormes concentraciones urbanas y los múltiples y agudos problemas que éstas conllevan, y se paralizarían las migraciones de las zonas rurales, todo esto sin afectar el desarrollo de las fuerzas productivas. Pero formula Kropotkin una advertencia a propósito de estas fábricas pequeñas. "Claro es que sería un gran error imaginar que la industria debería volver a su estado de trabajo manual a fin de combinarse con la agricultura, pues dondequiera que la máquina venga a economizar el trabajo humano debe acudir a ella y recibirla con los brazos abiertos . . ."²⁰ La combinación de trabajo manual e intelectual, agrícola e industrial, en las pequeñas comunidades que él propugna replantea también el

papel de la educación ya que ésta, para armonizar con el cambio social, debería ser integral o completa, además de activa, teórica y práctica. La educación, pues, en adelante no tendería a la especialización sino a lo general para marcar la desaparición de aquellas divisiones del trabajo.²¹

De acuerdo con los lineamientos expuestos la comuna libre sería, para Kropotkin, la solución de todos los problemas sociales, económicos, políticos y culturales planteados por la sociedad capitalista en la época de la revolución industrial. Ya veremos cómo Quiroule utilizó y elaboró en su libro estas doctrinas del principal teórico del anarco-comunismo. Pero, por ahora, dejemos establecido que hace muchos años ya, la comuna propuesta por Kropotkin fue objeto de una crítica implacable dentro del propio campo anarquista. Diego Abad de Santillán, en 1936, en su libro *El organismo económico de la revolución*, la consideró estrecha y anacrónica puesto que entre otras cosas, decía, su inspiración medieval no puede concordar con la economía de nuestro tiempo, imposibilitada de aislarse en un ámbito local cuando las fuerzas de producción y distribución se mueven a escala mundial.²²

Otra fuente en la que abrevó Quiroule es la famosa utopía *News from Nowhere (Noticias de ninguna parte)* de William Morris. Esta obra, que vio la luz en Londres en 1890 era, en cierto modo, una réplica a *El año 2000* de Bellamy, editado dos años antes, y que a su vez —como ya se ha visto— influyó en la utopía porteña de Dittrich. Morris no estaba de acuerdo con lo que llamó "semicambio" propuesto por Bellamy. No admitía la sociedad centralizada y el desmesurado desarrollo de la industria; prefería una radical transformación de las relaciones sociales y una simplificación del sistema productivo.²³

Las ideas sociales del célebre artista y poeta inglés resisten un fácil encasillamiento. Su actitud de crítica hacia el régimen capitalista le llevó al socialismo, militando en diversas agrupaciones de esa tendencia, en las que compartió tareas con anarquistas y marxistas. El socialismo de Morris tenía bastante en común con el comunismo de Kropotkin, pero al mismo tiempo coincidía con importantes planteamientos teóricos característicos del marxismo.²⁴

Morris, en su libro, muestra cómo, por la vía revolucionaria de la lucha de clases, se ha instaurado una sociedad comunista que, previa una etapa de transición, provoca la desaparición total del Estado. Son justamente algunos aspectos de esa sociedad que él propone los que nos interesa recordar ahora por cuanto influyeron ostensiblemente en Quiroule.

Abolidas la propiedad privada y las clases sociales, el trabajo ha dejado de ser una mortificación para convertirse en una actividad verdaderamente placentera. "La felicidad es imposible —dice— sin el placer del trabajo cotidiano."

²⁵ No hay más fábricas gigantescas sino talleres esparcidos por el campo. Sólo se elaboran los productos que necesitan los consumidores; se suprimieron los artículos de calidad inferior como también los superfluos. "Todo trabajo que, realizado a mano, es enojoso, lo hacemos con máquinas muy perfeccionadas, y sin máquinas

el que puede ser agradablemente realizado a mano. Por otra parte no es difícil que cada individuo encuentre la tarea que conviene a su gusto y a sus aptitudes, así que nadie se ve sacrificado a las necesidades de otros. Al mismo tiempo, cuando reconocemos que algún trabajo es desagradable y penoso, le abandonamos, renunciando a los objetos que con él se producían. Como se comprenderá, el trabajo en estas condiciones es un ejercicio del cuerpo y del espíritu, más o menos agradable, de manera que, en vez de esquivarlo, todo el mundo le busca... siendo tan fácil el trabajo que parece que se trabaja menos cuando en realidad se trabaja más." ²⁶

Se ha escrito repetidamente que Morris rechazaba el maquinismo a favor de las actividades artesanales, pero esto es hartó discutible incluso a la luz de otros de sus ensayos, anteriores y posteriores a su utopía, en todos los cuales se expresa con entusiasmo acerca de las ventajas sociales y económicas de la utilización de las modernas técnicas industriales en una sociedad igualitaria.²⁷ Lo que no admitía era que el hombre fuera un esclavo de la máquina. Todo producto —decía— "debe ser una alegría para quien lo hace y una alegría para quien lo usa".

La alegría y gozo que produce el trabajo creador y liberado, hacen del mismo, por conciencia adquirida, una refinada actividad lindante con el placer estético. Y "aquí Morris intenta reivindicar la tradición de artes y oficios que tuvieron gran relevancia en la Edad Media. Esa nostálgica idealización de la vida cotidiana de los tiempos medievales, signados por una sola fe y por la solidaridad comunal, le llevan a proponer —siguiendo a Owen y Fourier— la superioridad de pequeñas comunidades autónomas.

La transformación que refleja su utopía es enorme. Desaparecieron las grandes ciudades para acabar con el hacinamiento que degradaba a la gente. Así Londres, con su abigarrada y malsana edificación, ha dejado de existir para dar lugar a pequeñas aldeas constituidas por viviendas sencillas, sólidas, alegres, no exentas de belleza, diseminadas entre praderas y jardines. En esas aldeas se desarrolla la vida feliz de hombres y mujeres que realizan trabajos urbanos, y cuando es necesario colaboran en las tareas propias de la agricultura, pues la diferencia entre la ciudad y el campo ha desaparecido. "El trabajo es un placer", asienta Morris, y ello se debe a la ausencia de toda obligación artificial y a la verdadera libertad que todos gozan. Desaparecida la explotación del hombre por el hombre la máxima vigente en la nueva sociedad es: "Debes trabajar para ser feliz".²⁸ La gozosa armonía de las actividades que desarrolla cada individuo y las relaciones fraternales que todos tienen en la comunidad no les convierte en seres perfectos sino en hombres libres, con ilimitadas perspectivas de realización frente al medio y a sí mismos. El contacto con la naturaleza es ahora completo y no parcial y esporádico como antes, "y por eso tiene la vida para nosotros mayores goces".²⁹ Y si recordamos que la creación estética es uno de los componentes más importantes en los ideales de Morris se explica lo que cuenta un personaje en su libro: "Todos nosotros seríamos desdichados si no

pudiésemos trabajar y crear con nuestras manos objetos bellos en abundancia." ³⁰ Más aún: establece una relación directa "entre el crecimiento de la belleza y el crecimiento de la libertad". ³¹

Veremos más adelante en Quiroule otros conceptos que también por su semejanza recordarán a Morris aunque algunos de ellos no sean propiamente originales de éste. Tal el caso de la inexistencia de un gobierno central; o los procedimientos utilizadas en los municipios y parroquias para discutir y decidir los asuntos de interés general a través del ejercicio de una democracia directa. ³² También el nuevo concepto de justicia que ante hechos de violencia —por lo demás cada vez más infrecuentes— se apela al perdón y sobre todo al remordimiento del propio delincuente. ³³ La familia dejó de ser un lazo coercitivo pues hombres y mujeres, limitados sólo por el mutuo afecto, siguen lo que les dicta su libre voluntad. ³⁴

No olvidemos, finalmente, que Morris al escribir sus *Noticias de ninguna parte* no se dejó seducir por la fantasía del novelista sino que era fiel a su personal concepción del socialismo. De ahí que, como él mismo lo declara, su libro es "visión y no sueño".

La ciudad anarquista americana tiene como precedente inmediato otro libro del propio Quiroule, vinculado de cerca a aquella por su temática de anticipación. ³⁵ Esta circunstancia asaz curiosa demuestra que el autor desde hacía años estaba preocupado por escrutar con su imaginación y de acuerdo con sus convicciones libertarias, los cambios sociales que —según él— deberían sobrevenir en los próximos años.

Si bien escrita en 1909, *Sobre la ruta de la anarquía* se publica recién en 1912. En esta novela libertaria, como el propio autor la subtitula, "prevé" el estallido de una guerra entre Alemania por una parte y Francia, Inglaterra y España por otra. En París, por obra de los anarquistas, y con la participación también de sindicalistas y socialistas, estalla una revolución social. Esta, triunfalmente, se propaga a toda Francia y luego a Alemania y Rusia. Casi al mismo tiempo se instaure la república en Italia, España y Portugal. Sólo Inglaterra aparecía sustraída de este torrente de cambios profundos. Pero el proceso revolucionario, a poco andar, comenzó a mostrar la "íngrata y desalentadora realidad de las cosas", de tal modo que en definitiva sólo sobrevivió exitosamente la experiencia anarquista de Francia.

Alude, al pasar, a la posibilidad de que se implante el comunismo anárquico en la Argentina. ³⁶ Sus dudas de entonces se desvanecerían pronto ya que con todo entusiasmo y convencimiento se dedicó unos pocos años después a describir con lujo de detalles un proceso revolucionario en nuestro país. ¿Qué circunstancias alentaron a Quiroule para cambiar así de opinión?

La principal preocupación de Quiroule en el libro mencionado es plantear los acuciantes problemas que surgen después de triunfar la revolución. Formula numerosos interrogantes sobre las cuestiones que salen a la luz en ese momento crucial y que deben resolverse con prontitud y acierto teórico-práctico. Señala que se deben emplear tácticas y métodos de lucha novedosos, sin descuidar el plan básico de la reorganización social. Bien definidos y comprendidos los puntos esenciales de la revolución "permitirán hacer frente victoriosamente en cualquier momento a todas las situaciones".

"Como se ve por estos ligeros apuntes —dice el autor—, el campo de investigación de que puede ser objeto la sociedad de mañana es ilimitado; a explorarlo en todos sentidos debemos orientar nuestras facultades analíticas, seguros de que no habremos perdido el tiempo por más insignificante o superficial que resulte nuestra obra frente a la magnitud de la que siempre quedará por resolver todavía." ³⁷

Sobre la ruta de la anarquía es pues una exposición de las inquietudes que Quiroule se planteaba frente a un proceso revolucionario estimado inminente. Años más tarde *La ciudad anarquista americana* daría respuesta a muchas de esas expectativas suyas; culminaban así sus reflexiones sobre tan apasionante materia. Paradójicamente la praxis de la revolución se reduciría a una utopía...



Piotr Kropotkin

(1842 – 1921)

4. CRÍTICA DE LA SOCIEDAD ACTUAL

La visión que Quiroule tenía de la sociedad capitalista era rotundamente negativa. Según él ésta conspira contra la salud, bienestar, libertad y vida de los individuos que la integran. Protesta airadamente contra la indiferencia y desprecio que por la vida del hombre tiene la civilización burguesa, y esto, a su modo de ver, es suficiente para condenar sin atenuantes el sistema social que permite o consiente hechos tan injustificables. Las grandes concentraciones urbanas y los problemas absurdos que suscitan, cercenan las posibilidades de realización plena de los hombres y los reducen a espectros. Hay, agrega, una doble opresión por parte del capital y del Estado. La presente organización social, dividida en clases, necesita para su funcionamiento un complicado e irracional mecanismo de producción, comercio, administración y represión, al solo efecto de mantener los privilegios de la burguesía que se nutre de los esfuerzos de los proletarios. Un abigarrado sistema de impuestos grava los alimentos, el agua, la luz, la higiene, la seguridad. Los productores reciben en compensación ramilletes de espléndidas ilusiones...

El edificio de la actual civilización cruje por todas partes, sostiene Quiroule. Por ello debe sustituirse este régimen por "una sociedad más racional y perfecta". Pero esta nueva sociedad no debe ser mera prolongación de la actual a través del desalojo de la burguesía de la dirección del Estado, sino proponerse un cambio total, "desde la base hasta la cúspide". "Queremos luz —escribe—, queremos aire, queremos sol... y en nuestra organización social sólo hay asfixia y tinieblas." Es necesario reaccionar contra la ficticia civilización burguesa puesto que es imperioso vivir una vida más armónica, más natural, más sana y libre. Esto se logrará, agrega, a través del establecimiento de la comuna anarquista en la sociedad del porvenir. Las nuevas y pequeñas ciudades estarán en contacto íntimo e inmediato con la naturaleza. El progreso debe continuar expandiéndose pero la vida, en cambio, debe marchar lentamente para que los hombres la saboreen despacio y la valoren plenamente.

Entiende Quiroule que es la doctrina anarquista la que condensa todos los anhelos del pueblo: "ella es la quintaesencia de sus aspiraciones y la expresión de lo que será la humanidad dentro del plazo que fijen los mismos expoliados". El autor se encarga de marcar las diferencias que separan al anarquismo del comunismo, pues el primero pugna por un individualismo "liberado de las mil trabas contra las cuales el hombre tropieza inevitablemente doquier haya seres agrupados o viviendo en sociedad".

La lucha entre el capital y el trabajo está en su punto culminante, afirma el autor, quien no duda acerca del sentido que tendrá el esperado desenlace. Sin embargo —agrega— "muchos son los que están convencidos de la impotencia del pueblo en el orden intelectual para sustituir al régimen actual una sociedad más racional y perfecta; muchos lo afirman, tal vez sin creer ellos mismos en sus

propias afirmaciones o quizá con el propósito secreto pero poco noble de desalentar a los que luchan".

¿Puede anticiparse algo respecto del plazo lijado para producir el cambio social que se predice? Quiroule, a su vez, y como pensando en voz alta, se pregunta: "¿Será largo o corto ese plazo? ¿Quién puede decirlo?"

La posición libertaria del autor le lleva a enfocar las luchas sociales como una realidad que sobrepasa las fronteras nacionales y por lo tanto debían considerarse como un fenómeno global que requería los esfuerzos solidarios de los trabajadores de todas las latitudes. Es a la luz de esta actitud internacionalista que formula opiniones acerca de la realidad social argentina.

En esta parte de América —dice— la burguesía no era aún suficientemente fuerte y por eso resultaba aquí más vulnerable para los fines revolucionarios. Había que evitar que se repitiese en la Argentina la consolidación de la burguesía con todas las implicancias de pauperismo y autoritarismo que perfiló en Europa, "porque no otra cosa esperaba a estas privilegiadas y fecundas regiones... cuando el formidable aluvión inmigratorio hubiera llenado las comarcas ahora despobladas, en las que los trabajadores hallarían entonces, desgraciadamente, la misma precaria y angustiosa suerte de la que habían huido expatriándose".

Los actuales dueños de las pampas debían restituir las tierras a los despojados hijos del país. Los descendientes de los indios y los gauchos serían los beneficiarios de esa medida de reivindicación juntamente con las "masas trabajadoras hermanas de aquellas víctimas".

Mientras tanto los trabajadores en la Argentina seguían viviendo bajo un régimen opresivo. La Constitución era letra muerta; no había libertad de reunión, de prensa ni de pensamiento. Las huelgas eran sangrientamente reprimidas. Está claro que Quiroule evocaba los difíciles tiempos que vivió el país y en particular el movimiento obrero a principios de siglo.



5. LA REVOLUCIÓN

Ahora sí comenzamos a internarnos en los pródigos campos de la utopía.

El Dorado celebraba el décimo aniversario de la instauración de su monarquía. El rey ordenó que los festejos debían prolongarse a lo largo de quince días. Precisamente la noche del decimoquinto día fue señalada como la hora cero de la revolución. Comenzaron a ponerse en marcha los planes largamente elaborados.

No entraremos en detalles acerca de los acontecimientos ocurridos en Las Delicias esa dramática madrugada que Quiroule describe con vividos colores y prosa ágil.³⁸ Los planes se cumplieron con matemática precisión y casi sin afrontar incidentes imprevistos. Diremos tan sólo que los monarcas, el jefe del gabinete, los ministros y el jefe de policía fueron aprehendidos en acciones sucesivas, sin disparar un tiro, y encerrados en una casa suburbana donde funcionaba el cuartel general de la revolución. Estos episodios, por su metodología, parecen anticipar las tácticas que en nuestros días aplicarían grupos insurrectos en muchos países del llamado "tercer mundo" y con las que tienen un sorprendente parecido. Hubo después bombardeos aéreos y se produjeron numerosos incendios, pero las víctimas fueron pocas. Al amanecer los revolucionarios dominaban la situación en la capital. Se proclamó la caída de la burguesía, allí revestida de formas monárquicas, y su sustitución por un régimen de comunas libres.

El triunfo de la revolución fue recibido con delirante entusiasmo por la clase trabajadora, cuyo enérgico apoyo hizo abortar un tardío intento de reacción organizado por los monarquistas. Tómese nota de esta concepción sobreestimativa de la fuerza revolucionaria de una minoría esclarecida y decidida. En realidad la ejecución de las operaciones es de tipo *putsch*: las masas sólo intervienen cuando los hechos decisivos ya estaban consumados. Prosigamos con la secuencia de los acontecimientos. Apenas consolidada la situación en la capital partieron varios dirigentes hacia el interior para ayudar a implantar también allí el nuevo orden social.

Ya veremos en seguida en qué consistieron los cambios revolucionarios. Pero antes conviene detenerse en un aspecto que, con seguridad, asombrará porque también anticipa, casi a la letra, actitudes y hechos que el mundo, azorado, presencié de veras y con reiteración a lo largo de este siglo. La Europa capitalista, sorprendida por los sucesos, reaccionó en forma agresiva ante la victoria de la revolución en El Dorado. Dejemos la palabra a Quiroule:

"Los capitalistas ingleses, alemanes, franceses, italianos y de las demás naciones cuyas empresas o negocios habían sido destruidos o expropiados por los revolucionarios, pusieron el grito en el cielo al apreciar la magnitud del golpe que los hería y pidieron con vehemencia una intervención enérgica e inmediata de los gobiernos de sus respectivos países para castigar a los rebeldes americanos, y reponer al gobierno derrocado con el fin de hacerse pagar los perjuicios ocasionados por la pérdida de sus capitales y la ruina de sus empresas.

"Estos clamores de indignación de los capitalistas no podían dejar indiferentes a los gobiernos, por la razón de que los dueños del dinero «son» el gobierno. Además, El Dorado era para todas las potencias europeas el mercado ideal en el que se podía ganar todo lo que la fantasía más insensata podía imaginar.

"Allí enviaban ellas... cuantos productos de muerte y de vida es posible exportar.

"Su dinero, generosamente prestado a mil por ciento, les permitía drenar el dinero de El Dorado para enriquecerse ellos, los muy habilidosos políticos organizadores de tan lucrativos negocios.

"La pérdida de dicho mercado equivalía, pues, a un «krach» formidable cuyos efectos desastrosos alcanzarían a todos los financistas, -comerciantes e industriales extranjeros, lo que no podía admitirse.

"En consecuencia, estos gobiernos, después de rápidos acuerdos, resolvieron intervenir sin pérdida de tiempo, combinando una acción naval-militar semejante a la que había operado en China contra los boxers sublevados contra los opresores, mandando al río Diamante un cuerpo expedicionario internacional poderoso, encargado de reconquistar a Las Delicias y de restablecer el antiguo estado de cosas en la monarquía derrocada."

En estos breves párrafos están lúcidamente expuestas las características más salientes de cómo opera el sistema imperialista contemporáneo.

Veamos ahora cuál fue el desenlace de esa aventura intervencionista. Cuando en París se presenciaba el desfile de las tropas expedicionarias el pueblo las enfrentó violentamente, desatándose una lucha encarnizada y terrible. La rebelión parisina se propagó rápidamente a otras ciudades de Francia, y se extendió como un reguero de fuego a España, Inglaterra, Alemania e Italia. Después de quince días de atroz lucha el proletariado europeo, "lanzado espontáneamente a la calle sin calcular el alcance de sus fuerzas", fue aplastado y vencido. La sangrienta represión que se desató fue peor que la de la Comuna de París de 1871. Las libertades y derechos civiles fueron anulados en esos países y se disolvieron los sindicatos obreros. "El terror reinó en toda Europa."

Sin embargo el sacrificio de la clase trabajadora del Viejo Mundo no fue estéril pues las potencias desistieron de la proyectada expedición. Así se salvó la comuna americana de la invasión y pudo proseguir sin sobresaltos su obra de regeneración social.

Los gobiernos de Europa interrumpieron todo contacto con los revolucionarios y los condenaron al más absoluto aislamiento mediante un "cordón sanitario". Incluso hasta viajar a El Dorado estaba prohibido ³⁹ porque según se decía y repetía en los órganos de la prensa burguesa, en aquellas "regiones anarquizadas imperaba la voluntad de la turba, el respeto a la propiedad estaba desconocido y las personas expuestas a los peores atropellos y atentados por la ausencia de toda garantía individual".

Los anarquistas de El Dorado no olvidaron el sacrificio de sus camaradas europeos. Aquellos contribuyeron a organizar revoluciones en todos los países y las apoyaron profusamente con el oro encontrado en los bancos después de triunfar la revolución. Años después un arma secreta, terrible, creada por un científico

eldoradoriano, habría de pagar aquella deuda contraída con el proletariado de Europa. "El rayo fulminante del vibraliber iba a librar al resto del planeta de la opresión capitalista, haciendo fraternizar todos los pueblos de la tierra..." El éxito inminente embriagaba de fervor y de orgullo a los americanos. Se creía asistir a "la soberbia apoteosis de la humanidad regenerada y dueña de sus destinos, borrando con gesto ancho y vigoroso la traza de su pasado ignominioso..."

Hasta aquí hemos recorrido, del brazo de Quiroule, el camino que condujo al triunfo de la revolución, en el utópico país de El Dorado. Ahora resta enterarnos de cómo allí se organizaron las nuevas instituciones y cómo se desarrollaba la vida cotidiana.



6. LA NUEVA SOCIEDAD

Apenas los nuevos gobernantes se hicieron cargo del poder tuvieron que afrontar una serie de problemas cuya resolución implicaba una verdadera definición del rumbo revolucionario que se adoptaría. Por de pronto se encontraron con innúmeras dificultades imprevistas. La de mayor entidad era esta cuestión: ¿la nueva sociedad debía mantener continuidad con la vieja sociedad burguesa o quebrar todo vínculo con ella? Frente a un planteo economicista del problema —reorganización y adaptación de las formas de producción y distribución para obtener abundancia de bienes— algunos anarquistas, alegando principios doctrinarios, sostuvieron que lo más importante era rescatar la libertad del individuo que a pesar de los nuevos métodos de trabajo —incluso la reducción de horas de labor— "seguiría siendo sacrificada como antes a la tiranía de la conveniencia y del interés general".

Los anarquistas individualistas entendían que el establecimiento de un régimen rigurosamente igualitario no podría contemplar las diferencias naturales que presentan los individuos en materia de gustos, deseos o ideales. "Es, pues, bueno y necesario que los hombres se diferencien en todo, en el modo de ser y de hacer, para que del choque de las ideas y de la comparación de los hechos resulte provechosa enseñanza para todos." Si así no ocurriese se plantearía el caso de una nueva y verdadera opresión de las mayorías sobre las minorías, porque no otra cosa podía significar la imposición de pautas uniformes de gobierno. Había que mantener con firmeza la "libertad completa del individuo en todo y por todo, porque si el individuo no goza plenamente de su autonomía; si por una causa u otra se le disminuye en algo la integridad de su «yo», la comuna será todo lo que se quiera pero no será anarquista y fracasará". Cada individuo deberá determinar el ideal de vida que prefiere, "acercándose a sus semejantes si gusta de la sociedad de los hombres, o viviendo ajeno a ellos, en plena naturaleza, si así cree resolver mejor el problema de su felicidad".

El razonamiento de Quiroule llega así hasta las más extremas conclusiones de un completo anarquismo antisocial y por lo mismo irreal, aun dentro del marco de su propia construcción utópica. Para él sólo es justo un orden social cuando los hombres producen, descansan, se alimentan y gozan de la existencia según sus particulares predilecciones, ya que sólo desde este ángulo creía posible el entendimiento entre todas las individualidades, aun las más opuestas. Es curioso que admita implícitamente que la mayoría del pueblo trabajador no piensa de este modo. Merece reconocimiento su preocupación por evitar que se ejerza coerción sobre el disidente cuando se lo obliga a un género de vida que sus ideas o temperamento no comparten o sencillamente repudian; pero nos parece que hay exceso de subjetividad cuando el autor califica de opresiva, insoportable y odiosa a toda reglamentación social.⁴⁰ El idealismo de Quiroule choca aquí con una abrumadora realidad histórica que —a través de diversas vicisitudes en materia de

experiencias sociales— hasta ahora no parecen darle la razón precisamente. Es la utopía dentro de la utopía...

Pero sigamos con los problemas que la revolución planteó a los eldoradorianos. Al reanudarse los servicios públicos —ahora de propiedad común—, imprescindibles para poner en marcha todo el complejo organismo económico y social de la gran urbe que era Las Delicias, los anarquistas sufrieron una cruel decepción pues no querían seguir encadenados como antes a una rutinaria y automática actividad. Como ellos aspiraban a una vida sin compromisos ni obligaciones resultaba que ninguna ventaja se habría logrado con la implantación del nuevo régimen. Y como para dar cohesión a todo el organismo productivo se requiere una poderosa fuerza centralizadora de dirección, se recaía —dice el autor— en el autoritarismo. La revolución terminaba admitiendo los mismos males que se habían padecido bajo el sistema anterior, defraudando las esperanzas puestas en ella.

Si esto se verificaba en la ciudad, algo similar ocurría en el campo. Los agricultores, ahora dueños de la tierra, debían seguir produciendo enormes cantidades de granos, como antes, para alimentar a la sociedad entera. ¿Y si ellos se resistían a producir más de lo que necesitaban para sí mismos? "¡Terrible perspectiva de un posible divorcio entre la ciudad y el campo!"

¿Qué actitud adoptar? Mientras unos rechazaban los métodos de trabajo empleados en la sociedad burguesa otros preferían insistir en ellos. En los debates que tuvieran lugar alrededor de esta trascendental cuestión se acordó que el verdadero centro neurálgico estaba en otra parte. Partiendo de la premisa de que en las grandes ciudades no puede haber salud, bienestar, alegría ni libertad —"casi se podría afirmar que ellas han sido ideadas para conseguir lo contrario"— se debía recurrir a la organización de comunas, pequeñas agrupaciones urbanas en áreas rurales, cuyas características veremos mas adelante. Estas comunas regenerarían a la sociedad desde sus cimientos pues serían —se pensaba— un núcleo de máximo bienestar con un mínimo de esfuerzo individual en un marco de amplia e irrestricta libertad.

Las acaloradas deliberaciones que se produjeron entre los trabajadores para analizar la propuesta de abandonar las grandes ciudades y organizar comunas culminaron con su aprobación.

Aquí conviene una pequeña digresión. ¿Qué corrientes ideológicas intervinieron en esos debates? Si bien Quiroule mencionó la participación de elementos anarquistas, socialistas y sindicalistas en la revolución, nada dice más adelante acerca del papel que desempeñaron los dos últimos grupos en la estructuración de las formas de la nueva sociedad. Solo quedarían en pie entonces las disidencias preexistentes en el movimiento libertario entre individualistas y comunistas. Por lo que se desprende de la obra resulta que después de las

discusiones que acabamos de mencionar sobre las comunas prevaleció la opinión de los anarco-comunistas. Al parecer los grupos disidentes prestaron a partir de entonces su completo apoyo puesto que no se vuelve a hablar más sobre ellos. El autor no aclara cómo se habría logrado, por fin, la unanimidad de criterios. De todos modos la comuna, lejos de negar la vida social, resulta ser una forma peculiar de ella.

Acaso como una manifestación activa y aceptada de disidentes, encontramos en alguna página de Quiroule unos extraños "compañeros nómades" que recorrían los caminos. No se explica quiénes son pero cabe presumir que esos nómades debían constituir una minoría inconformista que optó por vivir sin ataduras urbanas, en plena naturaleza, peregrinando por los campos. Quizás una prefiguración de los *hippies*...

Hay un aspecto curioso del mayor interés que Quiroule discute con algún detenimiento: el papel de los técnicos en el cambio de la sociedad. ¿Podrían los ingenieros y jefes de producción quedar aislados de los trabajadores después de la revolución? "Niveladas las condiciones sociales por la supresión del dinero y la abolición de la propiedad, ellos tendrían que capitular mucho antes que los obreros, y eso por la fuerza de las cosas." Y es que la sociedad puede andar sin riesgo, durante muchos años y con el impulso adquirido, utilizando los equipos y la infraestructura ya existentes, sin que sea preciso crear otra nueva para cubrir las necesidades corrientes. Esto bastaría ampliamente para empezar el ensayo de la comuna con la sola fuerza de los obreros.

Además los técnicos son también asalariados —aunque sus mejores remuneraciones no les permitan siempre satisfacer sus propias necesidades materiales e intelectuales—; muy a menudo son de extracción humilde; están rodeados de colaboradores subalternos que se hallan más cerca de las capas populares que de la burguesía; muchos de ellos tienen aspiraciones idealistas que los aproximan a los obreros, con quienes están en íntimo contacto en sus relaciones laborales; y si bien no participan en los sindicatos o no militan en agrupaciones de ideas avanzadas, todo esto no les coloca incondicionalmente del lado de sus patrones. Por supuesto semejante razonamiento no se puede generalizar pues no resultan pocos los casos de técnicos tan consustanciados con el sistema burgués que son impermeables a comprender los alcances de cualquier reforma social.

Se concluye en definitiva que la construcción de la nueva sociedad la harán quienes, sin distinción de jerarquías, estén alineados junto al pueblo trabajador.

"Todo es ilusión en las grandes ciudades." Ellas son receptáculos de todas las lacras que envenenan: suciedad, opresión, hambre, miseria... La revolución debía destruir las grandes ciudades como si fueran lugares malditos, y erigir pequeños pueblos autónomos y autosuficientes, que reconcilien a los nombres con la alegría de vivir y con el ejercicio de una libertad ilimitada. La organización de los nuevos

pueblos o comunas consultaría —a criterio del autor— la verdadera conveniencia en cuanto a producción, abastecimiento, circulación, higiene, educación y bienestar general, "de manera que no tuviera necesidad alguna de ayuda de las demás, fuera de los casos de fuerza mayor". Se confiaba que con el trabajo libre e inteligente las nacientes comunas llegarían en poco tiempo a acercarse al "ideal de perfección soñado por los generosos utopistas" [sic]. Se construirían tantas comunas como fueran necesarias para acabar con las aglomeraciones urbanas excesivamente densas.

Decidido el abandono definitivo de la ciudad capital, Las Delicias, se trasladaron a las flamantes comunas todos los materiales aprovechables que pudieran adaptarse a los nuevos sistemas de trabajo. Y luego, con el paso de los años, en la vieja urbe, vacía y sin alma, sólo se verían ruinas invadidas por la vegetación y envueltas en un sombrío silencio: testimonio de un pasado ya muerto que nadie añoraba...

Y bien, ¿cuáles eran las características más destacadas de la comuna anarquista? Era un centro poblado de dimensiones relativamente pequeñas que albergaba entre diez y doce mil habitantes. Cuando el crecimiento demográfico sobrepasaba esos topes en un diez por ciento se erigía otra comuna, donde se radicaban los excedentes poblacionales de varias comunas vecinas. Veinte kilómetros, como mínimo, separaban a las comunas entre sí. Hemos dicho ya que cada una de estas ciudades se bastaba a sí misma y para ello se consagraban a la producción agrícola e industrial, obteniendo de este modo todo lo que precisaban "tanto en lo concerniente al consumo como en lo relativo a las demás necesidades materiales e intelectuales de la existencia". Sin embargo, la actividad económica predominante era la agricultura, a la cual dedicaban parcialmente su tiempo todos los trabajadores pues el contacto directo con la naturaleza era una suerte de purificación y liberación.

La concepción urbanística era completamente novedosa y revolucionaria. Es un claro anticipo de experimentaciones que en este campo se han hecho durante el presente siglo.⁴¹ Tres cuadrados concéntricos demarcaban otros tantos sectores bien diferenciados. En el centro de la planta urbana se hallaba la zona industrial y alrededor de ella encontramos el sector de depósitos y almacenes. Más afuera estaba la zona residencial, constituida por grupos de *chalets*, totalmente rodeados de jardines y arboledas. El tránsito de los vehículos de carga pone traba del exterior por avenidas diagonales y se orientaba internamente por calles concéntricas que no interferían el área residencial.⁴² La restricción de circulación de vehículos y la concentración del sector fabril —rodeado éste también por una barrera de vegetación— aseguraba la incontaminación del aire. Por otra parte incidía también en ello el hecho de no existir más la plétora de chimeneas gigantescas, características de las ciudades fabriles, pues tampoco había plantas industriales ni usinas de grandes proporciones, innecesarias ahora por cuanto la población poco numerosa de cada comuna limitaba las posibilidades de producción a cantidades

muy reducidas y constantes. De modo que en estas ciudades nuevas sus habitantes gozaban de una vida más higiénica, más racional y hasta más poética, como dice el autor.

Establecer y organizar la Ciudad de los Hijos del Sol, la comuna que describe Quiroule, fue un proceso complicado que insumió unos dieciocho años para darle la estructura original que la singulariza y ponerla en marcha.⁴³

En la actividad productiva, como en todos los órdenes de la vida de la comuna, se observa un predominio indiscutido de los valores éticos y morales.

Se ha abolido la propiedad privada; tampoco existe el dinero; ni el comercio. "Todo era de todos." Como dice Quiroule, "el cambio de forma social había operado una transformación radical en la mentalidad general". Así, por ejemplo, la experimentación de nuevos métodos de trabajo, simplificados y aliviados, provocaba unánime satisfacción.

Hubo sí, al principio, problemas con una ínfima minoría que pretendió aprovecharse del trabajo ajeno, consumiendo sin producir. Esos individuos acabaron por rendirse ante la presión moral del ejemplo de toda la comuna, y sin coerción, se fueron regenerando hasta integrarse definitivamente en la nueva sociedad. Las convicciones de los comunistas acerca del sentido creador del trabajo, liberado de todo rasgo de explotación y convertido en fuente de bienestar, les llevó a considerar que las cosas debían hacerse espontáneamente y con abstracción de todo horario y reglamentación. Bastaba que cualquiera advirtiese la necesidad o conveniencia de realizar determinada tarea para que se ocupara él mismo de ella sin aguardar llamados o interpelaciones de otros camaradas. "Lo que se emprende libremente, por iniciativa propia, nunca resulta labor pesada o fastidiosa." No había prácticamente especializaciones por oficios: todos se ocupaban de todos los trabajos que requería la vida de la comuna. "El trabajo libre y variado reemplazó al oficio único." Sólo excepcionalmente se recurría a la intervención de técnicos o especialistas precisamente porque los habitantes de la comuna se distinguían por la universalidad de sus aptitudes. No había egoísmo. El esfuerzo individual tendía a un solo fin: el bienestar comunitario. Una pizarra ubicada en el Consejo de la comuna permitía enterarse a todos sobre las diversas necesidades de productos o de demandas de mano de obra, las cuales se trataba de satisfacer inmediatamente.

Se buscaba conservar el equilibrio entre las actividades intelectuales y manuales. El tiempo se dividía racionalmente entre las ocupaciones urbanas y rurales. Como la jornada de trabajo era de "unas pocas horas", quedaba mucho tiempo disponible para consagrarlo al cultivo de artes, ciencias y letras. El ocio, desde luego, preveía también horas para reposo y paseos. Asimismo, a discreción de cada uno, se disfrutaba de temporadas de turismo en regiones alejadas de la propia comuna.

Hemos dicho ya que la agricultura, por una concepción ciertamente lindante con el panteísmo, merecía los honores de ser considerada una actividad preferencial. Las labores rurales se hacían en común, distribuyéndose el trabajo en reuniones previas, sin voces de mando ni métodos autoritarios. Recordemos que las tierras eran de propiedad común y no habían cercos ni alambrados. En los campos, y diseminados a distancias regulares, existían grandes albergues para quienes se hallaran ocupados en faenas agrícolas; eran amplios edificios con salón comedor, sala de primeros auxilios, cocina y depósitos. Estos refugios tenían comunicación telefónica entre sí y con la comuna. Los cultivos —reiteramos que no había necesidad de producir más de lo necesario para cada comuna—, no ocupaban superficies extensas, lo cual, unido al uso de pequeñas y livianas máquinas eléctricas, simplificaba y abreviaba las tareas, que se desenvolvían alegremente entre "risas, cantos y chistes de buena ley".

"El verdadero progreso debe obrar simplificando siempre más las cosas en vez de ir complicándolas de día en día, si queremos que vaya resultando una hermosa realidad la felicidad sobre la tierra", sentencia Quiroule. Por eso rechaza las fábricas y usinas gigantescas, los grandes transatlánticos, el trabajo en las minas, pues no son, dice, elementos que promuevan el bienestar y la libertad de los individuos. Ahora en las comunas sólo existen establecimientos fabriles de reducidas dimensiones, más bien talleres que producen artículos de uso o consumo mediante pequeñas máquinas y equipos de sencilla elaboración.⁴⁴ Por lo expuesto no extraña el repudio que se exterioriza al "absurdo y odioso" sistema de producción industrial intensivo que —se dice— acabó por esclavizar al hombre. La pequeña escala en que se hacía la producción fabril alcanzaba para cubrir las restringidas necesidades de la comuna. Esto explica el reducido tiempo que los trabajadores consagraban también a esta actividad, como ocurría con todas las demás, según ya se ha visto. Las herramientas de trabajo mencionadas en la obra —tanto para talleres como para labores agrícolas— son absolutamente corrientes y convencionales y no hay en este aspecto ninguna innovación.

El hecho fundamental producido en relación con las formas de trabajo y de vida es la extinción de los contrastes entre la ciudad y el campo. Los campesinos aislados en sus chacras y los obreros aprisionados en las grandes ciudades, eran ya simples recuerdos del pasado. La propiedad común y la sociedad sin clases, y la consiguiente desaparición del parcelamiento agrario y asimismo la extinción de las metrópolis sobredimensionadas, determinó la formación de una única clase de trabajadores, que atendían indistintamente las tareas urbanas y rurales considerándolas facetas apenas diferenciadas de un mismo y común proceso productivo.⁴⁵

El comercio había desaparecido puesto que la ya mencionada autosuficiencia de cada comuna tornaba innecesario el intercambio de productos con otras regiones del país o con otros países. Pasamos por alto la posible objeción de que difícilmente se pueda concebir que todas las comunas, por simples motivos referidos

a las condiciones naturales y físicas del medio en que se hallaren establecidas, estuvieran en condiciones de producir realmente *todo*, como lo asegura el autor.

En cuanto a la distribución de los bienes de uso y de consumo se realizaba en forma gratuita en la medida de las necesidades de cada uno. El abastecimiento se cumplía en los almacenes o depósitos existentes en las comunas, de donde se retiraban los productos en las ocasiones y cantidades que cada uno estimaba necesarias. Esos almacenes, por su organización interna, eran en cierto modo un anticipo de los actuales supermercados de autoservicios, pues no había empleados para su atención y el ordenamiento perfecto de los diversos artículos facilitaba la rápida ubicación de lo que se buscaba. La responsabilidad moral y social de los trabajadores aseguraba que ellos no cometerían excesos o abusos en este abastecimiento.

"Siendo la población de las comunas relativamente poco numerosa y sencillos sus gustos y costumbres", la producción estaba "limitada a las cosas de interés general". Esta es la premisa sobre la que se asienta la explicación de que, por innecesario, se había eliminado el periodismo. No resulta claro cómo los habitantes de las comunas se enteraban de lo que acontecía en el resto del mundo. Más aún, parecería que en su virtual aislamiento no sentían mayor necesidad de informarse o compartir las novedades cotidianas que se suscitaban en horizontes alejados del propio. Extraño egoísmo en una sociedad que pretendía ser auténticamente fraternal. ¿Es que ni siquiera temían que su propia seguridad se viera afectada por ajenas miras cuando aún coexistían sistemas sociales disímiles si no hostiles?

En la comuna, por simplificación del organismo social, no había gobierno — el Estado fue extinguido—, esto es, no existían poderes constituidos, administración pública, fuerzas armadas... "En la comuna anarquista todo se hacía con la mayor naturalidad, por propia decisión o iniciativa personal, porque los individuos que la componían se tomaban gran interés por la buena conservación de lo que constituía el patrimonio común." No obstante ello, parece que como fruto de la experiencia, se organizó un llamado Consejo, que no era una institución burocrática que compelia a la comunidad por medio de resoluciones o decretos. El Consejo, integrado por los trabajadores, se reunía diariamente por las noches —es decir, después de concluida la jornada de labor— "para deliberar en común y tomar todas aquellas resoluciones destinadas a dar cohesión a las actividades generales". El Consejo recibía las, sugerencias y solicitudes relativas a las más diversas necesidades que se iban planteando en la comuna. Los trabajadores tomaban nota de esas indicaciones y se empeñaban en solucionarlas, adjudicándose cada uno, en forma voluntaria, una tarea concreta para no superponer inútilmente esfuerzos, y todo ello sin "discusiones o imposiciones de ninguna clase". En la práctica el Consejo era una simple sede donde se centralizaba y coordinaba, por espontáneos acuerdos, la atención de los trabajos y actividades rutinarias. Cabe pensar que el carácter deliberativo que en el libro se atribuye al Consejo debe referirse a otro tipo

de asuntos, tales como proyectos de innovación o de reformas, los cuales obviamente requerían el asentimiento de los concurrentes. Así es como resultaría, según Quiroule, que el Consejo era "el alma y cerebro de la comuna". Para terminar, agreguemos que nada dice el autor acerca de la necesidad o aun posibilidad de coordinar ciertas labores con las Comunas vecinas. Sólo se afirma por ahí que esas asociaciones aunque independientes las unas de las otras, "quedaban estrechamente unidas por los fuertes lazos de una fraternal solidaridad".

También los tribunales de justicia habían desaparecido en la comuna, Quiroule explica de este modo esta circunstancia: "El cambio de forma social había operado una transformación radical en la mentalidad general. La abolición de la propiedad privada y la supresión del oro como valor representativo de la producción, habían asestado un golpe mortal a la delincuencia. Luego, la desaparición de las diarias preocupaciones económicas individuales, y la satisfacción que experimentaron los comunistas con los nuevos métodos de trabajo adoptados que simplificaban y aliviaban la labor, reduciéndola a unas cuantas horas diarias, influyeron poderosamente para libertar los ánimos de aquella hostilidad latente, que en la sociedad capitalista contagiaba los espíritus, enemistándolos por razones de interés".

De modo que, sin delincuentes, no tenía razón de ser la policía y consiguientemente tampoco existían jueces, abogados, carceleros, tribunales ni prisiones. Suprimidos los organismos represivos, quienes, pese a lo expuesto por el autor, aún transgredían las reglas tácitas de convivencia de la ciudad libertaria, lograban su rehabilitación, sin coerción ni amenazas, simplemente cediendo, contritos, ante la actitud comprensiva y solidaria de los demás habitantes, de la comuna.



7. LA VIDA COTIDIANA

Salvo unas pocas excepciones —resabios de los tiempos viejos—, en la comuna ya no existían "las costumbres familiares y matrimoniales de antaño". Hombres y mujeres vivían solos, independientemente unos de otros. La mujer había logrado superar toda sujeción ya que además ella trabajaba a la par de sus congéneres masculinos. Ella era, pues, libre e igual al hombre, "de hecho y de derecho". A propósito de esto correspondería señalar que las costumbres sociales de la comuna convertían las moradas de hombres y mujeres —después de la cena— en centros de reunión de amigos, en los que se conversaba, se hacía música, se cantaba, se leía. "Estas veladas interesantes —dice Quiroule—, que no se prolongaban nunca más allá de una hora discreta, ofrecían a los compañeros favorecidos la deseada ocasión de sitiar o conquistar el corazón de las simpáticas tertulianas..."

Las relaciones amorosas de las parejas se desenvolvían dentro de la mayor reserva, "no por tonta hipocresía o por falso respeto a convenciones sociales absurdas, que no las había", sino por no provocar tormentos a los posibles rivales. "Era el altruismo en acción, en lo que éste tiene de más puro y elevado porque se ejercitaba en favor de lo que hay de más egoísta en el hombre: ¡el amor!" Para concluir con este aspecto debe añadirse que el grado de evolución social alcanzado en las comunas había hecho desaparecer definitivamente la prostitución.

Los niños, desde que nacían y hasta la edad de seis años, permanecían en casas cunas, donde mujeres voluntarias y capacitadas para estas tareas, les prodigaban cuidados y afectos que facilitaban su desarrollo normal. Sustraídos de antiguas y perniciosas costumbres rutinarias (como la indiferencia o la sobreprotección) no quedaban ciertamente aislados de sus padres, los cuales en todo momento tenían libre acceso para verlos, acompañarlos y brindarles su cariño.

De seis a diecisiete años se les internaba en establecimientos educacionales mixtos, en los cuales, gradualmente, se les proporcionaban conocimientos teóricos de ciencias exactas y sociales —invariablemente acompañados de demostraciones prácticas—, compatibilizadas con ejercicios físicos, higiene corporal y educación sexual. En los cursos superiores los alumnos tenían una participación activa en la programación de las actividades escolares. Los maestros —quienes se desempeñaban en estas funciones también por voluntaria inclinación—, inculcan a los escolares amor y respeto a la naturaleza en sus más variadas manifestaciones. Se realizaban frecuentes excursiones de reconocimiento y estudio por los territorios de la comuna que contribuían a ponerlos en contacto con el ámbito regional que les rodeaba. Y sí por un lado en el medio rural se iniciaba a los jovencitos en todas las labores agrícolas, por otro se les hacía visitar regularmente los talleres comunales para que se familiarizasen con los procesos de producción, agudizasen la curiosidad y se les despertase el gusto por el trabajo. Se ha dicho ya que la enseñanza, lejos de ser libresca, era eminentemente práctica: se incitaba a "estudiar reflexivamente con la ayuda de la demostración

experimental". Todo tendía pues a estimular integralmente la iniciativa y el espíritu crítico de los estudiantes. Desde luego inculcar la responsabilidad y solidaridad social era la función básica de estos establecimientos. Al llegar a los diecisiete años el joven culminaba sus estudios y era considerado un miembro activo de la comuna, es decir un trabajador. Pero el proceso educativo no quedaba interrumpido ya que estaban al alcance de todos los llamados cursos libres, "si esta palabra tiene significación en una sociedad donde no los había «oficiales»", de índole superior, que estaban a cargo de personalidades descollantes en cada campo del saber. Al parecer —el asunto no resulta suficientemente claro— esos cursos no eran de especialización en determinadas disciplinas sino de vulgarización de alto nivel. Esto resultaría comprensible en una sociedad que no admitía conocimientos científicos o artísticos parcelados y mucho menos el acceso a ellos sólo por parte de minorías, lo cual estaría en contradicción con las pretensiones igualitarias y universalistas superadoras de toda división del trabajo. Pero ¿cómo y dónde se formaban los especialistas, cuya existencia se admitía? Sea como fuere existía la intención explícita a través de nutridas bibliotecas y establecimientos de la más variada índole (como anfiteatros de anatomía, laboratorios experimentales, observatorios astronómicos, etc.), de excitar la curiosidad de los jóvenes para incitarlos a la observación, el estudio y la crítica, "con el sano propósito de impedir que su cerebro fuese pasto de prejuicios hijos de la ignorancia", y sobre todo para estimular el espíritu creador. Que no todo estaba resuelto lo prueba, por ejemplo, la persistencia de algunas graves enfermedades o la admisión de que el espacio interplanetario y los mundos siderales seguían siendo "un obsesionante enigma del prodigioso universo".

Las viviendas, rodeadas de jardines, eran *chalets* contruidos con vidrio y tenían diferentes dimensiones y colores. Las paredes dobles contenían sustancias aislantes. Tenían generalmente dos, tres y cuatro habitaciones. Su arquitectura —aquí la nota exótica— era "una combinación feliz de estilos etrusco y japonés". Los muebles principales estaban fundidos junto con la habitación y formaban un solo bloque con ella. La fabricación de cada una de estas viviendas, hechas en serie y con procedimientos eléctricos, demoraba menos de una semana, siendo su costo sumamente reducido. No se utilizaba madera en su construcción. "Elegancia, solidez, impermeabilidad, higiene, tales son las principales ventajas del empleo del vidrio." El usufructo de estas viviendas era completamente gratuito.

El agua se obtenía de pozos semisurgentes que, mediante molinos de viento y a través de sencillas cañerías, la proveían a grupos reducidos de casas. Se evitaba así las complejas y costosas instalaciones de acueductos y de extensas redes de distribución. Las aguas servidas se esterilizaban químicamente y eran aprovechadas después para el riego de los cultivos.

En el área habitacional los caminos peatonales —limpios y bien cuidados— eran de arena. En cambio las carreteras eran de tierra pero tan lisas como el *macadam*.

Dadas las peculiaridades de la vida comunal muchos medios de transporte resultaban superfluos. Tal como dice Quiroule, los habitantes de la ciudad anarquista no tenían razones para conservar la locomoción rápida cuando ningún asunto público o personal requería urgencia ni velocidad de traslado. Por consiguiente fueron suprimidos los automóviles particulares, los tranvías y aun los ferrocarriles. Piénsese que en la comuna las distancias que separaban a las viviendas de los lugares de trabajo eran muy cortas y nadie tenía ya "la torturante preocupación de llegar a destino con exactitud matemática". Además, la autosuficiencia de esos pueblos había reducido a un mínimo insignificante la necesidad de intercambios y de comunicaciones con el ámbito extracomunal. De todos modos circulaban electromóviles, camiones, avionetas y, para locomoción individual, "electrocicletas".

El tránsito de los vehículos cesaba totalmente al anochecer por lo que las carreteras no necesitaban luz artificial. "Las sombras de la noche tienen también su poesía y su encanto, resultando una economía de electricidad enorme para la comuna."

También por innecesaria y a raíz de la simplificación del organismo social se había suprimido la administración de correos: el transporte de la escasa correspondencia que existía con las comunas vecinas lo hacían voluntarios.

En la comuna no había casas de comidas, fondas o restaurantes de ninguna clase; cada individuo era su propio cocinero, ya que la técnica culinaria la habían aprendido todos en la escuela común. En una nómina de productos alimenticios se mencionan los siguientes: azúcar, yerba, café, aceite, pastas, sal, queso, frutas secas, galleta, vino, sidra... Salta a la vista la omisión de la carne pero esto tiene también su explicación: los habitantes de las comunas, en su mayoría, eran "vegetarianos por gusto y convicción".

El mobiliario y la vajilla que se detallan en la obra son absolutamente corrientes para la época en que fue escrito el libro y no muestran rasgo alguno de innovación.

En cuanto al vestido se observan notables cambios. El "ridículo y complicado" atuendo burgués, en hombres y mujeres, había sido dejado de lado por otro más "higiénico y racional", que el autor describe minuciosamente.⁴⁶

La comuna contaba con un gran estadio con capacidad para veinte mil espectadores —ya que a la población propia se agregaba la de las comunas vecinas— donde se celebraban toda clase de torneos deportivos, fiestas, espectáculos artísticos, en los que participaban jóvenes de ambos sexos. Se glorificaba allí a "la Vida, la Naturaleza, el Sol, la Anarquía, la Libertad, el Amor, la Solidaridad, etc.". También había un teatro de dimensiones moderadas donde se daban conciertos o se representaban "cuadros trágicos del odioso régimen

capitalista desaparecido", como asimismo comedias que ridiculizaban usos y costumbres de esa misma época.⁴⁷ El propósito ostensible de las representaciones teatrales era de índole educacional y moralizadora, para exaltar en "el espíritu de los espectadores su feliz condición de hombres libres e iguales, comparada con la de los seres infortunados oprimidos por el doble despotismo del capital y del Estado".

Entre las expansiones más difundidas se hallaba la práctica de gimnasia, atletismo y natación, en amplias instalaciones construidas y equipadas al efecto.

La salud pública presentaba en la comuna un panorama notablemente distinto del que caracterizaba a los tiempos que la precedieron. El nivel de vida alcanzado permitió erradicar la mayor parte de las enfermedades. La supresión de las labores insalubres o extenuantes, las costumbres regulares, sencillas y sin vicios, la vivienda adecuada, la alimentación racional, la sensación de seguridad y hasta la desaparición de la ignorancia, hicieron posible que el organismo de los individuos se desarrollase más sano y vigoroso. Y es que ahora, todos, hombres y mujeres, vivían la nueva condición de seres libres y felices. Un detalle pintoresco nos lo ofrece el rechazo terminante que Quiroule hace de sueros y vacunas — "asquerosas inoculaciones de degeneración en la sangre de la raza"—, "inventadas y celebradas con mucho ruido por los mistificadores y ambiciosos charlatanes explotadores de la ciencia de Esculapio". En los hospitales —cada vez más pequeños— se atendían las dolencias más graves ya que las leves eran tratadas en sus casas por los propios enfermos, instruidos al efecto por libros de terapéutica al alcance de todos. ¿Cuál era pues el papel de los médicos en esa sociedad comunal? Si cada individuo, como dice el autor, "era médico de sí mismo, exceptuando el caso raro en que tenía que recurrir a la intervención de la cirugía" o de un especialista, resulta que los médicos desempeñaban un papel poco más que supletorio. Esto se ve corroborado por la circunstancia de que ellos tenían libre gran parte del día, lo cual aprovechaban —al igual que los demás trabajadores— para realizar "faenas comunes y para dedicarse a estudios u otras ocupaciones intelectuales o manuales de su agrado". También en defensa de la higiene pública, en las comunas se habían suprimido los cementerios: los cadáveres eran reducidos en hornos crematorios.

Prácticamente nada dice Quiroule en forma explícita en materia de religión. Se infiere de su libro que los creyentes han desaparecido, pues no se alude a templos, sacerdotes, celebraciones ni ceremonias de culto alguno. La irreligiosidad de la sociedad comunista está estrechamente vinculada con lo que diremos en seguida a propósito de la naturaleza. En efecto, ésta era objeto de una exaltación lindante con el panteísmo. La proximidad, el contacto, con la tierra y sus frutos, a través del trabajo, obraba con su simpleza tonificante como un purificador de conciencias. El hombre y la mujer de la comuna se sentían, por convicción, parte de la indivisible arquitectura de la naturaleza. Era como un retorno reconciliador — después de un largo y bárbaro periplo de siglos o milenios— hacia una vida gozosa de solidaridad y libertad en plenitud.

Desde temprano a los niños se les inculcaba el respeto y el amor por la naturaleza. Así, ya adultos, eran conscientes de que debían obedecer "a la gran ley que rige el universo, la cual es y será siempre el cantar de la vida, resumida en la dulce realización del amor fecundo".

En el libro de Quiroule aparecen, más de una vez, visiones paradisíacas del campo, las sementeras, los frutos. Siempre esos cuadros bucólicos tienen por alegres y felices partícipes a trabajadores de la comuna: los hombres no son allí espectadores sino inseparables integrantes del medio —caminan, laboran, descansan— en comunión con el variadísimo y multicolor espectáculo de la naturaleza. Porque, tal como se dice en alguna página —y respetamos las mayúsculas del original— "amar la Madre Natura es amar la Vida en su más pura y sana expresión".

Es oportuno destacar que Quiroule menciona a lo largo de su libro una serie, no muy extensa por cierto, de inventos o desarrollo de inventos, atribuidos vagamente a los hombres de la comuna. Creemos interesante ocuparnos de esto por cuanto suelen ser los inventos o las anticipaciones técnicocientíficas una llamativa característica de las descripciones de sociedades utópicas. La nómina, en el caso de la ciudad libertaria, no es muy numerosa ni demasiado atractiva o efectista; acaso lo más destacable es la difusión generalizada de la electricidad, presente en todas las actividades de la vida comunal. Para generar ese fluido se apeló —desechando por esclavista el trabajo en las minas de hulla— al aprovechamiento de la energía eólica, hidráulica y aún de la energía solar. Hasta se hacían experiencias con poderosas máquinas perforadoras para alcanzar las capas ígneas del interior de la tierra y tratar de utilizar sus elevadas temperaturas como inagotable fuente geotérmica.⁴⁸ Ingeniosos aparatos de todas formas y tipos captaban la electricidad que se almacenaba en acumuladores, que tenían la ventaja de tornar innecesarias las grandes usinas y las peligrosas instalaciones de cables de alta tensión aéreos o subterráneos. Estos acumuladores tenían múltiples aplicaciones, tanto para accionar máquinas, vehículos de transporte, iluminación, como para usos domésticos. Incluso hallamos máquinas rurales eléctricas, "pequeñas, livianas y de fácil manejo". Y es que, afirma Quiroule, "todas las facultades inventivas del hombre tenían un solo fin: domar las fuerzas de la naturaleza para hacerlas servir a la obra de la civilización libertaria".

En la comuna aparecen difundidos la telefonía sin hilos, helicópteros —monoplanos y monomotores y también biplanos y bimotores, estos últimos para transporte pesado—, barredoras mecánicas de calles, lavadoras automáticas de vajilla, ingenios todos estos que, según tenemos entendido, se encontraban en la realidad hacia 1914 en período experimental. Más originalidad parecen tener el reloj de bolsillo combinado con un predictor meteorológico; vagonetas eléctricas para transportar comida y vajilla entre las cocinas y los comedores colectivos (que tornaban innecesaria la ocupación de personal para la atención de las mesas); telas sedosas fabricadas a partir de fibras vegetales; y las ya mencionadas casas de vidrio.

Queda claro, según dice el autor, que todos los inventos e innovaciones utilizadas en las comunas tendían a promover "una mayor suma de bienestar y de libertad para los habitantes". Teniendo en cuenta que las comunas americanas se desenvolvían frente a una Europa hostil, bastión de regímenes capitalistas autoritarios, se explica que también se preocupasen por desarrollar inventos en lo relativo a materiales bélicos. En este orden de cosas lo más original y sensacional es el vibraliber, "temible máquina de guerra", especie de mortífero rayo láser, cuyas ondas radiactivas lo convertían en un instrumento de exterminio de aplastante poderío. Lo sorprendente es que el vibraliber era un arma creada con finalidades políticas concretas. Esto lo explica Quiroule cuando sostiene que semejante aparato —en cuanto concluyese la fase de experimentaciones secretas— serviría para destruir a los opresores de Europa y liberar por consiguiente a los trabajadores del Viejo Mundo.⁴⁹ Era la retribución americana por la ayuda que éstos brindaron a la revolución que en El Dorado permitió establecer las comunas libertarias. El vibraliber era, pues, una prueba decisiva de solidaridad obrera internacional. La propuesta de utilizar el vibraliber para liberar Europa en lugar de esperar a que fructifique allí la "larga y paciente labor realizada por la propaganda libertaria", aparece en definitiva como una solución mágica para hacer triunfar la preconizada revolución universal.

Y bien, la organización comunista que Quiroule imagina estaba alcanzando la cima de la felicidad, como resultado de la total transformación de la realidad social que él describe morosamente. Los trabajadores, la única clase existente, se habían liberado de las injusticias, las privaciones, las fatigas, las enfermedades, y hasta del egoísmo...

"No faltando nada a nadie, no había harapientos al lado de bien vestidos, ni hambrientos codeando hartos; ni pudientes orgullosos al lado de humildes hipócritas y rencorosos.

"Los semblantes expresaban sólo sentimientos nobles y leales. La máscara repulsiva de la hipocresía había caído de todos los rostros, habiendo las caras recuperado sus armoniosas líneas naturales y humanas, deformadas durante tanto tiempo por la burla insolente, la blasfemia, la mentira, la simulación, el odio, la envidia, la astucia y el egoísmo; o marchitas por las orgías y los vicios más degradantes.

"No se veían facciones alteradas por las injusticias sociales, por los abusos y el engaño de los fuertes; no se veían caras huesudas y cadavéricas; ojos muertos o sin expresión, cuerpos arruinados por catástrofes morales, por excesos de trabajo y de privaciones o por enfermedades vergonzosas.

"No se veían gesticulaciones de beodos o de individuos trastornados por los terribles reveses de la existencia; no se veían niños sucios y andrajosos y famélicos, criándose en el arroyo; no se oían palabras groseras o soeces que ofendiesen la ética del lenguaje o hiriesen la forma amable del trato entre comunistas hombres, mujeres y niños...

"La corrupción de las costumbres había desaparecido por completo. La prostitución no era más que un triste recuerdo de una época libertina y depravada. El alcohol y los espirituosos habían sido desterrados como bebida. Solamente la pasión por el tabaco no había sido extirpada del todo todavía; una reducida minoría, a pesar de todo, seguía siendo esclava del vicio de fumar, afortunadamente el menos repugnante."

Una preocupación única y permanente guiaba, pues, cada acto de los felices miembros de la comuna: "el bien de todos"...



Colonia utópica Icaria-Speranza (Sonoma, California)

8. OTRA VEZ EN LA SOÑADA TIERRA DEL IDEAL

Hay que reconocer que Quiroule fue incansable en imaginar y en describir sociedades utópicas. Primero, en 1912, fue *Sobre la ruta de la anarquía*, que mostró el alumbramiento de una nueva época. En 1914 produjo *La ciudad anarquista americana*, morosa fisiología de la comuna libertaria. Exactamente diez años después, en 1924, aparece otro libro, *En la soñada tierra del Ideal*, donde se reiteran sus propuestas optimistas.⁵⁰ La generosa obsesión de Quiroule por vislumbrar una nueva sociedad liberada de todo género de opresión le llevó a elaborar nada menos que un tríptico de utopías.⁵¹

La obra últimamente citada clarifica y desarrolla algunos tópicos ya abordados en *La ciudad anarquista americana*. Es en cierto modo su complemento, aunque extrañamente nunca la mencione en sus páginas. Hay, también, algunas rectificaciones formales, fruto seguramente de un largo meditar acerca de planteos anteriores no del todo satisfactorios para el autor. Llamativa resulta asimismo su insistencia en responder a los críticos descreídos de la viabilidad de su sistema libertario.

El nuevo libro encara la situación que sobreviene en la época postrevolucionaria. Después del cruento derrocamiento del orden burgués, "ocurrido hace pocos lustros", se instaura un régimen sindicalista centralizado. Los organismos de dirección tenían competencia sobre todo el sistema productivo y decidían por consiguiente acerca de la utilización y distribución de la mano de obra disponible. El consumo de productos y servicios, administrado y regulado por otro organismo sindical, estaba fundado en bonos —el dinero había sido sustituido— permitiendo adquirir alimentos, ropas, vivienda, electricidad y demás cosas de necesidad imprescindible.

Nada aclara Quiroule acerca de cómo se integra la llamada Dirección Sindicalista Central y cuál era, en consecuencia, el grado de su representatividad. Sí expresará, en cambio, su acerba crítica al sistema: este ordenamiento social, que proveía y organizaba todo, no dejaba a los individuos ninguna iniciativa apreciable. El trabajador —sostiene Quiroule— no tenía por qué preocuparse de nada, ya que había quienes pensaban y administraban por él; y toda su acción social se limitaba a concurrir al sindicato para recibir allí las instrucciones relativas a las tareas que correspondía cumplir.

Sin embargo, el autor reconoce que fue mérito de lo que él denomina sindicalismo el haber aplastado la reacción contrarrevolucionaria en "el período aciago de terribles luchas y combates con los enemigos de adentro y de afuera", cuando hubo que organizar apresuradamente el trabajo y la defensa. Las puntualizaciones que hace Quiroule en su libro obviamente tienen presente lo ocurrido en Rusia a raíz de la revolución de los soviets. "Sí, estuvo bien el sindicalismo en esa trágica faz de su actuación, y ha sido realmente una fortuna

que haya podido, así, imponerse a todos, doblegando ciertas resistencias que, de prevalecer, podían haber sido funestas para la suerte de aquel grandioso levantamiento de los oprimidos..." El régimen sindicalista —que duró seis o siete años— "si bien menoscabó completamente las ansias de libertad de un núcleo de hombres que soportaban difícilmente esta dictadura del trabajo impuesto por las circunstancias, tuvo, empero, su lado bueno, por lo que hizo que desaparezca el parasitismo de clase, y trajo, además, un relativo bienestar social al amalgamar todas las voluntades y orientarlas hacia ocupaciones beneficiosas para la masa. Así se construyeron viviendas sanas para todos; se confeccionaron ropas para todos; y se produjo alimentación para todos." A partir de aquí los caminos se bifurcan decididamente y el pensamiento anarquista expone su más rotundo rechazo a la filosofía de la construcción revolucionaria que se pretendía imponer con carácter permanente. "Pero este sindicalismo traía, en sí, el germen de su propia descomposición y desaparición, porque es fatal que bajo la presión consciente de las energías populares, tarde o temprano, caiga para siempre derribado cuando se alza en medio del camino como un obstáculo opuesto al tesonero avance del espíritu de libertad humana."

Y sobreviene el previsto derrumbe, cuyas causas principales enumera: la masiva desocupación producida al concluirse las grandes obras públicas de reparación social emprendidas a poro de empezar la nueva era revolucionaria; la gravitación negativa de la antigua clase media, que consumía mucho más de lo que producía; y la reacción de los productores agrarios, postergados por una política absorbentemente industrialista.

Se produce entonces un brusco viraje en el ordenamiento social, imponiéndose los proyectos anarquistas que preconizaban una fusión igualitaria de los intereses económicos y aspiraciones culturales de la ciudad y el campo. "Dicho cambio se operó mediante la creación de numerosos poblados agrícola-industriales, en los que la diversidad o mezcla de las funciones productivas descartaba toda posibilidad de imposiciones de los unos sobre los otros..." Era la concreción del viejo ideal del "retorno a la tierra", una acompasada identificación del organismo social con "el orden establecido por Natura". En la realización de estas convicciones "se hallaba la clave de la verdadera felicidad y no en otra parte". El respeto irrestricto de las individualidades y el espontáneo cumplimiento de las obligaciones inherentes a la solidaridad social mostrarían la plena "superioridad de la filosofía anarquista". Desde el punto de vista del autor la libertad de que se goza en el nuevo régimen es ilimitada, por lo que no hay lugar para discordias. No hay coerción, y los pocos disidentes del sistema, al cabo de no mucho tiempo terminaron por incorporarse paulatinamente a la nueva sociedad. Los avances científicos y técnicos como asimismo los progresos intelectuales tienen un profundo sentido social. "Todos los inventos en nuestra sociedad son disfrutados por la comunidad y no por algunos pocos privilegiados; la luz, la fuerza motriz, el rodado, el vestido, la habitación, la herramienta de trabajo, la alimentación, el libro, el teatro, la música, el arte, en fin, bajo todas sus formas, están al alcance y

disposición de todos sin excepción y sin más retribución que la justa cooperación diaria a una labor [de necesidad común]."

La vida en esta sociedad no es un "viaje de aburrimiento en un mar de aceite", afirma convencidamente Quiroule al responder a sus críticos. "¿Acaso la distracción, lo que llena y embellece la vida, está enteramente contenido en los huecos discursos y polémicas estériles de todos los instantes?" No es tan difícil, fuera de las palabras vanas, hallar variación y entretenimientos bastantes como para romper la apacible tranquilidad de cada jornada. "¿Y la práctica del arte? Si la palabra es gala del espíritu, ¿lo son menos la música, la escultura, la poesía y la misma astronomía?... Hay, además, muchas maneras de interesar y ocupar el pensamiento emancipado de la tiranía de tribunicia fraseología, la primera y más bella de todas: criar y educar a la niñez; hay, también, el estudio del cuerpo humano y de sus dolencias; hay la veterinaria; hay la agronomía, la floricultura, la botánica; hay la física y la química; hay la electricidad, ciencia apenas nacida ayer y que está en vías de desalojar o transformar a todas las demás...; hay... pero ¿es posible trazar la línea terminal dónde han de pararse las actividades cerebrales del hombre determinado por ardiente deseo de saber y de accionar?" Nadie, acá, ha bostezado de fastidio, dice Quiroule desde su propia elucubración idealista... "¿Dónde está, aquí, la decadencia que profetizaban esos desorbitados idealistas del siempre más allá? No se precisan los vidrios de aumento para notar, de golpe, el progreso civilizador realizado en el acuerdo más perfecto por nuestro pueblo de libres." Otra vez el espejismo de los anhelos que creen verse trasmutados en algo vigente y palpable. Y a los que manifiestan temor por la falta de estímulo para el trabajo al suprimirse el dinero, los horarios y las reglamentaciones laborales, dice Quiroule que no hay peligro de que nadie se convierta en haragán. La mejor respuesta, según él, la proporciona el empeño y emulación con que se desenvuelven todas las actividades de la comuna..., en su utopía. Los ensueños que avizora para el porvenir cree estar viéndolos ya. No hay duda de que en el entusiasmo y calor con que expone sus proyectos olvida Quiroule que precisamente está en el terreno de la utopía y no de la realidad.

Es interesante asimismo la distinción que hace —desde luego condicionada por el contexto utópico— entre ideal social y progreso material, conceptos que suelen confundirse y englobarse en una única postulación de apetencia de cambio. El ideal social tiene límites señalados por lo que él denomina la *filosofía del bien*, que es una, y "donde hay entera libertad para practicarla o sea la posibilidad para plasmar en realidad al propio sueño, acábase la discusión y aparece la obra individual". No hay más allá, porque el ideal ya está plenamente alcanzado. Todo esto presupone, por una parte, una concepción maniquea, y además la virtual inexistencia de impedimentos para que cada individuo satisfaga cabalmente sus propias aspiraciones. La irrealidad también campea en esta parte del razonamiento del autor, quien supone, tal vez, que todas las contradicciones sociales y sus diferentes expresiones ideológicas desaparecen mágicamente con la instauración del sistema que él propicia, el cual se convierte a su vez en una quintaesencia del *bien*

—la filosofía anarquista no es igualable en ningún porvenir, dice categóricamente—, y en el que estructuras y superestructuras se identifican y corresponden mecánicamente. En cambio, es más comprensible su entusiasmo a propósito del progreso material. Éste se ensanchará sin detenerse nunca, dice Quiroule, con la seguridad digna de un positivista decimonónico. Siempre el progreso habrá de ser motivo de regocijo mientras su influencia tenga por único objeto hacer más fácil y agradable la vida de los individuos. La igualdad social que impera convierte a todos en beneficiarios directos en cuanto adelanto científico o técnico se logra en la comunidad. Todo está orientado, sin riesgos ni sobresaltos, a hacer felices a los hombres, por lo menos a los hombres de la hipotética ciudad libertaria...

Yendo de lo general a lo particular, trataremos de ver seguidamente algunos aspectos ilustrativos sobre cómo concibe ahora Quiroule la estructura urbanística de su ciudad libertaria o comuna y cómo se desenvuelven allí determinadas actividades sociales. La planta cuadrada de la ciudad que propuso en su utopía de 1914, es reemplazada ahora por una de configuración circular. En fajas sucesivas, bien diferenciadas desde el exterior al centro, se encuentran las áreas de viviendas y las de servicios (almacenes, depósitos, garages, talleres). En el centro hay una plaza donde están las llamadas "instituciones de la Inteligencia" (biblioteca, centros de investigación" científica, observatorio astronómico, salón de conferencias, teatro y una Sala de Deliberaciones, ésta con capacidad para varios miles de personas). "¡Cuánto no implicaba tan sencilla y racional distribución —dice Quiroule—, el mecanismo urbano de la nueva sociedad, cuyos miembros, mediante esa aceitada disposición de las cosas, se encontraban en contacto permanente con todo lo que constituía su organización!" Los alrededores de la ciudad estaban dedicados a las huertas, más allá de las cuales se penetraba en los terrenos de las granjas. Entre las huertas y la zona urbana se hallaban los jardines, "que formaban como una cintura florida a la pequeña ciudad anarquista".

Dos notas pintorescas, en verdad reiterativas en las obras de Quiroule. Con respecto al régimen alimenticio, dice que en un principio hubo apasionadas controversias entre "carnívoros" y "vegetalistas y fructívoros", triunfando en definitiva estos últimos, es decir, los partidarios del vegetarianismo. Y a propósito de salud pública, insistirá una vez más en embestir contra la vacuna, a la que califica como "criminal atentado a la salud colectiva".

Nuestro autor desarrolla algunos aspectos culturales, tratados muy someramente en su anterior utopía. Al referirse a la "cuestión libresca", aborda con cierto detenimiento lo relativo a la imprenta, el libro y el periodismo. La industria gráfica se había modificado notablemente al prescindirse de la linotipo y volverse a la composición manual. Las impresiones se hacían en muy limitada cantidad de ejemplares, para satisfacer solamente la demanda de los lectores locales y de las otras comunas de la región. La producción artesanal y en pequeña escala concordaba con el virtual ocaso de la literatura. La narrativa "esa forma tentadora del arte en la expresión refinada de las pasiones humanas", había desaparecido; y la poesía

"estaba en tal decadencia que los amigos de la rima habían renunciado a verla en letras de molde y se contentaban con declamar sus versos, en tertulias privadas, a sus escasos oyentes". Sin embargo, advierte Quiroule. "no había muerto la belleza del verbo", transmitida por la escuela y heredada ahora por la juventud que se desenvolvía en una sociedad de vida austera, bien alejada de la "corrupción y vaciedad intelectual" que caracterizó a los tiempos de la burguesía.

"Todo influía para que se manifestara una fuerte corriente hacia los esparcimientos intelectuales más serios y prácticamente útiles. Así, las ciencias aplicadas a la industria y la agricultura, junto con el estudio de la meteorología y la astronomía, ocupaban más dignamente el lugar dejado por la difunta literatura, y el pensamiento individual y colectivo nada perdía, ciertamente, con el cambio..."

En cuanto concierne al periodismo, su papel antaño tan poderoso, se había reducido a una hoja semanal cuyo contenido se limitaba a estadísticas de la producción y el consumo comunal, y a noticias locales; también se editaban boletines mensuales correspondientes a las principales ramas científicas y técnicas. Las páginas de estos periódicos estaban abiertas para recibir colaboraciones e iniciativas de todos, con la única condición de que se contribuyera a la confección material de la publicación.

¿Qué ocurre con las artes, mientras tanto? La música y el canto eran las expresiones más difundidas. En cambio, la escultura y la pintura tenían pocos adeptos, porque —explica Quiroule— los admiradores de la naturaleza preferían buscar impresiones y emociones directamente en contacto con ella y no a través de reproducciones inertes.

La religión recibe una vez más fuertes críticas de parte del autor, para quien es una expresión ideológica represiva al servicio de las clases dominantes.

El centro motor de la vida de la comuna era la asamblea —"nuestro Parlamento, nuestro Congreso"—, que semanalmente se congregaba en la Sala de Deliberaciones, en la Plaza Central, para debatir y resolver todos los problemas de interés colectivo. Quiroule subraya la importancia de este sistema de gobierno de participación popular directa. Todos los miembros de la asamblea de la comuna son "diputados de sí mismos", que proponen, deliberan y deciden cuanto asunto "tiende a estabilizar el bienestar común y a fomentar la cultura espiritual de la asociación". Los discursos pedantes y las discusiones estériles son cosa del pasado. Puntualiza al respecto que "nuestra Nación puede enorgullecerse de su sistema representativo, cuyo lema es de Paz y de Progreso".

En la comuna no hay gobierno ni administración pública. El autor sostendrá enfáticamente que allí carece de lugar la burocracia "parasitaria y mandona como lo son fatalmente todas las burocracias, sea cual fuere la

etiqueta —socialista, sindicalista o soviética— con que la opresión quiere disfrazarse". Asimismo se iba desterrado la diplomacia, el papeleo y las formalidades del protocolo.

La comuna practica una solidaridad efectiva, de acción rápida y eficaz no solamente dentro de la propia jurisdicción, sino que, cuando es preciso, trasciende sus límites para auxiliar a todos los hombres que la necesiten.

El corolario del autor es categórico: "Esta comuna de hombres libres, buenos, animosos y sabios, con su exponente materializado de fraternal civilización, ¿qué prueba sino lo factible que era alcanzar en los hechos a la Utopía... como la demostración más esplendorosamente bella del Ideal puesto resueltamente sobre el yunque de las totales realizaciones?..." Estas idealizaciones, por supuesto, no logran suprimir la distancia que separa a la utopía de la realidad. Es sólo en la terca realidad —y a través de la lucha contra viejas y renovadas opresiones— donde se construye un mundo nuevo y libre, entrevisto también en los ensueños de los alquimistas sociales.

¹ Abad de Santillán, *El movimiento anarquista en la Argentina, cit.*, pág. 52.

² Fernando Quesada, "La Protesta', una longeva voz libertaria", en *Todo es Historia*, N° 82, Bs. As., mayo de 1974, págs. 74-96, y N° 83, abril de 1974, págs. 68-93.

³ Sobre Bautista Fueyo véase Domingo Buonocore, *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, Bowker, Bs. As. 1974, págs. 163-164.

⁴ Abad de Santillán, *ob. cit.*, pág. 46.

⁵ Agradecemos a Diógenes Falconnet, Diego Abad de Santillán y Fernando Quesada sus aportes en materia de informaciones y sugerencias para este esbozo bibliográfico de Quiroule.

⁶ Salvo indicación en contrario, los libros y folletos que se mencionan aparecieron con el seudónimo de Pierre Quiroule. Los datos obtenidos en nuestras propias investigaciones fueron ampliados con los procedentes de dos repertorios bibliográficos de la mayor importancia: Carlos M. Rama, *Mouvements ouvriers et socialistes (Chronologie et bibliographie)*, L'Amérique Latine, Les Éditions Ouvrières, París, 1959; y Eric Gordon, Michael M. Hall, Hobart Spalding, "A Survey of Brazilian and Argentine Materials at the International Instituut Voor Sociale Geschiedenis in Amsterdam", en *Latin American Research Review*, vol. VIII, N° 3, Austin, Fall 1973, págs. 27-77.

⁷ La literatura anarquista contaba por esa época, entre otros, con un libro de propósitos semejantes, y que tuvo mucho éxito. Nos referimos a *La société au lendemain de la révolution*, de Jean Grave, publicado originalmente en París en 1882. Alcanzó considerable difusión en el mundo de habla española a través de la traducción de Constantino Piquer, editada en dos tomos por F. Sempere, Valencia, s/f., con el título de *La sociedad futura*. En Buenos Aires se hicieron varias reediciones de esta obra. Grave analiza detenidamente importantes problemas sociales que podrían plantearse después del triunfo de la revolución del proletariado. Su enfoque queda definido en este párrafo: "Si no podemos afirmar de seguro «lo

qué será», debemos conocer «lo que no debe ser», lo que tendremos que impedir para no caer de nuevo bajo el yugo del capital y de la autoridad" (t. II, pág. 15).

⁸ Es un volumen de 8 + 283 páginas in octavo, con una hoja desplegable que contiene el plano de la ciudad libertaria. Hemos utilizado el ejemplar que pertenece a J. A. de Diego, quien, con su habitual generosidad, lo puso a nuestra disposición.

⁹ En este libro los personajes de la ficción literaria por sí mismos no desempeñan papeles relevantes; son más bien puntos de apoyo que el autor usa para facilitar la exposición de sus ideas. El más encumbrado personaje es Super (abreviatura admirativa de Superhombre), distinguido científico y artífice de la revolución libertaria. Entre sus amigos se hallan dos jóvenes: Optimus, inventor mecánico, y Utop, artista escultor. Nótese el simbolismo de estos tres nombres. También se mencionan, al pasar, a algunas mujeres, como Caricias y Corola.

¹⁰ A esta dedicatoria le precede otra: "A los valerosos revolucionarios que en México luchan por ¡Tierra y Libertad!" Estas palabras de solidaridad fueron escritas cuando el proceso de la Revolución Mexicana estaba en plena ebullición. Aquí conviene recordar, por lo que concierne a nuestro asunto el nombre de Emiliano Zapata, líder agrarista, que levantó precisamente hacia 1914 la consigna de "Tierra y Libertad" como bandera programática de lucha.

¹¹ El gaucho es tratado reiteradamente en el libro de Quiroule con especial simpatía. Cuando describe el gran Coliseo recuerda que entre las obras escultóricas que lo adornan, realizadas en mármol y en tamaño natural, hay una alegoría de antiguas costumbres. Esta representaba al "gaucho legendario, sentado; las piernas cruzadas y a la sombra del ombú solitario, delante del rústico y humilde rancho, arrancando de su inseparable guitarra las notas monótonas con las cuales acompaña el improvisado canto, mientras que el mate tradicional circula de mano en mano entre los oyentes silenciosos, agrupados en derredor suyo, y que, junto al poste cercano al cual está sujeto por la rienda el brioso «pingo» espera, dando con la cabeza bruscos tirones de impaciencia".

¹² Asimismo podría citarse a Joseph Déjacque, autor de una olvidada utopía, *El Humanisferio*, publicada originalmente en 1859 y reeditada en español por *La Protesta*, Buenos Aires, 1927. Esta obra preanuncia las concepciones de Kropotkin. Sobre Déjacque y sus ideas véase Ángel J. Cappelletti, *El socialismo utópico*, Grupo Editor de Estudios Sociales, Rosario, 1968, págs. 155-201.

¹³ Importa recordar que en el Quinto Congreso de la Federación Obrera Regional Argentina, celebrada en Buenos Aires en 1905, se aprobó difundir entre los trabajadores "los principios económicos y filosóficos del comunismo anárquico". Y cuando en aras de la unidad sindical, durante el Noveno Congreso de esa organización, en 1915, se derogó dicha recomendación, esto produjo una escisión en la F.O.R.A., que duraría varios años. Cfr.: Abad de Santillán, *Historia de la F.O.R.A.*, cit., págs. 142 y 228.

¹⁴ Cole, *ob. cit.*, t. II, pág. 316.

¹⁵ Pedro Kropotkin, *El apoyo mutuo. Un factor de la evolución*, F. Sempere y Compañía Editores, Valencia, s/f., t. II, págs. 43-44. La primera edición de este libro data de 1902.

¹⁶ *Ibidem*, t. II, pág. 54.

¹⁷ *Ibidem*, t. II, pág. 86. Al estudio del apoyo mutiro en la ciudad medieval dedicó Kropotkin dos capítulos (V y VI) de este libro.

¹⁸ Pedro Kropotkin, *Campos, fábricas y talleres*, F. Sempere y Compañía Editores, Valencia, s/f., pág. 9.

¹⁹ *Ibidem*, pág. 235.

²⁰ *Ibidem*, pág. 195.

²¹ *Ibidem*, pág. 207.

²² Citado por Daniel Guérin, *El anarquismo. De la doctrina a la acción*, Proyección, Bs. As., 1968, págs. 144-145.

²³ Un año antes de dar a conocer sus *News from Nowhere* Morris publicó un importante artículo crítico sobre el libro de Bellamy en *The Commonweal*, de Londres, el 22 de enero de 1889. Cfr.: A. L. Morton, *Las utopías socialistas*, Martínez Roca, Barcelona, 1970, págs. 155-157.

²⁴ Cole, *ob. cit.*, t. II, págs. 165-174. En la Liga Socialista que fundó Morris en 1884 convivían diversas corrientes teóricas que se disputaban la orientación del incipiente movimiento socialista inglés. No debe extrañar esta circunstancia pues con algunas intermitencias y hasta el año 1900 aproximadamente las Internacionales obreras agruparon a todos los sectores vinculados, al movimiento obrero organizado (marxistas, anarquistas, sindicalistas, etc.). Cfr.: Carlos M. Rama, *Las ideas socialistas en el siglo XIX*, Iguazú, Bs. As., 1966, pág. 212. Sobre Morris véase asimismo Morton, *ob. cit.*, págs. 165-174; y Max Nettlau, "William Morris y su utopía", prólogo a William Morris, *Noticias de ninguna parte*, Editorial La Protesta, Bs. As., 1928, págs. V-XXVIII. Llamamos la atención sobre esta olvidada edición argentina realizada por el difundido diario anarquista de Buenos Aires. Para nuestro trabajo utilizamos el ejemplar que gentilmente nos facilitó Horacio A. Maniglia, a quien mucho agradecemos su deferencia. Tal vez Quiroule se sirvió de la edición española de igual título, publicada por Maucci, Barcelona, 1903.

²⁵ Morris, *ob. cit.*, edición de La Protesta, pág. 112.

²⁶ *Ibidem*, pág. 116.

²⁷ Morton, *ob. cit.*, pág. 169. En sentido contrario al expuesto véase Cappelletti, *ob. cit.*, pág. 238. A su vez Berneri ha escrito que Morris se proponía desbaratar "el mito que ensalzaba el progreso técnico a la categoría de panacea de todos los males sociales". Cfr.: María Luisa Berneri, *Viaje a través de Utopía*, Proyección, Bs. As., 1962, pág. 283.

²⁸ Morris, *ob. cit.*, pág. 101.

²⁹ *Ibidem*, pág. 80.

³⁰ *Ibidem*, pág. 104.

³¹ *Ibidem*, pág. 85.

³² *Ibidem*, págs. 96 y 108-110.

³³ *Ibidem*, págs. 102-104.

³⁴ *Ibidem*, págs. 75-85 y 102.

³⁵ Pierre Quiroule, *Sobre la ruta de la anarquía*. (Novela libertaria). Bautista Fueyo Editor. Bs. As. [1912], (120 págs.).

³⁶ *Ibidem*, pág. 12.

³⁷ Quiroule censura las estériles polémicas personalistas que se suscitan entre los dirigentes libertarios. Él confiesa estar más preocupado por comprender "cuáles son los medios más adecuados para efectuar el derrumbe del edificio social [burgués], y combinar tácticas de lucha y vulgarizarlas entre el mayor número de hombres de acción".

³⁸ El proceso revolucionario imaginado por Quiroule contrasta con el concebido por Dittrich, pues apela a la violencia para imponer el cambio social.

³⁹ No obstante ese severo bloqueo llegaron a El Dorado viajeros europeos. Algunos de ellos se entusiasmaron con las nuevas formas de vida imperantes en la comuna y a su regreso se convirtieron en propagandistas de ellas. No faltaron tampoco viajeros que se sintieron tan identificados con el nuevo régimen que optaron por radicarse definitivamente en estas tierras de América.

⁴⁰ Estas afirmaciones de Quiroule resultan contradictorias con las uniformes y minuciosas pautas que se siguen en su comuna en lo relativo a educación, vestido, comida, vivienda, etc., tal como se verá más adelante.

⁴¹ El reformador inglés Ebenezer Howard —discípulo de Ruskin y de Morris— lanzó la idea de la ciudad jardín en su libro *Tomorrow*, publicado en 1898, que preconizaba el establecimiento de comunidades autónomas en espacios abiertos como alternativa a los abigarrados e insalubres barrios obreros urbanos. En base a esas teorías se construyeron en Inglaterra por esa época, las nuevas ciudades de Letchworth y de Golden Green. Si bien la iniciativa de la ciudad jardín fue ignorada durante bastante tiempo, sus pautas van a ser adoptadas en muchos países a partir del periodo que va de la primera a la segunda guerra mundial. Quedaba demostrado así hasta qué punto eran realizables algunas de las anticipaciones de Morris en sus *News from Nowhere*.

Es oportuno recordar que el distinguido arquitecto Wladimiro Acosta preconizó en la Argentina hace ya muchos años la construcción de un nuevo tipo de ciudad, como expresión de una nueva organización social, y que permitiría alcanzar los siguientes objetivos: compenetración mutua de la ciudad y el campo; ubicación racional de la industria y la agricultura; emplazamiento funcional de las áreas de trabajo y de vivienda; y disposición de una red vial orgánica. Solamente en el marco de una sociedad socialista, dice el autor, podrá realizarse esta idea a pesar de su apariencia de utopía. Cfr.: Wladimiro Acosta, "Bosquejo de la ciudad del futuro", en Federación Universitaria, Centro Estudiantes de Ingeniería, *2º ciclo de conferencias sobre temas argentinos*, La Plata, 1938, págs. 23-38.

⁴² Véase el plano de la ciudad libertaria de Quiroule que se reproduce en este mismo libro.

⁴³ El tema de la comuna era una preocupación constante dentro del movimiento libertario. En el segundo congreso de la internacional anarquista, celebrado en Bruselas en 1884 se trató precisamente el papel futuro de las comunas. Cfr.: Amaro del Rosal, *Los congresos obreros internacionales en el siglo XIX*, Grijalbo, México, 1958, pág. 310. Y entre nosotros el publicista Antonio Pellicer Paraire sostuvo en una serie de artículos que publicó en Buenos Aires en *La Protesta Humana*, en 1900; que las federaciones obreras eran ya en germen la comuna del futuro revolucionario. Cfr.: Abad de Santillán, *Historia de la F.O.R.A., cit.*, pág. 60. En la década del 30 se suscitó dentro del movimiento anarquista español una encendida polémica acerca de la por entonces ya cuestionada vigencia de los principios de una organización comunal. Cfr.: Antonio Elorza, *La utopía anarquista bajo la segunda república española*, Ayuso, Madrid, 1973, págs. 351-437.

⁴⁴ Las técnicas de producción en tejedurías, herrerías, aserraderos, tornerías, panaderías, talleres mecánicos y de electricidad que Quiroule describe responden en general a formas anticuadas caracterizadas por su baja productividad. Sólo las fundiciones de casas de vidrio muestran técnicas revolucionarias. El trabajo en los talleres de imprenta había disminuido en forma notable ya que eliminados los diarios y revistas políticas y las impresiones comerciales, solamente se dedicaban a la producción de libros en tiradas pequeñas —suponemos— dadas las limitaciones del ámbito consumidor de la comuna.

⁴⁵ Sería del mayor interés comparar el esquema de la comuna que propone Quiroule con algunas realizaciones contemporáneas de índole similar, como las comunas de Aragón, los *kibutz* israelíes y las comunas chinas. Entre la profusa bibliografía existente sobre estos temas, señalamos: Gastón Leval, *Colectividades libertarias en España*, Proyección, Bs. As., 1972, t. I, págs. 89-167; Martín Buber, *Caminos de utopía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1955, págs. 176-189; y Pío Isaac Monteagudo, "La reforma agraria y las comunas populares", en [Pío Isaac Monteagudo y Horacio A. Cerrato] *China Popular*, Cátedra Lisandro de la Torre, Bs. As., 1961, págs. 43-54.

⁴⁶ Los hombres vestían, en lugar de camisa, una liviana y fresca túnica sin mangas a imitación de los antiguos fenicios; abrigado poncho del "paisano de la tierra americana" en cambio del paletó; y reemplazando al pantalón, una bombacha apretada al tobillo; más chambergo de alas anchas, pañuelo de seda anudado al cuello y sencillas sandalias. Como abrigo se agregaba una capa liviana. Los jóvenes gastaban ropas más simples aún: túnica flotante sin mangas, pantalón corto y sandalias. Las mujeres, por su parte, usaban blusa de mangas cortas ajustada a la cintura, pollera pantalón, calzado y finas polainas. Esta vestidura, un tanto semimasculina, como lo reconoce el autor, era reemplazada al terminar la jornada de trabajo por otra "más en armonía con la estética natural de la mujer": túnica larga que ceñía el talle y dejaba descubierto el pie, calzado con sandalias. Un detalle más del tocado femenino: el peinado seguía la antigua moda griega.

⁴⁷ En los cuadros trágicos se mostraban los "horrores de la vida del proletariado explotado y oprimido", sus dolorosas privaciones y angustias puestas en vigoroso parangón con la opulencia insolente y las crapulosas orgías de la clase dominadora; las crueldades de los poderosos; la tiranía sanguinaria de los déspotas coronados; las espantosas tragedias guerreras; las atrocidades cometidas en los presidios contra los hombres de ideas; y también los valerosos actos de rebelión individual o colectiva..."

⁴⁸ La conversión en electricidad de la energía solar y de la geotérmica se encuentran todavía en nuestros días en fase experimental.

⁴⁹ Así imaginaba, con trazos artísticos, un personaje de la comuna anarquista lo que sobrevendría al aplicarse el vibráliber: "Una América colosal y magnífica, rodeada de razas esclavizadas rompiendo las últimas cadenas del género humano y libertando al mundo".

⁵⁰ *En la soñada tierra del Ideal*, B. Fueyo, Bs. As. [1924], (76 págs.).

⁵¹ Nettlau, el principal historiador del anarquismo, cita con elogio los escritos utópicos de Quiroule. Cfr.: Max Nettlau, *Esbozo de historia de las utopías*, cit., pág. 87.



PIERRE QUIROULE

La
Ciudad anarquista
americana

OBRA DE CONSTRUCCIÓN REVOLUCIONARIA

Con el plano de la Ciudad libertaria

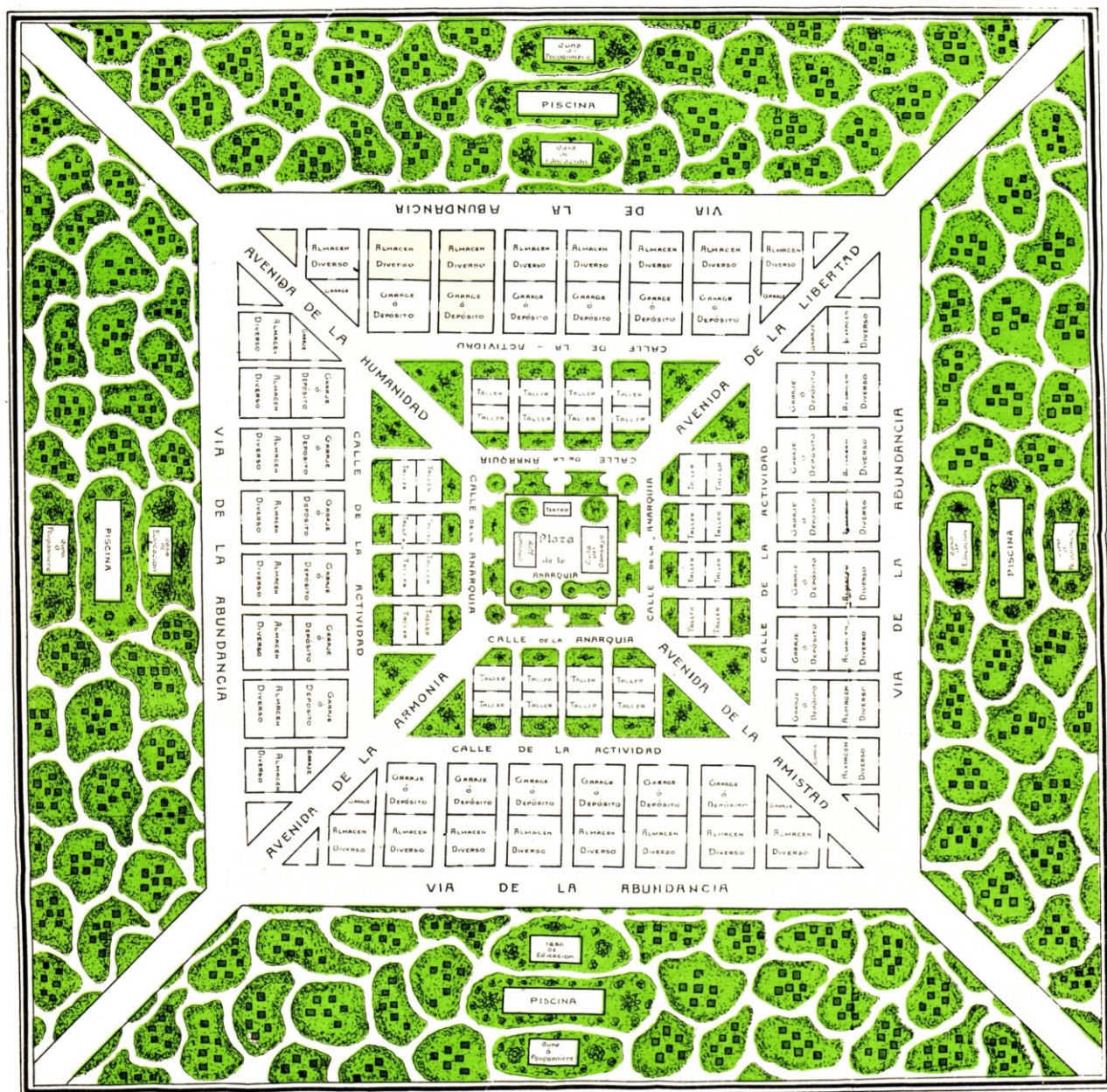


BUENOS AIRES

Editado por "LA PROTESTA"

1914

PLANO DE LA CIUDAD ANARQUISTA AMERICANA



ADVERTENCIA: — Con el fin de facilitar la comprensión de este plano, el autor no se ha cuidado de las proporciones.

OTRA: — Donde dice Almacén diverso, se designan los locales donde se halla todo lo que es de uso y consumo diario, o eventual como boticas, etc.

Grupos de casas rodeadas de jardín.

Nota del Digitalizador: Aclaraciones de las leyendas del plano.

Edificaciones alrededor de la Plaza de la Anarquía: - Teatro - Hall/Gimnasio - Sala del Consejo

Edificaciones del anillo central: - Taller

Edificaciones del anillo medio: - Garaje o Depósito - Almacén Diverso

Edificaciones del anillo exterior: - Casa de Educación - Piscina - Cuna o Pouponnière

Calles: Vía de la Abundancia; Avenida de la Amistad; Av. de la Armonía; Av. de la Libertad; Av. de la Humanidad; calle de la Actividad; calle de la Anarquía.

ADVERTENCIA: - Con el fin de facilitar la comprensión de este plano, el autor no se ha cuidado de las proporciones.

OTRAS: - Donde dice Almacén diverso, se designan los locales donde se halla todo lo que es de uso y consumo diario, o eventual como boticas, etc.



Grupos de casas rodeadas de jardín

II

LA CIUDAD ANARQUISTA AMERICANA

por PIERRE QUIROULE

[1. LOS CAMBIOS REVOLUCIONARIOS]

Como Las Delicias no había experimentado modificación alguna después de la Revolución, habiendo quedado su población tan densa como antes, el perímetro urbano, exageradamente dilatado, no había variado, por lo que la ciudad seguía teniendo las mismas necesidades siendo comunista, (*) que cuando era la capital de la monarquía.

En estas condiciones, era imprescindible que siguiesen funcionando los numerosos servicios públicos indispensables como los de las aguas corrientes, del correo, de tracción eléctrica a distancia, de alumbrado, de limpieza urbana, de empedrado, etc., sin olvidar el del ferrocarril, sin el cual la ciudad carecería de los productos del campo y el campo de los productos de la ciudad.

Y al pretender, ellos también, poner en marcha aquel gigantesco mecanismo que acciona en la vida de las grandes aglomeraciones humanas, los organizadores comunistas sufrieron la más cruel de las decepciones al notar cuan incompatible con la Idea anarquista resultaba aquella forma de labor.

Esto no era, en verdad, lo que ellos se habían propuesto al derribar el antiguo estado de cosas. Aspiraban ardientemente para sí y para los demás una vida sin compromisos ni obligaciones, a base de libre albedrío, sin el cual no puede haber verdadera libertad, ni completa independencia e integridad individuales.

Trabajar, sí, puesto que el trabajo era necesario para asegurar a todos el bienestar y su corolario la alegría, fuente de concordia y de fraternal expansión; pero no hacerlo, como antes, encadenado a una monótona y aburrida ocupación única, a la odiosa labor continua y a la autómata actividad de hora fija.

Y era precisamente esto último lo que esperaba a los comunistas, empeñados en pedir libertad al más perfecto instrumento de esclavitud que imaginar se puede.

(*) Quiroule utiliza la denominación genérica de "comunista" para referirse a los habitantes de las comunas anarquistas y a todo lo relativo a este sistema. Por lo tanto tiene en su libro una significación que difiere totalmente de la actual, que, por otra parte, es posterior a esta obra de Quiroule. - F. W.

Siendo, por ejemplo, evidentemente imposible modificar el sistema ferroviario existente, forzoso sería por dicha causa guardar intacta su organización complicada, sin la cual la circulación de los trenes no podría efectuarse.

En las estaciones habría que conservar el personal especial que regulariza el movimiento de los convoyes. Es cierto que el personal ocupado a la venta de los boletos, los inspectores, etc., podría suprimirse; pero los telegrafistas deberían hallarse en su puesto, lo mismo que los encargados de las señales y de los cambios de vías.

¿Qué ventajas traería para estos individuos el sistema comunista?

Admitiendo que su trabajo fuera aliviado en lo posible, acortando las horas de su presencia "obligatoria", y que no tuviesen ya ninguna preocupación en cuanto a la cuestión económica, para el presente y el futuro, ¿qué horizonte de goces superiores y de libertad sería el suyo? Esclavos del servicio, su vida seguiría siendo invariablemente la misma. Nada habría cambiado para ellos y la implantación de la comuna poco beneficio les reportaría. Otro tanto puede decirse de los conductores de trenes, cuyo sitio no puede ser otro que sobre su máquina, y del personal del servicio urbano de tracción eléctrica, tan esclavo como el del ferroviario.

El material rodante de las vías férreas no es de duración eterna. Tanto las locomotoras como los coches de pasajeros y de carga deben ser incesantemente renovados, lo mismo que los puentes, los rieles, los travesaños y los postes e hilos telegráficos.

Pues bien. Para hacer otras máquinas y otros vagones, cortar nuevos tirantes, fundir otros rieles, hacer muchos kilómetros de alambre, es necesario en primer lugar tener hierro, y para fundir y trabajar este hierro, poseer altos hornos, grandes establecimientos metalúrgicos y talleres mecánicos apropiados. Además, para alimentar los altos hornos, se necesita carbón, mucho carbón, lo mismo que para accionar las locomotoras, lo cual implica forzosamente la posesión de un stock enorme de hierro y de hulla, cuya adquisición requiere que numerosos productores trabajen penosamente en el fondo de las minas, lejos del sol y de la alegría que procura el espectáculo de la naturaleza, para que muchos otros hombres, desnudos delante del fuego abrasador de los altos hornos, activen durante toda su vida la formidable hoguera, o trituren sin cesar el fantástico bloque de metal incandescente que centellea en la extremidad de las enormes pinzas, como meteoro deslumbrador que ciega y quema cruelmente a los obreros...

La madera de los durmientes sobre los cuales descansa el riel, debe ser cortada en el monte, traída de muy lejos, y dividida en trozos iguales mediante la sierra mecánica, lo que significa que gran cantidad de trabajadores estarán ocupados eternamente en derribar árboles y cortarlos en pedazos.

Las fábricas de fuerza motriz, las usinas y los grandes talleres, el servicio de aguas corrientes, el de alumbrado, el de telégrafo y teléfono, etc., necesitan también, además de numerosos obreros encargados del trabajo ordinario, de un personal técnico competente que no es posible cambiar a cada instante. Y no hablaremos de los servicios de limpieza de la calzada, de empedrado, etc., que en todo tiempo requieren legiones de activos trabajadores.

¿Quién haría, en adelante, estos trabajos de forzados? ¿Quién consentiría a pasar sus días en las negras profundidades de las minas, ahora que la naturaleza iba a brindar por igual a todos, sol y espacio, que todos tendrían derecho a los goces embriagadores de la vida libre?... Sí, ¿quién iría a las entrañas de la tierra, a sacar penosamente el combustible indispensable para las grandes industrias metalúrgicas?

¿Aquellos que lo hicieron siempre?

¡Qué sarcasmo!...

No es una razón, porque las duras condiciones del ambiente en que nacieron obligóles desde niños a bajar a las galerías subterráneas como lo hicieron sus ascendientes, para que así sigan siempre las cosas...

¿O se cree que el minero, cuya existencia se consume en una noche eterna; que el conductor de tren o el "motorman" expuestos a cada momento a mil peligros; que el leñador cortando troncos; el obrero de los altos hornos asado por la hoguera, etc., no tienen ningún ideal, ninguna aspiración a una vida mejor y más bella, más sana y más humana?...

¿Puede suponerse un solo instante siquiera, que, huyendo estos obreros de las minas, usinas y demás presidios industriales, como el preso que se escapa de la cárcel para respirar el aire puro y vivificante de la libertad, haya otros hombres tan insensatos para ir a reemplazarlos en los puestos abandonados?...

Y, además, para dar cohesión a tan inmenso conjunto de energías individuales, ¿no hace falta, acaso, una fuerza directora potente que las reúna juiciosa y metódicamente en vista de la ejecución de la obra concertada?

Es innegable. Y como por otra parte no es posible en una dirección única abarcar el conjunto de la inmensa labor a efectuarse, esta fuerza directora deberá forzosamente entregar una parte de su poder en favor de otras fuerzas directoras subalternas. Entonces, cualquiera que sea el nombre con el cual se designe a estos delegados organizadores, que se les llame compañeros ingenieros o compañeros intelectuales, en vez de jefes o capataces, su intervención "directora" no por eso será menos autoritaria o efectiva, por cuanto, como siempre, tendrán que obedecer pasivamente los dirigidos.

De ahí nacerá la mala voluntad: el compañerismo y la solidaridad recibirán un golpe mortal, y falseado en su esencia misma el nuevo estado de cosas, en definitiva, no será sino un reflejo del antiguo.

Como está dicho, la organización del trabajo para la producción útil en la ciudad de Las Delicias, y principalmente de los diversos servicios públicos enumerados más arriba: tracción, luz, aguas, barrido, etc., dio lugar a una confusión enorme, a pesar de la buena voluntad de todos, quedando demostrado a los pocos días lo irrealizable de la empresa.

Aunque se hubiese contado con un ejército de hombres superiores, perfectamente al corriente de su misión, no habría sido posible el "normal" funcionamiento de dichos servicios, si se quería respetar los altos principios de justicia e igualdad inscriptos en los pliegues de la bandera roja y en el corazón de los comunistas.

El caso era que, no obstante su reorganización, estos servicios públicos seguían siendo tan insuficientes y malos como precedentemente.

Es que se había hecho una revolución formidable para sustraerse de los efectos perniciosos de un sistema funesto, pero este sistema, salvo modificaciones insignificantes, quedaba en pie, perfectamente intacto, y era lógico que produjese los mismos males.

La Revolución parecía querer defraudar nuevamente las grandes esperanzas puestas en ella...

Tan amarga constatación no podía menos que entibiar el entusiasmo de los comunistas.

La limpieza de las calles, los trabajos pesados y sucios, por ejemplo, estaban hechos por voluntarios, los que se cansaron pronto de labor tan ingrata: había escasez de máquinas barredoras y pasaría tiempo antes que las hubiese en cantidad suficiente.

Los obreros, cuyo oficio era poco agradable o atrayente, deseaban cambiar de ocupación, pero como no sabían desempeñarse en otras profesiones, les era forzoso continuar con la suya, siendo esto motivo de descontento para muchos. ¿Cómo hacer para satisfacer los unos y los otros?

Hubo que abrir los ojos ante la realidad: sólo la organización tal como la entendían y practicaban los burgueses podía dar resultados aparentemente buenos, siendo la sola compatible con las gigantescas ciudades modernas.

Con el sistema comunista, esta organización no servía. Se había errado el camino...

Pero, si tal cosa sucedía con la organización de la producción en la ex capital de la difunta monarquía, donde no faltaban inteligencias despejadas, ¿qué no pasaría con la gente del campo, por lo general poco ilustrada, con los agricultores que debían abastecer la ciudad, enviándole los productos de la tierra, fruto de su labor!

Éstos tampoco tenían por qué regocijarse exageradamente con la proclamación de la comuna.

¿En qué había cambiado su triste condición de esclavos de la tierra? En nada. Su suerte seguía siendo la misma, dura y poco divertida.

Ellos poseían la tierra, es cierto, pero el método de cultura no había variado. Era siempre el cultivo en gran escala el que prevalecía; es decir, la siembra de un mismo cereal o producto, cubriendo regiones enteras, porque eran necesarias grandes y abundantes cosechas para que las ciudades gigantes, esas devoradoras insaciables, no conociesen el fantasma del hambre, y esta labor monótona, sin variación y falta de todo atractivo, no era la más a propósito para hacer conocer al obrero del campo la felicidad, alegría y dulzura de vida que él se figuraría naturalmente inherentes a la condición de nombre libre.

Y en ese caso, ¿quién podría impedir que el campesino, dueño sin disputa del suelo y de sus brazos, viendo que puede vivir tranquilo y dichoso con el mínimo de esfuerzo, y en rigor pudiendo pasarse de la ayuda de los habitantes de la ciudad con sólo asociarse con los camaradas de su pueblo, para producir únicamente lo ¡preciso para las necesidades propias —y sabernos que estas necesidades del campesino son pocas—, se negase a continuar la asociación rompiendo en lo sucesivo toda relación con ellos basada sobre la comunidad de la producción?

¡Terrible perspectiva, de un posible divorcio entre la ciudad y el campo!...

Estos obstáculos e imposibilidades habían sido previstos, sin embargo, mucho antes de la Revolución, por el joven Super, quien habíase manifestado siempre contrario a la tendencia general que quería utilizar, en tiempo de Anarquía, los métodos y medios empleados por el capitalismo para hacer frente a las necesidades de la sociedad burguesa.

Algunos de sus compañeros fueron del mismo parecer, pero los otros, demasiado optimistas, y tal vez sin ahondar convenientemente ese lado del problema, calificaron de quiméricas dichas aprensiones, prefiriendo encarar las cosas venideras con detestable criterio rutinario, inconscientemente opuestos a las solas ideas renovadoras de las que dependía la salvación de la obra revolucionaria;

creyendo posible dar nueva y fecunda vida a un organismo gangrenado cuya supresión total debía haber sido uno de los primeros actos de la Revolución.

Las previsiones del joven anarquista no eran equivocadas, porque es una gran verdad que no puede haber salud, armonía, bienestar, higiene, abundancia, alegría ni libertad en los grandes centros poblados.

Es una locura, decía, que una colectividad libre persista en vivir amontonada en un mismo punto, ensanchando más y más la planta urbana de su residencia, a medida que dicha colectividad crece y se hace más numerosa; cifrando su gloria en construir y habitar la ciudad más grande y más poblada del mundo, porque todo lo que hace o constituye el esplendor de una gran metrópoli: extensión de perímetro, altura de los edificios, número crecido de habitantes, actividad del comercio, riqueza de la población, movimiento extraordinario del tráfico callejero, etc., etc., es opuesto a la realización del ideal anarquista, el que consiste en agrupaciones reducidas de seres racionales que buscan en la asociación con sus semejantes el medio de obtener el máximo de bienestar con el mínimo de esfuerzo individual, y una libertad amplia, sin restricciones, que permita a cada uno de los miembros de dicha asociación disponer de su tiempo sin control, sea interviniendo últimamente en las ocupaciones materiales exigidas por las necesidades económicas, sea dedicándose a las del espíritu, no menos importantes y necesarias para el normal equilibrio de las facultades humanas.

Y bien, las grandes ciudades no pueden ofrecer nada de esto a sus moradores.

Mas, casi se podría afirmar que ellas han sido ideadas por los gobernantes para conseguir lo contrario, con el fin de transformar las mil anormalidades que derivan fatalmente de un exceso de población en fuente inagotable de dinero.

Por eso, han hecho creer a los gobernados que es un título de gloria para la capital de una nación el tener muchos millones de habitantes, como Nueva York, París o Londres, diciéndoles que estas capitales deben una gran parte de su fama y prosperidad a tan colosal reunión de individuos y propenden a que la de su país sea tan grande o mayor que las citadas.

El brillo ficticio de aquellas colosales aglomeraciones humanas, les da una apariencia de razón, con lo que el engaño es fácil. Y el pueblo cree, se aglomera según la fórmula patriótica, con lo que los dirigentes consiguen lo que desean: recursos abundantes para mantener en la holganza a la clase burguesa.

Sabido es que la burguesía se compone de individuos que viven del trabajo ajeno.

Estos individuos, que son los parásitos que roen el cuerpo social, no podrían existir o desarrollarse fuera del recinto de las ciudades. Es preciso, pues, que haya ciudades para albergarlos convenientemente, y que estas ciudades sean grandes, porque cuanto más grandes, más numerosos son los servicios públicos que ellas necesitan, los cuales exigen todo un arsenal de ordenanzas y reglamentos que faciliten su buen funcionamiento. Estos reglamentos y ordenanzas requieren, como es de suponer, una legión de "activos" funcionarios que velen por su exacto cumplimiento.

Además, se precisan numerosas oficinas para la administración de la cosa pública: oficinas de estudios, de solicitudes, de autorizaciones, despacho de fórmulas y papel timbrado, de informes... ; otras para las contravenciones y multas; otras para recaudación de impuestos, etc., etc.

Cada uno de los servicios públicos de una gran ciudad debe tener en todos los barrios sus oficinas correspondientes y el personal de empleados encargados de la reglamentación e inspección de dichos servicios. Y, naturalmente, el parásito burgués encuentra en esas oficinas el puesto bien remunerado, que le permite vivir y hacer buena figura con los demás individuos de su clase privilegiada.

Y como estos individuos son muchos, se necesitan muchos empleos... Es así como hay un sinnúmero de oficinas de reglamentación, conservación e inspección; de construcción, pavimentación, tráfico y consumo; de teatros, paseos y trabajo; del riego, de análisis; de higiene, asistencia, etc., etc., que sólo sirven para dar una apariencia de ocupación a los hijos de la burguesía.

Todo nuevo ensanche, cada nuevo progreso, toda innovación, todo lo que da mayor brillo o esplendor a la ciudad moderna, son el pretexto para la creación inmediata de otros tantos nuevos servicios de estudio, inspección, reglamentación y recaudación provistos de sus respectivos personales de parásitos.

Además, en una gran ciudad, hay siempre el elemento popular recalcitrante, los descontentos, aquellos que quieren imitar en todo a los burgueses; es decir, vivir como éstos, a costa de los laboriosos. Por eso, como se comprende, los burgueses no pueden consentirlo: ¡nada de competencia! ¡Para aquellos pillos habrá leyes penales que fijen el castigo en que incurren por su pretensión! ¡Espléndida ocasión para crear nuevas profesiones liberales, como la de juez para condenar, de escribiente para historiar los delitos, y también de abogado (!) para defender a los pillos!

Pero, para sostener aquel ejército de hambrientos elegantes, se necesita dinero, mucho dinero, y para encontrar ese dinero es preciso recurrir a los impuestos, contribuciones y gabelas de todas clases, y hacer que la población los pague con puntualidad.

Se comprende fácilmente que en ciudades chicas, de pocos habitantes, los impuestos no darían lo suficiente para alimentar tantos holgazanes. Es por consiguiente absolutamente necesario también desde este punto de vista, que la ciudad sea grande, inmensa, ilimitada, en relación a su población, para que las bienhechoras gabelas hagan caer una lluvia de oro en los bolsillos de estos astutos mistificadores y vividores.

En primer lugar los varios millones de habitantes de la ciudad gigante, necesitan comer, beber y... respirar, funciones indispensables de la vida. Buena oportunidad para gravar el pan, la carne, el agua, el aire, el sol... de un justo tributo que todos pagarán sin regatear, aunque sólo se disfrute del aire, del sol, del pan, del agua o de la carne en muy pequeñas dosis y que las dichas pequeñas dosis sean siempre de calidad muy inferior.

Además, muchos negocios y casas de comercio abrirán sus puertas en la gran ciudad. Pronto, vendrán impuestos de patente, luz y barrido; otros impuestos por el letrero, sobre la clase de comercio; otros sobre el número de dependientes empleados; sobre el capital invertido; sobre los beneficios realizados, etc.

De cada lado de la calzada se levantarán un sinnúmero de inmuebles, que pagarán también crecidas sumas en concepto de contribución territorial, además de los impuestos de limpieza, de alumbrado y otras gabelas por el estilo.

El terreno sube de precio en el centro de la ciudad, debido a la compacta edificación y a las hermosas y bien asfaltadas calles y avenidas, en las que se ubican los ricos mercaderes y se radican el lujo y los placeres. Sin tardar se construyen rascacielos de cien pisos de altura, cuyos dueños piensan escapar así a la explotación escandalosa de los detentores de la tierra, ganando en alto lo que no pueden conseguir en ancho.

Entonces se tienen ciudades fantásticas, ideadas por cerebros locos, como las de Norteamérica, donde todo un mundo vive entre las nubes.

Sin embargo, el peligro de tener que pagar no ha sido conjurado, como lo creyó el propietario de esas horribles torres de hierro modernas; porque lo que no dio al vendedor del suelo, tiene que entregarlo con creces en forma de impuestos, a los administradores de la cosa pública: impuesto sobre cada piso, sobre cada habitación, sobre el número de personas alojadas, sobre la cantidad de ascensores; sobre las ventanas y las puertas, sobre la corriente eléctrica que da luz, calor y tracción; sobre la forma del edificio y su arquitectura; sobre el espacio ocupado por sus frentes y la superficie de su base, etc., etc.

Pero el dueño del inmueble gigante halla el modo de no sacar un solo centavo de su bolsillo. ¿No es él, acaso, burgués también, es decir, parásito que se nutre del esfuerzo ajeno?... Pues, con aumentar el precio del alquiler a los

locatarios, se resuelve sin dificultad el problema, siendo en definitiva los productores quienes, como siempre, tienen que cancelar íntegras las contribuciones y los impuestos del rico propietario.

Las calles, largas, y en su mayoría mal pavimentadas y sucias, hacen el uso del vehículo imprescindible. Nada conviene más a nuestros parásitos, que tienen con esto otra fuente abundante de recursos derivados de las gabelas de todas clases, que alcanzan a todos los rodados, a todos los caballos, a todas las fustas, a todas las cocherías, etc. Esto para los coches de plaza. En cuanto a los carros de carga, su número tiene que aumentar forzosamente a medida que se desarrolla la ciudad y crece su población, cuyas necesidades exigen un abastecimiento incesante, y llueven reciamente también sobre éstos las contribuciones benditas: impuesto sobre el peso que pueden llevar, sobre el número de yuntas que tiran; gabelas de una clase para los vehículos de cuatro ruedas, de otra para los de dos, etc., sin olvidar, naturalmente, la indispensable patente de circulación.

La ciudad es grande. Los habitantes, que tienen relaciones entre ellos, viven en los barrios más opuestos: de allí el servicio de correos que facilite las comunicaciones epistolares. Y luego, el impuesto sobre cada carta, sobre cada impreso, etc., y otra nube más de funcionarios parásitos, hijos de burgueses, tienen asegurada una existencia tranquila y bien rentada.

En una gran ciudad, el público tiene que ocupar sus ocios en alguna cosa: se va al café, al concierto, etc., cuando no a las carreras u otras diversiones deportivas. Pues bien, ¡hasta la alegría y el descanso pagan tributo a la ley común! El café, principalmente, ¡qué mina de oro inagotable! Allí, cada botella que se expende o está en los estantes, cada vaso, cada cucharita, cada silla, cada letra de los avisos que adornan las paredes, paga gabela a la comuna (léase a los burgueses). El teatro y el hipódromo entregan un tanto por ciento sobre el importe de sus rentas diarias.

¡Qué decir del cigarrillo, ese compañero inseparable del trabajador y del holgazán!, ¡qué fuente de recursos!...

Pero, si hasta de los vicios menos nobles, ¡¡¡hasta de la prostitución!!! sacan provecho estos honrados y virtuosos señores administradores nuestros...

Y así es como hay en la gran ciudad un sin fin de contribuciones y de gabelas sobre todo lo que se ve, lo que se toca, lo que se usa, para la mejor marcha y administración de la cosa pública.

En cuanto a los beneficios que sacan los contribuyentes de los tales servicios públicos que ellos sostienen tan liberalmente con su dinero, es difícil de apreciarlos, porque no existen, o si los hay, son tan escasos, tan ínfimos, que ni vale la pena hablar de ellos.

En realidad, no se trata de parte de la burguesía administradora y directora, de atender seriamente ninguno de estos servicios de utilidad pública.

Dichos servicios son el pretexto, el fin es encontrar dinero para vivir bien sin hacer nada. Teniendo asegurado el ingreso de este dinero, lo demás importa poco, es de segunda importancia.

Pero, como es preciso dar siquiera una apariencia de compensación al dinero sustraído del bolsillo de los productores, se les ofrece un raro ramillete de espléndidas ilusiones: ilusión de limpieza, ilusión de empedrado, de seguridad, de higiene, de embellecimiento; ilusión de luz, etc., etc. Y a medida que la ciudad se agranda y que su esplendor es más brillante, nuevas ilusiones, que se pagarán con buenas realidades monetarias, son la consecuencia de ese mayor grado de progreso alcanzado por las deslumbrantes Atenas modernas.

De ahí las quejas y protestas del contribuyente, escandalizado por la grosera mistificación de que va siendo víctima.

Sí, todo es ilusión en las grandes ciudades, todo, hasta la salud, que no tenemos; hasta el aire que respiramos, viciado por las miasmas y pestilencias de la calzada: ¿no hemos dicho que el barrido de la vía pública es otra ilusión?

Y si el aire que respiramos en la calle lleva a nuestros pulmones los gérmenes de todas las enfermedades, ¿qué decir del que respiramos en las "higiénicas" habitaciones construidas con la competentísima aprobación de las oficinas de parásitos creadas para dicho objeto!

¿Veis estos edificios colosales que se levantan, soberbios, muy alto por encima de las modestas casas que los rodean, como aplastándolas con su mole enorme . . . estos edificios estupendos que atónito contempla el forastero, confundido ante tanta ciencia de ingeniería y atrevidéz de concepción, y que son uno de los principales motivos de orgullo de las grandes ciudades actuales? . . . Pues, contra ellos, cientos de puños se levantan traduciendo en gesto de rabia impotente la desesperación de los desgraciados seres que viven en su base privados de luz, de aire y de sol, en las miserables chozas envueltas en la fría sombra que proyecta sobre ellas el criminal coloso, sembrador de tristeza, de tuberculosis y de muerte . . .

Y así todo. . .; convirtiéndose fatalmente las grandes ciudades en receptáculos de todas las inmundicias arrojadas por la población, animal y humana, que envenenan la atmósfera: ellas no son sino un conjunto de fealdades de la peor especie, una reunión diabólica de todo lo que puede dañar y perjudicar al hombre: suciedad, enfermedad, corrupción, degeneración, delincuencia, opresión, esclavitud, hambre, miseria, aflicción, etc.

¿Era para perpetuar semejante estado de cosas que los voluntarios de la Anarquía habían derrumbado la monarquía? ¿Trabajar cual un autómeta; vivir en malas condiciones higiénicas; sujetarse a reglamentos opresores, y lo más peor, estar por presenciar la ruptura entre el elemento agrícola y el elemento industrial?

¡No... mil veces no!... la revolución no podía detenerse a medio camino, ella debía acabar su obra, proclamar la libertad sin límite y el derecho a la salud en la región americana emancipada, organizando el trabajo sobre bases nuevas que no aten al individuo a un modo determinado de labor y de vida. Y sobre todo, huir de las grandes ciudades, derribarlas implacablemente hasta que no quede de ellas piedra sobre piedra, como si fueran ciudades malditas..., y formar pequeños pueblos que produciéndolo todo, se basten a sí mismos. Respirar aire puro, vivir en plena gloria del sol, para dar nuevos pulmones a la humanidad y regenerar la especie, reconciliándola con la alegría y la dicha de ser...

Super recordaba todas estas exaltadas palabras con las cuales trataba de persuadir a sus camaradas los libertarios en aquellos críticos momentos, y decidirlos a dar el paso decisivo que completaría la obra empezada, como la inmensa satisfacción que experimentó cuando vio prevalecer sus ideas.

Oídas en asamblea de comunistas las razones del joven anarquista, y las de algunos compañeros más, partidarios decididos de la comuna tal como aquél la comprendía, los libertarios deliberaron sobre la conveniencia de adoptar la organización propuesta.

El resultado de la deliberación que fue de las más acaloradas, resultó completamente favorable a los entusiastas novatores. Por unanimidad decidióse obrar inmediatamente en el sentido indicado.

Para hacer conocer de la población las decisiones tomadas, se resolvió organizar numerosos mítines en todos los barrios de la ciudad, en los que se explicaría las graves razones que hacían imprescindible una orientación nueva, un cambio de rumbo que permitiría andar con paso firme hacia la justicia social, ya que quedaba evidenciado que no había esperanza alguna de poder alcanzar nunca la felicidad anhelada siguiendo por el antiguo camino.

Se publicaría, además, un extenso manifiesto explicativo, el que sería distribuido profusamente durante los mítines y fuera de ellos, en el que se expondría claramente el por qué se debía abandonar cuanto antes la gran capital para dirigirse sobre los pueblos vecinos, repartiéndose los habitantes de Las Delicias en cada una de las poblaciones camperas, hasta no pasar de una cantidad determinada de individuos, y formando con el sobrante de la población nuevos pueblos que se ubicarían en los lugares que se designarían como los más apropiados. El manifiesto terminaría indicando cuáles eran los métodos de trabajo que se pensaba adoptar para que fuera un hecho la independencia de cada comuna.

Las nuevas poblaciones debían organizarse de un modo distinto al actual, según un plan que consultaría la comodidad del abastecimiento, la facilitación de la circulación, la conveniencia de la producción, la higiene y el bienestar general, permitiendo a cada pueblo o comuna desarrollarse libremente, organizando su producción de manera que no tuviera necesidad alguna de la ayuda de las demás, fuera de los casos de fuerza mayor, producidos por causas catastróficas, en cuya circunstancia no les faltaría la acción de la solidaridad comunista.

Así, con el trabajo libre e inteligente de sus habitantes, las comunas nacientes llegarían en poco tiempo a un alto grado de progreso benéfico para todos sus miembros, acercándose cada vez más al ideal de perfección soñado por los generosos utopistas.

El primer acto de los comunistas en ese combate por la dicha, debía ser el de entregarse enteramente, intensivamente, a la cultura del suelo. De la tierra brotaría la independencia junto con la abundancia para la vida.

Pero como los pueblos anarquistas no contaban con los instrumentos mecánicos para la fabricación de las máquinas necesarias a las muy diversas tareas de la producción industrial, se seguiría aprovechando los talleres y usinas de la capital para proveer a las comunas de las herramientas y de la maquinaria indispensables.

Después, cuando los pueblos contaran con medios propios para poder producir y abastecerse en las condiciones requeridas por su población, se abandonarían también los talleres y las usinas de Las Delicias, no sin antes haber sacado de ellos cuantos útiles contenían y de desarmar y transportar a los nuevos centros de población toda la maquinaria susceptible de ser adaptada a los nuevos métodos de trabajo, garantía de la autonomía del productor.

Durante cuatro años consecutivos se trabajó afanosamente para poner la comuna en estado de andar con sus solas fuerzas. La capital había sido evacuada casi por completo. Sólo residían todavía en ella los compañeros ocupados en la fabricación y transformación de las máquinas y demás instrumentos de labor que sólo podían hacerse allí por el momento.

Luego, se necesitó otros tantos años más para dar forma aproximada a la concepción filosófica de la comuna anarquista, y diez años más para que los nuevos pueblos adquiriesen las costumbres y el aspecto que tenían en la actualidad. Se estaba, pues, en la aurora hermosa de una sociedad verdaderamente libre y feliz.

[2. OJEADA A LA NUEVA SOCIEDAD]

La planta urbana no estaba exageradamente extendida como la de las grandes ciudades. Nadie pagaba alquiler para habitar en los chalets comunistas, careciendo estos últimos, como todo lo que constituía el haber social, de valor especulativo, por la supresión del dinero y la abolición de la propiedad privada. Y no habiendo barrios centrales ni suburbios, ni calles privilegiadas y otras abandonadas, los que vivían en una parte de la ciudad, nada tenían que envidiar a los que habitaban en las otras partes, porque en todos sus puntos hacía sentir igualmente la inteligente e interesada intervención de los moradores, que se esmeraban en dotarla de cuanto podía contribuir a su embellecimiento y a hacer más agradable la permanencia en ella, por lo que tanto valía residir en uno como en otro punto, al norte como al sur, al este como al oeste; siendo así que la población no se veía en la dura necesidad de emigrar continuamente, como antes, siempre más lejos del centro, hacia los parajes apartados, sucios y faltos de todo, ni tenía que luchar contra el encarecimiento siempre creciente de las habitaciones situadas en el corazón de la "city".

Por estos motivos, y el de no existir ya las largas distancias que separaban el domicilio del empleo, las que debían recorrerse diariamente, con la torturante preocupación de llegar a destino con exactitud matemática, el servicio de transporte rápido de pasajeros por tracción eléctrica o vapor, era absolutamente superfluo e inútil.

En verdad que se necesitaba una organización tan irracional y absurda como la de la sociedad burguesa, para que fuera imprescindible recurrir a semejante medio para asegurar el funcionamiento de la máquina social.

La manera de comprender las cosas en aquella época singular, era de las más curiosas y divertidas. Así, por ejemplo, la gente que vivía al norte de la ciudad tenía sus ocupaciones al sur de la misma, y la que residía al sur las tenía al norte, pasando un par de horas todos los días viajando en tranvía, una a la mañana para la ida a la labor y otra a la noche para el regreso al hogar... Y miles de hombres, de mujeres y de niños, hacían diariamente el mismo monótono y aburrido recorrido, perdiendo un tiempo precioso que sumado resultaría fabuloso, cuando era tan cómodo y sencillo para los vecinos en cada barrio hacer allí mismo el trabajo que hubiese.

Además, no habiendo que conformarse a horarios impuestos y por lo tanto arbitrarios, puesto que las cosas hacíanse por libre iniciativa y en cualquier momento del día y al notar la conveniencia de efectuarlas, no se veía en las calles de la ciudad anarquista, aquella doble correntada humana que en los grandes centros poblados desbordan de una a otra vía, entrechocándose en la encrucijada de los caminos, como olas enemigas que se repelen, para correr luego, silenciosas y frías, entre las altas paredes de los edificios construidos a ambos lados de la calzada.

No faltando nada a nadie, no había harapientos al lado de bien vestidos, ni hambrientos codeando liarlos; ni pudientes orgullosos al lado de humildes hipócritas y rencorosos.

Los semblantes expresaban sólo sentimientos nobles y leales. La máscara repulsiva de la hipocresía había caído de todos los rostros, habiendo las caras recuperado sus armoniosas líneas naturales y humanas, deformadas durante tanto tiempo por la burla insolente, la blasfemia, la mentira, la simulación, el odio, la envidia, la astucia y el egoísmo; o marchitas por las orgías y los vicios más degradantes.

No se veían facciones alteradas por las injusticias sociales, por los abusos y el engaño de los fuertes; no se veían caras huesudas y cadavéricas, ojos muertos o sin expresión, cuerpos arruinados por catástrofes morales, por exceso de trabajo y de privaciones o por enfermedades vergonzosas...

No se veían gesticulaciones de beodos o de individuos trastornados por los terribles reveses de la existencia; no se veían niños sucios y andrajosos y famélicos, criándose en el arroyo; no se oían palabras groseras o soeces que ofendiesen la ética del lenguaje e hiriesen la forma amable del trato entre comunistas hombres, mujeres y niños...

La corrupción de las costumbres había desaparecido por completo. La prostitución no era más que un triste recuerdo de una época libertina y depravada. El alcohol y los espirituosos habían sido desterrados como bebida. Solamente la pasión por el tabaco no había sido extirpada del todo todavía; una reducida minoría, a pesar de todo, seguía siendo esclava del vicio de fumar, afortunadamente el menos repugnante. Pero como no existía venta de cigarros, los fumadores cultivaban y cuidaban ellos mismos las plantas de tabaco que necesitaban para su consumo personal, con lo que sólo se perjudicaban a sí mismos.

.....

El cambio de forma social había operado una transformación radical en la mentalidad general. La abolición de la propiedad privada y la supresión del oro como valor representativo de la producción, habían asestado un golpe mortal a la delincuencia. Luego, la desaparición de las diarias preocupaciones económicas individuales, y la satisfacción que experimentaron los comunistas con los nuevos métodos de trabajo adoptados que simplificaban y aliviaban la labor, reduciéndola a unas cuantas horas diarias, influyeron poderosamente para libertar los ánimos de aquella hostilidad latente, que en la sociedad capitalista contagiaba los espíritus, enemistándolos por razones de interés.

Muy contados fueron los individuos que se mostraron reacios al nuevo estado de cosas. Hubo, asimismo, algunos inconscientes que no tuvieron el menor escrúpulo

en aprovecharse del esfuerzo ajeno, consumiendo sin contribuir en la producción, o simulando hacerlo, pensando poder vivir cómodamente, como buenos zánganos, engañando a los productores.

Esto, como es natural, no podía tolerarse. Pero ¿cómo hacer para obligarlos a trabajar? ¿Tener espías, crear tribunales, nombrar jueces?

Esto hubiera sido imitar el absurdo sistema de represión inventado por los burgueses, sistema de represión "que hiere una vez más al robado al pretender castigar al ladrón".

Pero dicho sistema no resuelve nada, ya que su acción no puede ser otra que la de reprimir, siendo bien probado que le es imposible impedir el delito.

Los jueces pueden mandar a presidio al delincuente, pero lo que no podrán hacer nunca es evitar que robe el ladrón o asesine el criminal. Su papel se reduce, en consecuencia, a castigar el culpable, y con el encierro del delincuente la justicia se declara satisfecha.

Pero, al aprisionarlo, ella se ve no solamente obligada a alojarlo gratuitamente durante todo el tiempo de su condena, sino que debe proveer también a su alimentación y darle las ropas que necesite. Y como es preciso tener dinero para pagar los gastos de su manutención el robado o la familia del asesinado, conjuntamente con los demás miembros de la sociedad que no fueron perjudicados ni por el asesino ni por el ladrón y por consiguiente nada tienen que ver con ellos, deben saldar la cuenta, una cuenta muy larga, porque nunca acaba, aunque los malhechores salgan en libertad, ya que siempre hay otros para reemplazarlos.

Pero no es sólo el delincuente a quien debe mantener el robado. Tiene que remunerar regiamente los jueces y sus escribientes; tiene que pagar los comisarios de policía y los guardianes del orden y de la propiedad; los carceleros y los obreros que edifican las cárceles, y abonar también el valor del material que se emplea para la construcción de estas últimas!!!...

Esta manera de hacer justicia, sangrando igualmente a las víctimas de los delincuentes y a los que no son víctimas de ellos, no podía convenir, como se comprende, a los comunistas, porque era crear al lado de algunos parásitos dañinos, todo un ejército de nuevos parásitos mucho más voraces y temibles que los primeros; además de ser en alto grado inmoral, por cuanto deformaba cerebros, moldeándolos para la ejecución de una obra baja y deprimente, como lo es la de perseguir y espiar a los hombres y condenarlos a una vida de tortura, privándolos de libertad y de bienestar.

No; aunque en el principio origináronse no pocos incidentes desagradables entre productores y no productores, los comunistas prefirieron rendir a estos

últimos por la presión moral del ejemplo, sin emplear la violencia, y consiguieron en poco tiempo.

Los zánganos de la comuna eran conocidos por todos. Por lo tanto, cuando un compañero ocupado en un trabajo cualquiera necesitaba de ayuda, pedíala al parásito directamente con palabras insinuantes y amables, diciéndole ser cosa de corto momento, no atreviéndose el otro a rehusar, y con buena o mala gana hacía lo que se le pedía.

Así, sin aparato de fuerza, sin coerción de ninguna especie, los refractarios acostumbrábanse poco a poco a la vida comunista, regenerándose con el ejemplo ajeno y convirtiéndose después en los más entusiastas partidarios de la nueva organización social, cuando vieron cuan inmensa era la diferencia entre la sociedad comunista y la antigua forma social; cuando constataron que la igualdad era un hecho y que una preocupación única y permanente: el bien de todos, guiaba todos los actos de los libertarios.

Para conseguir la suma máxima de libertad soñada, los anarquistas debían contar, en primer lugar, con la posesión de un elemento productor de fuerza mecánica poderoso, cuya obtención no requiriese grandes esfuerzos, sacrificios o trabajo a la colectividad, y que, además, fuera mudable a voluntad, adaptable a todos los usos: calor, energía, luz, movimiento, etc., y de manejo fácil.

La electricidad, como es sabido, reúne en sí el conjunto de esas condiciones preciosas, sin contar aquellas que ignoramos. El elemento buscado, estaba, pues, al alcance de sus manos y los comunistas estaban desde muchos años atrás familiarizados con él. Pero el problema no consistía precisamente en descubrir el fluido eléctrico ni en utilizarlo, sino en encontrar medios nuevos de producirlo y tenerlo en abundante reserva, sin recurrir al carbón, cuyo empleo implicaba para los comunistas estar bajo la dependencia de otras agrupaciones, ya que en los dominios de los hijos del Sol no había minas de hulla, y si las hubiera habido, habrían quedado sin explotar por considerarse la extracción del nuevo combustible trabajo indigno de un hombre libre.

Representando la hulla la esclavitud para el minero y una subordinación a otras regiones inadmisibles, era preciso eliminarla, y en vez de pedir al vapor de agua la fuerza motriz que acciona las máquinas generadoras del fluido misterioso, los comunistas resolvieron captar una parte de la fuerza prodigiosa que desarrollan en la superficie del planeta los elementos naturales en incesante movimiento: vientos, ríos, cascadas, calor solar, etc.

Ahora, Super retrocedía con el pensamiento, al corto período de febril espera, en que todas las facultades inventivas del hombre tenían este solo fin: domar las fuerzas de la naturaleza para hacerlas servir a la obra de civilización libertaria. El éxito había sido completo, consiguiendo el genio humano dominar plenamente las

corrientes atmosféricas y terrestres, con cuya potente ayuda tenían asegurada la producción del fluido eléctrico en cantidad suficiente para todas las necesidades y usos de la comuna.

Ingeniosas máquinas y aparatos de todas formas y tamaños fueron ideados para llegar a dicho resultado. Gigantescos eolipilos colocados en los puntos más altos de las colinas giraban incesantemente accionados por el soplo poderoso de la tempestad o el de las más leves brisas.

Instalaciones especiales permitían recoger directamente en los acumuladores la electricidad atmosférica que grandes cometas metálicas iban a arrebatarse en la región de las nubes.

Un descubrimiento hecho por uno de los comunistas permitía descomponer los rayos solares en fuerza eléctrica, obteniéndose con este procedimiento una provisión de fluido importante durante los días despejados.

Las caídas de agua, naturales o artificiales, y la impetuosa corriente de ríos y arroyos movían mecanismos sencillísimos que tenían también el mismo objeto: producir electricidad para aprovisionar las baterías de acumuladores.

Paralelamente a los trabajos relacionados con la producción de la electricidad, los libertarios ocupáronse en hacer los acumuladores necesarios para almacenar el fluido. Considerable era su número, teniendo en cuenta los múltiples empleos a que estaban destinados. Efectivamente, cada grupo de casas contaba con una instalación eléctrica independiente que las proveía de luz, calor, etc., y también para dar la fuerza necesaria a la extracción del agua de consumo, cuando por falta de viento no giraban las ruedas aéreas de los molinos; y las instalaciones mecánicas de los talleres, los automóviles de carga, aeroplanos, electrocicletas y máquinas agrícolas, necesitaban igualmente su correspondiente dotación de receptores de energía eléctrica. Por dicha causa, los libertarios dieron atención preferente a la construcción de estos aparatos, a la de los motores y de los dínamos; siendo así que en vista del papel importante desempeñado por la electricidad, en las funciones del nuevo organismo social, ningún comunista pudo sustraerse a la imperiosa necesidad de conocer a fondo esta útilísima rama del saber, llegando a ser todos ellos, en poco tiempo, gracias a la práctica seguida de esta ciencia, habilísimos electricistas.

La aplicación del fluido accionante se extendía hasta el servicio de limpieza de la ciudad, el que se efectuaba por medio de un nuevo sistema de barredoras mecánicas, que sacaban automáticamente el polvo y las suciedades de la calzada aspirándolos para recogerlos en un depósito adecuado del que estaban provistas. Una veintena de estas máquinas "higienizadoras" bastaban para el aseo de la ciudad, del que se encargaban los mismos vecinos en sus respectivos barrios.

El alumbrado público y privado había recibido también una modificación radical. No habiendo motivo para desconfiar del prójimo, siendo todos los habitantes de la ciudad anarquista, compañeros y amigos, no eran de temer ningún asalto o agresión de parte de nadie, razón que no hacía mayormente necesaria la iluminación permanente de las calles durante todas las horas de la noche. Siendo estas calles, además, siempre limpias y conservadas en buen estado, no se corría el peligro de enlodarse a cada paso o de caer en ninguna zanja abierta bajo los pies del transeúnte, desapareciendo por lo tanto toda posibilidad de percance desagradable, lo que hizo que se adoptase el sistema del alumbrado facultativo, teniendo en cuenta que las sombras de la noche tienen también su poesía y su encanto, resultando una economía de electricidad enorme para la comuna. La luz se obtenía por medio de acumuladores cargados para una semana y colocados en los almacenes y depósitos, y de distancia en distancia en los caminos. El tránsito de los vehículos cesando totalmente al anochecer, las vías carreteras no precisaban de luz artificial. En cuanto al movimiento de peatones, su poca importancia hacía posible la costumbre de alumbrarse el camino a sí mismo, en las noches oscuras, abriendo o cerrando sucesivamente al pasar las llaves de la corriente eléctrica, teniendo así luz a voluntad durante todo el tiempo que se necesitaba.

En los diversos locales comunistas (talleres, almacenes, garajes, etc.), se recurría al mismo procedimiento, porque tampoco allí se hacía inútil derroche de luz, no imitando en esto a las tiendas o negocios de las ciudades burguesas, donde la electricidad se consume inútilmente bajo las mil formas de intensidad que el capricho capitalista quiere darle, para mayor provecho de los accionistas de las compañías suministradoras del fluido; con lo que quedaban suprimidas las grandes usinas generadoras de corriente a alta tensión, así como las extensas y peligrosísimas instalaciones urbanas con sus gruesos cables aéreos o subterráneos.

.....

Bastándose a sí misma, la comuna anarquista no necesitaba ya hacer venir de lejanas regiones las montañas de productos de todas clases, que en el régimen capitalista había que pedir a los cuatro puntos cardinales del país, o a las naciones vecinas para abastecer las grandes ciudades.

Con esto desaparecía el comercio y negocio de dichos productos, los que exigían un intercambio de correspondencia escrita rápido y continuo, y un activo servicio de corretaje, que hacía imprescindible el uso de medios de transporte acelerados y frecuentes para las personas y las cosas. Y no existiendo tampoco aquella masa inestable de gente laboriosa que por motivos de comodidad y por cuestiones económicas se veían en la necesidad de residir fuera de los grandes centros de población, teniendo sus ocupaciones en ellos, y cuyo diario desplazamiento, por consiguiente, era forzoso, debían adoptar aquel género de traslación, el conservar por más tiempo los servicios de ferrocarriles y los metropolitanos eléctricos no tenían objeto.

Reducidas las transacciones y comunicaciones de comuna a comuna, a un mínimo insignificante, éstas se hacían con entera satisfacción por medio de electrocicletas, automóviles y aeroplanos, según las circunstancias o la necesidad.

En estas condiciones, el movimiento de trenes debía disminuir en una proporción enorme, y el material rodante inactivo, hubiérase deteriorado o destruido lentamente en los depósitos, sin contar que el trabajo permanente que reclaman las vías para quedar en buen estado, nunca hubiese sido compensado por los pocos beneficios obtenidos.

Y sin embargo, ¿quién hubiera pensado que algún día el hombre podría pasarse sin aquellos potentes y rápidos instrumentos de transporte que durante tanto tiempo habían sido factor de progreso y civilización, y relegarlos al olvido?

Es que los ferrocarriles habían hecho su tiempo, estaban de más en la racional organización libertaria. Conservarlos era imposible, sin seguir las huellas de una peligrosísima rutina. Y los anarquistas no serían tales si fuesen rutinarios. La locomotora debía ser sacrificada, y lo fue.

Es así como el verdadero progreso debe obrar, simplificando siempre más las cosas en vez de ir complicándolas de día en día, si queremos que vaya resultando una hermosa realidad la felicidad sobre la tierra.



[3. DESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD]

La Plaza de la Anarquía, como puede verse en el plano adjunto, formaba el punto central exacto de la ciudad. En la parte sur estaba la Sala del Consejo comunista, y en el lado norte el gran hall destinado a ejercicios físicos y juegos atléticos. Entre el hall y la Sala, en el costado este, se hallaba el teatro anarquista.

Decimos que la Plaza de la Anarquía ocupaba el centro de la ciudad. El barrio industrial de la misma formado por los talleres y fábricas, y el barrio de los almacenes y depósitos hacían alrededor de dicha plaza una doble cintura de construcciones totalmente desprovistas de adornos arquitectónicos.

La primera cintura estaba limitada de un lado por la calle de la Anarquía, que circundaba la plaza de la cual tomaba el nombre y del otro lado por la calle de la Actividad. Estaba compuesta por los talleres de mecánica, electricidad, carpintería, tipografía, relojería, zapatería, telares, mueblería, fábricas de vidrio, fundición, panificación, elaboración de pastas, etc., dispuestos en doble hilera, una con frente y salidas sobre la primera de las calles nombradas, la otra sobre la segunda, además de comunicarse los talleres por sus fondos.

Cada taller estaba perfectamente organizado e instalado con todos los adelantos modernos en maquinaria y herramientas; poseía una biblioteca completa de las obras técnicas especiales al arte u oficio a que estaba destinado, y contaba además, con un botiquín de primeros auxilios.

Unos caminitos arenosos trazados en el césped entre plantas y flores, comunicaban las calles de la Actividad y de la Anarquía acortando distancias y separaban los talleres, en los que entraban torrentes de luz, de sol y de aire.

La segunda cintura separada de la primera por la calle de la Actividad, la constituían los garajes, depósitos y almacenes, ubicados también sobre dos líneas: con frente a los talleres, los depósitos y garages; y lindando con la vía de la Abundancia, los almacenes.

En los depósitos se guardaban los productos de la tierra y derivados: trigo, maíz, yerba, pastos, papas, harinas, etc.; en los garages, las máquinas agrícolas, automóviles de carga y otros vehículos, aeroplanos, etc.

Los almacenes de comestibles, las panaderías, bodegas, las boticas, droguerías y demás locales en que se encontraban las prendas de vestir para ambos sexos, estaban ubicados, como queda dicho, sobre la vía de la Abundancia, frente a la ciudad habitada propiamente dicha, la que se extendía sobre la prolongación del cuadrado industrial y de los depósitos, en una parte completamente aislada del ruido del trabajo y de los inconvenientes ocasionados por el tránsito de los

vehículos, entre las diagonales Armonía, Libertad, Amistad y Humanidad, haciendo ella misma una tercera y última cintura cuya parte exterior lindaba con la campaña.

Esta disposición tenía por objeto poner al alcance de la mano de los comunistas los víveres y todas las cosas que necesitaban, siendo que cada lado del cuadrado contenía igual cantidad de panaderías, almacenes, tiendas, farmacias, bodegas, etc., en número suficiente para el abastecimiento de su población, lo que resultaba sumamente cómodo para todos, puesto que tanto los que habitaban al Norte de la ciudad como los que vivían al Sur, al Este o al Oeste, tenían una distancia igual que recorrer para proveerse de cuanto les hacía falta.

El área cubierta por todos estos locales, depósitos, almacenes, talleres, garajes, etc., no era, por lo demás, muy considerable, aunque a primera vista podría parecerlo. Esta superficie no sería quizás, superior a diez hectáreas, incluso las vías de acceso y los jardines que la hermoseaban. Y es fácil comprenderlo.

La solución del doble problema económico y social, relativo a la posesión del bienestar y de la libertad para todos, consistía, según las nuevas comunas anarquistas, en "bastarse a sí mismas".

Para conseguirlo, era, pues, necesario que cada pueblo o comuna desarrollara sus actividades y energías en todas las ramas de la producción, agrícola e industrial, para obtener de este modo todo lo que precisaba, tanto en lo concerniente al consumo como en lo relativo a las demás necesidades materiales e intelectuales de la existencia.

Lo más importante, naturalmente, y lo que por consiguiente requería mayores esfuerzos y trabajo permanente, era la agricultura. Todos los comunistas eran agricultores, y nada se emprendía mientras las labores de la tierra reclamaban la cooperación de todos.

Así reinaba la abundancia en los depósitos y graneros de los comunistas, de tal suerte que siempre quedaba un sobrante suficiente en reserva para los años malos o para ayudar a las comunas vecinas castigadas por alguna catástrofe atmosférica o calamidad pública.

Sin embargo, los trabajos agrícolas no podían ocupar todo el tiempo de los anarquistas. Y como éstos necesitaban también vestirse, calzarse, etc., fabricar sus herramientas y nuevas máquinas; hacer sus casas, etc.; imprimir libros, estudiar nuevos procedimientos de producción, dedicarse a investigaciones y experimentos científicos, y también cultivar las artes agradables como la música, la escultura, la pintura, etc., para recreo del espíritu, el tiempo se dividía racionalmente entre cada una de estas ocupaciones quedando muchas horas libres para el sueño y el descanso.

Siendo la población de las comunas relativamente poco numerosa y sencillos sus gustos y costumbres, estaban de más las grandes empresas de la época del capitalismo con sus poderosas usinas y fábricas inmensas: unos cuantos talleres de cada clase sobaban para la producción de todo lo que exigía la vida comunista, teniendo en cuenta que en todos los oficios esta producción estaba limitada a las cosas de utilidad general, razón por la cual, donde antes se necesitaban verdaderos ejércitos de obreros para alimentar el mercado mundial, de un sinnúmero de artículos de conveniencia muy discutible, sólo eran precisos ahora pocos individuos para proveer la ciudad anarquista de los objetos indispensables.

Es así, por ejemplo, como el trabajo de imprenta había disminuido en una proporción enorme, por la eliminación de los diarios y revistas políticas, de la literatura hueca, y de una multitud de impresiones sin objeto en la nueva organización social, como los impresos comerciales, reclamos, etc., lo que importaba una reducción colosal en la fabricación del papel, de las tintas, de las prensas, tipos movibles y linotipos, motores y fuerza eléctrica, etc., etc. Las obras de carpintería habían bajado en una proporción evidentemente menor pero no sin importancia, ya que las casas eran de vidrio y no entraba la madera en su fabricación.

Es verdad que las fundiciones para viviendas ocupaban algunas energías suplementarias, pero así y todo la economía de tiempo y de gente era grande, puesto que con ello se reemplazaba total o parcialmente varios gremios importantes: albañiles, ladrilleros, pintores, carreros, etc. Y lo mismo pasaba con los otros oficios.

En estas condiciones, las comunas dejaban de ser tributarias unas de otras y de las regiones lejanas, porque encontraban en su propio territorio los medios y recursos para desarrollarse libremente, y como la juventud anarquista se criaba en los talleres y entre las máquinas o se mezclaba con los mayores ocupados en las faenas del campo, cuando no estudiaba en la escuela o no tomaba lecciones de cosas en los cuatro puntos cardinales de la región, el niño llegaba a hombre familiarizado con el funcionamiento de la maquinaria industrial y agrícola, estaba al corriente de las diversas instalaciones y métodos de producción, habiendo adquirido poco a poco, la práctica necesaria para todas las labores.

Es así, como el hijo de la ciudad libertaria sabía indistintamente manejar un telar, imprimir un libro, hacer una instalación eléctrica, fabricar herramientas, accionar una panificadora, fundir casas, etc., lo mismo que entendía de física y de química y conocía todo lo relacionado con los trabajos agrícolas, agregando a esta universalidad de aptitudes la de "chauffeur" o conductor de automóvil y hasta la de aviador experimentado!...

Esta multiplicidad de profesiones y diversidad de conocimientos, les permitía colaborar útil e inteligentemente en casi todas las obras o trabajos de la comuna,

y como la producción en lo relativo a las cosas de uso no muy apremiante se hacía a medida que éstas se iban necesitando, evitábase caer en el peligro de someter los miembros de la comuna, al absurdo y odioso sistema de producción industrial intensiva adoptado en la época del mayor desenvolvimiento y poderío del capital, en que el trabajador era doblemente víctima de una organización social monstruosa, que lo tenía esclavizado de cuerpo y de espíritu; régimen maldito en que el oro reinaba insolente sobre el universo, siendo sacrificado el individuo en holocausto a los intereses, no de la masa como se pretendía hacerlo creer, puesto que como unidad de dicha masa, algo de la producción general debía pertenecerle —y sucedía precisamente lo contrario— pero sí a los de una ínfima minoría de parásitos privilegiados, dueños de la riqueza social, y que explotaban al obrero a su capricho, sometiéndolo a una organización del trabajo absolutamente irracional y atrofiador de las más bellas cualidades humanas.

¿Se concibe condición más miserable y desastrosa que la de estos pobres parias de ambos sexos, quienes para ganarse un jornal exiguo, siempre insuficiente para conseguir las cosas más indispensables a la vida, tenían que desempeñar durante diez, doce, catorce o más horas diarias, funciones o labores extenuantes y aburridoras, muchas veces viles, humillantes o desmoralizadoras, siempre las mismas, durante toda su existencia, en húmedos y oscuros sótanos transformados en talleres, o en locales inadecuados, estrechos y antihigiénicos? Labores que consistían para la costurera, por ejemplo, en estar sentada accionando rápidamente con los pies en el pedal de la máquina de coser, desde el amanecer hasta muy entrada la noche, encorvada sobre esta divertida y agradable tarea: coser calzones y más calzones, y, para "descansar" abriendo ojales o atando botones en prendas eternamente iguales, con una retribución tan ínfima que apenas si lo ganado superaba el gasto del hilo usado y comprado por la obrera! —para el soplador de botellas, en dirigir desesperadamente el chorro de aire aspirado sobre el vidrio en fusión, hoy, mañana y siempre, hasta quedarse tísico y fuera de servicio a los treinta años de edad—; para el minero en estar sepultado en las entrañas de la tierra, para extraer penosamente el negro combustible, sin ver nunca el sol ni la luz del día, ni poder admirar jamás los sublimes espectáculos de la naturaleza, y expuesto a perecer de muerte horrible en todo momento, en alguna baja y oscura galería, herido a traición por el siniestro grisú o ahogado por una inundación repentina; y esto, de padre en hijo y de generación en generación, sin esperanza alguna de poder escapar un día a suerte tan espantosamente trágica!... —para el panadero en amasar fatigosamente la nutritiva pasta, día tras día y noche tras noche, hasta que la tuberculosis asesina lo convierta en triste ruina humana, en un cadáver ambulante; — para el tipógrafo, en hacer invariablemente los mismos movimientos maquinales del brazo encima de la caja, llena de tipos, delante de la cual está parado; — para el empleado de tranvía o de ferrocarril en agujerear y remitir al viajero pedacitos de papel o cartoncitos numerados; — para el "motorman" en detener el coche cada uno o dos minutos y ponerlo en marcha nuevamente otras tantas veces; — o, como el dependiente de comercio, estarse tras del mostrador durante interminables horas de inactividad

aburridora, a la espera del cliente, para facilitarle unos objetos que éste, sirviéndose a sí mismo y sin molestar a nadie, podía tomar directamente en los estantes respectivos, etc., etc.; — esto sin hablar de aquella "genial" división del trabajo que hace intervenir una legión de trabajadores en la confección de ciertos objetos fabriles, como la de la aguja, entre otros, que ¡pasa por las manos de ciento veinte obreros diferentes antes de ser definitivamente concluida y puesta en venta! Métodos de labor tan irracionales no podían subsistir en la sociedad anarquista, donde el trabajo libre y variado reemplazó al oficio único, ese anestésico de la inteligencia y de sus facultades creadoras.

Al revés de lo que pasaba con la sociedad capitalista, en la que el oro era todo y el individuo nada, en la comuna anarquista el individuo era todo y el oro, desposeído de su valor ficticio y anulado como factor de riqueza social e individual, innecesario como agente de transacciones comerciales o remunerador de servicios, había vuelto a ocupar en la escala de los metales útiles al hombre, el sitio que le corresponde debajo del acero y del hierro.

Ningún móvil bajo o egoísta guiaba a los miembros de la sociedad anarquista. El esfuerzo individual tenía un solo fin: el bien de todos y las actividades de todos combinábanse armónicamente para hacer individualidades felices y buenas. No se trabajaba con el afán absurdo de amontonar, esclavizando tontamente el presente por miedo al porvenir. Se procuraba intensificar por todos los medios, la alegría de vivir, alejando de la existencia toda causa de dolor o amargura: conservando cada una de sus unidades fuertes, inteligentes y libres y en pleno goce de bienestar y salud; tal era la preocupación dominante en la comuna anarquista.

Cuatro anchas diagonales daban acceso desde afuera al cuadrado de los talleres, depósitos y almacenes, que venía-a ser como el corazón de la ciudad anarquista: al Norte, la diagonal Armonía; al Sur, la de la Libertad; al Este, la de la Humanidad y al Oeste, la de la Amistad.

Estas diagonales eran, con las calles de la Anarquía, de la Actividad y el camino de la Abundancia, las únicas vías "carreteras" que cruzaban la ciudad poniéndola en comunicación con los pueblos vecinos.

Como las nuevas concepciones de la existencia y las necesidades de las jóvenes ciudades, eran totalmente distintas de las que habían prevalecido para la creación y desarrollo de las inmensas ciudades de la época de la burguesía, con su extensa y complicada red de calles y vías de comunicación en las que circulaban incesantemente millares de carros y vehículos de todas clases levantando nubes de polvo pestilente que lo invadía todo, penetrando hasta en las mismas habitaciones situadas —¡colmo de aberración!— a ambos lados de tan asquerosos caminos, contaminando el aire respirado por la población, librada así al ataque

de los más inmundos agentes destructores de la salud, se había procedido de modo completamente distinto en todo y por todo.

El tránsito de las máquinas agrícolas y otras saliendo al campo o volviendo a su garaje o cobertizo, y el de los electromóviles de todas clases que iban y venían trayendo o llevando cargas para el abastecimiento de los depósitos y almacenes, o los materiales necesitados por los talleres, se hacía por las calles y diagonales citadas, sin tener que pasar por la ciudad habitada.

Esta formaba un parque inmenso alrededor de la ciudad industrial. Sus calles, exclusivamente destinadas a los peatones, eran caminos arenosos que serpenteaban a través de los jardines contiguos a cada casa.

La disposición de las casas en la ciudad de los hijos del Sol, distaba mucho de semejarse a la de la ciudad burguesa: más poética y racional era la distribución de las moradas anarquistas.

Grupos de chalets surgían de distancia en distancia por entre las siluetas de las palmeras gigantes que abrían sus soberbios parasoles sobre las finas flechas de los puntiagudos techos, que traspasaban la enmarañada frondosidad de los jazmines trepadores, en lucha rival con los espinosos rosales.

Artísticos puentes aéreos, de cuyas balaustradas los malvones hiedra colgaban en guirnalda floridas, unían estas deliciosas moradas. Por todas partes se admiraba un verdadero desbordamiento de rosas de todas clases y colores, con profusión tal, que mezcladas con las blancas estrellitas de los fragantes jazmines, formaban verdaderas cascadas de flores que caían desde los balcones hasta el suelo.

De este modo, los comunistas vivían en una ciudad limpia, alegre y sana, donde el aire era oxígeno puro, no un compuesto horrible de miasmas y podredumbres.

La ciudad anarquista no había sido edificada antojadizamente en un sitio cualquiera por sus fundadores, como generalmente sucedía con las ciudades burguesas.

Efectivamente, su primer cuidado fue de elegir un lugar alto y pintoresco, y resguardado de los fuertes vientos.

Encontrado el lugar, la cuestión del agua, después, era la más importante. Obtenida ésta de buena calidad se procedía a la perforación de un número suficiente de pozos semisurgentes cuya agua era elevada a los depósitos por medio de molinos a viento. Cada pozo y cada depósito servía para cuatro grupos de seis casas, es decir, para veinticuatro inoradas; así se eliminaban las grandes cañerías con su complicada distribución e instalación, simplificándose el trabajo

por lo que se relacionaba con la fundición de los tubos conductores, antes colosales, reducidos allí a caños delgados de fácil fabricación.

Las aguas servidas eran esterilizadas químicamente, y utilizadas después para el riego de los cultivos.

La población de las ciudades libertarias fluctuaba entre diez y doce mil habitantes. Se tenía mucho cuidado de que esta última cifra no fuese excedida, por considerar pernicioso o perjudicial para la salud pública, la libertad individual y el bienestar general una mayor agrupación de personas.

Como los nacimientos superaban mucho a las defunciones, cuando la población había aumentado de uno a dos mil individuos se procedía a la elección de otro lugar para una nueva ciudad, a una distancia no menor de veinte kilómetros. Se perforaban pozos, instalaban cañerías, y después de dotar al nuevo pueblo de los talleres, depósitos y almacenes indispensables, y de la cantidad de casas necesarias para albergar a los primeros habitantes, se efectuaba el traslado del sobrante de población de la ciudad-madre, al que juntábanse elementos de las ciudades vecinas que se hallaban en iguales condiciones, siendo ayudado el nuevo núcleo en sus comienzos por las diversas comunas de que procedían sus miembros.

Hemos dicho que las moradas de la ciudad anarquista eran elegantes chalets de vidrio, de una sola pieza, fundidos en moldes gigantescos por medio de la electricidad. Los había de varias formas; de diferentes dimensiones y colores, predominando el naranja, azul oscuro, el granate y el verde.

Estos chalets tenían pared doble relleno el espacio vacío con sustancias refractarias al calor.

El mayor número de estos maravillosos palacetes tenían tres piezas, dos en la planta baja, y una en la parte alta. Los demás sólo tenían dos. Estos últimos estaban habitados por los que querían aislarse y vivir solitarios; los primeros, al contrario, servían de morada para aquellos que necesitaban compañía: eran para dos personas, teniendo así cada una su dormitorio y sirviendo la pieza restante a la vez de comedor y de salón.

Sin embargo, había también casas de cuatro piezas, aunque en número reducido. Estaban destinadas a los pocos comunistas que habían conservado las costumbres matrimoniales y familiares de antaño, y cuyos hijos, concluido su tiempo de educación comunista y libertaria, volvían a reunírseles por voluntad propia y deseaban quedar bajo el mismo techo que sus padres. Pero conviene decir aquí, que en la comuna anarquista, la mujer no asociaba su existencia a la de ningún compañero. Repudiando toda sujeción masculina, ella tenía "home" propio, en el que vivía sola, independiente, sin que esto, naturalmente, implicase renunciar a los tiernos afectos del corazón. Sustraída así a la influencia y

dominación egoísta del macho, libertada además de las miserables preocupaciones económicas, y por consiguiente dueña de sí misma, ella era verdaderamente libre y la igual del hombre.

La arquitectura de estos chalets era una combinación feliz de estilos etrusco y japonés; tenían todos una ancha baranda o galería circular, sostenida por columnas de vidrio de colores combinados de bonito efecto decorativo. La techumbre de estos pequeños castillos encantados, estaba dispuesta interiormente, en forma de bóveda luminosa. De sus diminutas cúpulas transparentes, caía de noche, de focos eléctricos invisibles, dulce pero suficiente claridad.

Los muebles principales que adornaban estas viviendas, como cama, mesa, armarios, sillones, etc., estaban fundidos junto con la habitación y formaban un sólo bloque con ella. Elegancia, solidez, impermeabilidad, higiene, tales eran las principales ventajas del empleo del vidrio, con preferencia a la madera, antes tan empleada para la fabricación de mueblaje recargado de molduras y de adornos imposibles de limpiar. Con el nuevo sistema, no se necesitaba sino breve momento para el lavado de los pisos, paredes y muebles, el que se hacía con suma facilidad mediante una sencilla esponja, quedando todo después tan reluciente y nuevo como el primer día.

A todas estas ventajas había que agregar también la de una economía notable de tiempo y de fuerza muscular. Una casa que antes necesitaba un par de meses para su construcción, se hacía ahora con los nuevos procedimientos eléctricos de fundición, en menos de una semana ¡con su mobiliario completo!

Además, la abundancia de la materia prima, su fácil extracción y manipulación, que la habían hecho elegir para la fabricación de las moradas anarquistas, había contribuido a la eliminación de varios oficios bastante sucios, antihigiénicos y muy poco atractivos: como hemos dicho, tanto los pestilentes hornos de ladrillos como los obreros ladrilleros condenados a una labor ingrata y mal remunerados, habían desaparecido, y con ellos, los carreros encargados del transporte de aquel pesado material, los pintores, empapeladores y decoradores, etc., lo cual redundaba en beneficio de las labores agrícolas y otras ocupaciones provechosas por la mayor disponibilidad de brazos, lo que se traducía lógicamente por un aumento considerable de la producción útil de la cual tan directamente dependía la felicidad de las nuevas comunas.

Las instituciones comunistas más importantes se encontraban fuera del cuadrado central de la ciudad.

Una de éstas, y ciertamente la más simpática, era la "Pouponnière" o "Cuna", para los pequeños comunistas.

Cada sección habitada de la ciudad, tenía la suya. En ella se asistían las parturientas y se cuidaba y criaba a los recién nacidos. La "Pouponnière" era, además, una escuela permanente en la que se enseñaba prácticamente a las jóvenes anarquistas el arte delicado de atender a las criaturas de tierna edad.

Cada "Cuna" componíase de numerosos chalets de varias habitaciones. Algunos de estos palacetes estaban destinados a las parturientas. Los demás a las cuidadoras y los infantes. Estos permanecían allí durante la época de la lactancia y la de la primera infancia, es decir, hasta los seis años cumplidos, tanto los varones como las niñas, de modo que, en ningún caso, los hijos quedaban bajo la dirección o el dominio de sus padres.

Cuatro Casas de Salud u hospitales tenía la ciudad anarquista; una para cada barrio o sección comunista. Estas, que en un principio habían tenido dimensiones mucho más amplias que las actuales, cuando los individuos de temperamento enfermizo —resultado natural del duro régimen de explotación al que fueron sometidos y de las privaciones y miserias padecidas, y además muy ignorantes en ciencia médica—, necesitaban con frecuencia del auxilio ajeno, para aliviar sus dolencias o restablecer su salud quebrantada, habíanse reducido poco a poco, hasta no contar más de cuatro pequeños pabellones cada una, sólo ocupados parcialmente, cuando alguna desgracia accidental ocasionaba víctimas, a las que era necesario dar cuidados especiales o efectuar una operación quirúrgica. Los comunistas, enriquecida su sangre por un sistema de vida más racional y natural, rejuvenecido el organismo por su nueva condición de hombres libres y felices, e iniciándose sin violencia en el arte de cuidar y conservar la propia salud, se habían librado paulatinamente de la casi totalidad de sus antiguas dolencias, y cuando por casualidad, alguna afección o enfermedad pasajera, debida más a imprudencia del paciente que a otra causa, condenaba a inacción momentánea a alguno de ellos, quedábase éste en su habitación donde amigos de ambos sexos lo visitaban y cuidaban, haciendo obra de solidaridad, retribuida de la misma manera cuando ellos se hallaban en igual situación. Pero, las más de las veces sucedía que el enfermo ingeniábase para no molestar a nadie, aislándose y cuidándose solo, cuando sus dolencias no le quitaban del todo el libre uso de piernas y de brazos.

En los casos rarísimos, en que la vida del enfermo peligraba, se le transportaba a la Casa de la salud, donde expertos compañeros lo atendían. Como en las comunas anarquistas el arte de curar no servía para prolongar indefinidamente el estado anormal del paciente, con la criminal e indigna intención de lucrar con sus dolores —como antes sucedía con demasiada frecuencia, cuando el enfermo era hombre de fortuna, o para ensayar con el desgraciado y pasivo organismo del proletario indigente, indecentemente convertido en campo de experimentos para lograr nuevas fórmulas de curación infalible, de esas que curan durante el solo período en que están de moda y que explotan sin la menor vergüenza ni pudor los gloriosos charlatanes del oficio—, pero sí, era empleado para devolver rápidamente la salud al que estaba privado de ella, y tan

pronto como el convalesciente tenía fuerzas para hacerlo, abandonaba su lecho de dolor de la Casa de salud, para volver a su domicilio y confiar a la acción reconstituyente de los agentes naturales: aire, sol, etc., la terminación de su cura, que sólo dependía de un suplemento de oxígeno vital.

La Casa de la salud no tenía personal médico fijo ni enfermeros. Los médicos y cirujanos de la comuna acudían en gran número, cuando se necesitaban sus servicios, turnándose de manera que quedaban libres buena parte del día, la que aprovechaban para tomar parte como los demás compañeros, en las faenas comunes y para dedicarse a estudios u otras ocupaciones intelectuales o manuales de su agrado.

Hacían de enfermeras, turnándose también cuantas veces era necesario, las personas que por afinidades simpatizaban o estaban ligadas particularmente con el doliente por los lazos de la amistad, o por los más íntimos y dulces del amor.

Cada barrio poseía su establecimiento de baños y natación al que acudían diariamente los comunistas de ambos sexos. Componíase éste de una gran piscina, al aire libre, de aguas cristalinas siempre renovadas. Esta piscina tenía más de cincuenta metros de largo por treinta de ancho. Estaba dividida en dos partes: una honda para los nadadores, dotada de cuantos accesorios necesita el bañista para lucir su agilidad en los ejercicios de la natación: puentes, trapecios, argollas, etc., suspendidos sobre el agua; y la otra de poca profundidad para los niños y aquellos que aun no sabían nadar. Una doble hilera de corpulentos y altos eucaliptus plantados alrededor de la piscina, hacían de aquel sitio, uno de los más frescos y agradables del lugar.

En el lado opuesto al observatorio astronómico, al norte de la ciudad, estaba situado el gran Coliseo anarquista.

Este Coliseo tenía la forma de la antiguas arenas romanas a cielo abierto; y se daban en su recinto toda clase de torneos, fiestas y juegos olímpicos; pero más especialmente, grandes espectáculos artísticos, glorificando la Vida, la Naturaleza, el Sol, la Anarquía, la Libertad, el Amor, la Solidaridad, etc., y cuyo imponente desenvolvimiento escénico requería un marco apropiado a su grandiosa interpretación.

Durante los meses de las grandes labores agrícolas del año, no se celebraban fiestas en dicho Coliseo, pero se formaban asociaciones o grupos de jóvenes autores y actores de ambos sexos, los que se reunían en las horas de tregua para dar forma y vida a la nueva creación teatral o para concertarse sobre la próxima fiesta a realizar o sobre el espectáculo atrayente proyectado.

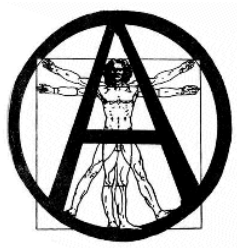
Como estos espectáculos necesitaban grandes y muy diversos preparativos, tanto para armonizar el conjunto de la interpretación como para la confección de

la indumentaria necesaria, y los ensayos de rigor, había que organizarlo todo, con prudente anticipación para estar listo cuando llegaba la tan impacientemente deseada temporada de los grandes festivales anuales.

El autor traía primeramente su obra al juicio de los compañeros y compañeras, actores y comediantes, a quienes la leía y explicaba. Si tenía acogida favorable de parte de un número suficiente de ellos, para ser interpretada debidamente, se aceptaba; los papeles se repartían según la aptitud y el talento de cada cual, y los competentes en la materia, encargábanse de la hechura de los trajes de los personajes, así como de la preparación de los adornos y demás accesorios señalados en la pieza.

Estos actores improvisados reuníanse cuando las labores lo permitían para proceder a los ensayos necesarios, bajo la dirección del autor de la obra a representar.

A veces se formaban así varios grupos o asociaciones de actores, con otras tantas obras o producciones teatrales diferentes, las que permitían variar agradablemente estas festividades artísticas, que constituían hermosas y sanas diversiones populares en las que una multitud de personas de todas las edades y sexos, tomaban parte activa y entusiasta como figurantes de segundo orden.



[4. EL CONSEJO, ÓRGANO DE "GOBIERNO"]

La Sala del Consejo, ubicada al lado del teatro comunista, no era ninguna institución burocrática elaboradora de decretos imperativos y compuesta de un personal especial más o menos parásito a estilo de las administraciones públicas burguesas. Su fin era muy diferente y mucho más útil que el de aquéllas. Ella era el alma y cerebro de la comuna. En ella reuníanse, todas las noches, las fuerzas vivas de la ciudad anarquista para deliberar en común y tomar todas aquellas resoluciones destinadas a dar cohesión a las actividades generales.

La Sala del Consejo componíase de un gran local que medía cincuenta metros de largo por treinta de ancho. En el fondo había una tribuna, desde la cual se hablaba a los presentes. La parte que le hacía frente, al lado opuesto, estaba ocupada por hileras de mesas de lectura provistas de lo necesario para escribir. Una gran estantería, en la que estaban colocados los libros que formaban la valiosa colección de la Biblioteca principal, amueblaba ambos costados laterales hasta la mitad de su altura.

Para facilitar la tarea del lector, dicha estantería estaba dividida en numerosas secciones, cada una de las cuales tenía un rótulo indicador de su contenido: Astronomía, Ciencias, Física, Historia, Geografía, Literatura, Química, Viajes, etc. y el catálogo de las obras clasificadas en dichas secciones.

Las partes libres de las paredes estaban ocupadas por obras de arte: pintura y escultura, las que adornaban la Sala con mucha esplendidez.

En el centro de esta Sala se veía una especie de tabique de madera de dos metros de alto por diez de largo, pintado de negro sobre sus dos fases y que servía de pizarra para los apuntes de interés general.

En él se leía, debajo de grandes títulos permanentes de color llamativo, anotaciones escritas con tiza, como las que siguen:

CONSUMO:

Almacén nº 2, **SUD:** — Escasez de pastas alimenticias.

Almacén nº 7, **ESTE:** — Falta aceite.

VESTUARIO:

Depósito nº 4, **ESTE:** — Faltan sandalias.

Depósito nº 1, **OESTE:** — Túnicas escasean.

TALLERES:

Panificadora nº 8, **NORTE:** — En mal estado.

FUNDICIÓN DE CASAS:

Sección Oeste: Se pide la colaboración de 12 compañeros.

BOTICA:

Sección Sud: Amoníaco, agotado.

GARAGES:

Nº 3, SUD: - Aeroplano nº 7, revisar el mecanismo del aparato ascensional.

AGRICULTURA:

Región Refugio nº 5: — Viñedos: Son necesarios 8 compañeros.

Región Refugio nº 13: — Siega: Hacen falta 15 compañeros.

Estas anotaciones se hacían en cualquier momento del día por los comunistas cuando pasaban a proximidad de la Sala del Consejo, o de noche cuando iban a reunirse con los demás compañeros. Cuando éstos, al ir en busca de alguna cosa en los depósitos o almacenes, notaban que ciertas prendas de vestir escaseaban; o que diferentes productos de uso industrial o artículos alimenticios de consumo diario agotábanse; cuando los que se encargaban de su fabricación o renovación necesitaban la colaboración de un número determinado de ayudantes; o cuando era preciso reemplazar una máquina usada por otra nueva; construir o fundir una casa; fabricar un vehículo, o bien elaborar alguna droga necesaria; cuando, por otro lado, los trabajos agrícolas requerían más brazos para la roturación de la tierra, para la siembra o la siega o para la poda de los árboles, etc., estos compañeros lo anotaban sobre su libreta de apuntes y cuando entraban a la Sala del Consejo la primera cosa que hacían era dirigirse hacia el tabique avisador en el que reproducían con tiza lo escrito en su libreta, a continuación de los apuntes ya hechos por los demás, en uno u otro lado de la pizarra, según la naturaleza de la cosa o la clasificación que le correspondía.

Como se ve las diversas regiones o sitios donde había que acudir para efectuar la labor señalada, estaban marcados, para la mejor orientación de los compañeros, con los números de orden puestos en todos los talleres, almacenes, depósitos, etc., y tenían indicado el punto cardinal correspondiente a su ubicación Sud, Norte, Este u Oeste, según el barrio al que pertenecían. Para los trabajos del campo, se señalaba la región con el número del refugio o cobertizo más cercano, habiéndolos en todos los lugares donde, en el año, era menester hacer alguna labor agrícola.

Pero, como todo en la comuna anarquista, se hacía con la mayor naturalidad, por propia decisión o iniciativa personal, porque los individuos que la componían se tomaban gran interés por la buena conservación de lo que constituía el patrimonio común, cuando a un compañero le parecía necesario efectuar alguna reparación o compostura en el material en uso o si notando alguna deficiencia o anomalía en la fabricación, rendimiento o conservación de la cosa pública, creía

prudente remediarlo sin pérdida de tiempo, en vez de dejar la tarea para otros señalándola en la pizarra avisadora, él mismo efectuábala en el momento si podía hacerlo sin ayuda, o con el auxilio de algún amigo o compañero puesto al corriente de la novedad.

Sólo cuando la labor en la cual estaba ocupado con anterioridad no admitía dilación, o cuando el trabajo a ejecutar requería la intervención de técnicos o especialistas, caso muy raro, dado que todos los comunistas, mujeres y hombres, distinguíanse como hemos dicho por su universalidad de aptitudes, se recurría a la pizarra para hacerlo saber a la colectividad.

Los compañeros en busca de ocupaciones se enteraban entonces de las señaladas en dicha pizarra, y cuando resolvían hacer una u otra borraban los renglones respectivos, con el propósito de darles cumplimiento al día siguiente.

Siendo las nueve de la noche, hora a la cual ya no se esperaba más a nadie, se procedía a revisar el tabique avisador.

Generalmente, éste no tenía ya ninguna traza de los apuntes que llevaba un momento antes, habiéndose adjudicado los presentes el trabajo a efectuar, sin ruido, discusiones o imposiciones de ninguna clase.

Cuando por casualidad quedaba alguna labor anotada y ésta era de urgencia, un compañero subía a la tribuna, para comunicarlo a la asamblea, pidiendo a los que tuviesen una labor menos imperativamente indispensable dar preferencia a la otra.

Muchos ofrecíanse en el acto quedando todo arreglado amistosamente en pocos instantes.

Resuelta la cuestión del trabajo para el día siguiente, compañeros o compañeras turnábanse en la tribuna para hablar de asuntos de interés para la comuna, o daban conferencias sobre ciencias, filosofía, arte u otro tema interesante.

Cuando no había quien hiciese uso de la palabra, los presentes se sentaban a las mesas de lectura o formaban animados corrillos en los que el inventor explicaba, con abundancia de detalles, la importancia de su descubrimiento; el físico sobre el alcance de sus experimentos de laboratorio o el resultado de sus investigaciones científicas; el poeta declamaba su última inspiración; el autor teatral hablaba del próximo estreno; el filósofo, sobre el porvenir de las asociaciones humanas; el literato leía un capítulo del nuevo libro en preparación, etc., buscando todos ellos interesar al auditorio con sus esfuerzos intelectuales, para decidir a algunos de los oyentes a colaborar con ellos en la realización material de su idea o de su obra.

[5. EDUCACIÓN DE NIÑOS Y JÓVENES]

Las cuatro Casas de Educación de la Ciudad libertaria, eran así como una prolongación de las "Cunas" o "Pouponnières", cuyos pequeños pensionistas al cumplir seis años de edad, ingresaban, sin excepción, a aquellos establecimientos de enseñanza, donde recibían una instrucción completa hasta los diez y siete años, edad en que cesaba el tutelaje de la comuna y el joven era considerado miembro activo de la misma e invitado a prestar, como tal, su ayuda al esfuerzo colectivo.

La escuela comunista estaba situada en el centro de la parte habitada de cada barrio, cerca de su "Pouponnière", y separada de esta última por la piscina de natación.

Cada Casa de Educación tenía cinco categorías de alumnos: la Categoría A, para los niños de 7 a 9 años; la B para los de 10 a 11; la C para los de 12 a 13; la D para los de 14 a 15 y la E para los de 16 a 17. Estas escuelas eran mixtas, es decir, para niñas y varones indistintamente, siendo la instrucción dada igual para uno y otro sexo.

La Categoría A era, por consiguiente, la de los más pequeños, y la única en la que los niños debían pasar tres años consecutivos.

Estos tres años, por lo demás, no estaban empleados en llenarles su tierno cerebro de un mundo de materias que no hubiesen entendido. Se buscaba, ante todo, hacerles agradable el paso de la Cuna a la escuela, para que no sufriesen mucho con el cambio de régimen y de costumbres.

Para conseguirlo, las odiosas horas de clases pasadas entre cuatro paredes frías y desnudas, en las que el chiquillo debe quedar inmóvil y silencioso, con el libro que mira sin ver o lee sin comprender, eran reemplazadas por alegres paseos campestres cotidianos, durante los cuales se les daba sencillas pero entretenidas nociones de cosas relacionadas con el espectáculo de la naturaleza, mientras sus pulmones hacían buena provisión de oxígeno vital.

En dicho período relativamente largo de tres años, sólo se les enseñaba a leer y escribir y los primeros elementos de la aritmética. Pero, en cambio, hacían mañana y tarde durante más de una hora cada vez, ejercicios físicos sobre la plaza de la Anarquía; concurrían dos veces al día a la pileta de natación; y se les daba indicaciones generales de higiene, a las que debían atenerse estrictamente, como ser: limpieza íntima a más de los baños acostumbrados, y aseo y cuidado de los diversos órganos de su individuo: boca, dientes, nariz, orejas, manos, pies, uñas, etc.

Se les enseñaba cómo se debe caminar, tieso el cuerpo, la cabeza erguida sin exageración; cuál debe ser, corriendo, la postura del cuerpo y la posición de los brazos; en el sueño, cuál la posición de los miembros; el declive suave que debe tener la cama del durmiente y su orientación de Sud a Norte en el sentido de las corrientes magnéticas terrestres.

Se les decía, también, cómo deben masticarse los alimentos para su buena asimilación y el funcionamiento regular del estómago; la manera de respirar, por la nariz y no por la boca, como los niños están por demás propensos a hacerlo; los peligros que acarrea la sucia costumbre de salivar sin motivo, tanto para el organismo del que escupe como para la higiene y la salud pública.

Se tenía especial empeño, sobre todo, en corregir o curar esas contracciones nerviosas faciales o del cuerpo que tan fácilmente adquieren ciertas naturalezas, casi siempre por autosugestión al notarlas en los individuos que padecen de ellas, dando el espectáculo grotesco de aquellas muecas o contorsiones repentinas de la cara, del cuello o de los hombros, tan feas y ridículas, lo que se consigue perfectamente con paciencia y cariñosa persuasión.

Estos y muchos otros preceptos de estética o ética individual cuya observancia habitual dignifica al hombre, haciendo su trato grato a cuantos lo rodean, entraban así, sin esfuerzo, en las prácticas de los comunistas e integraban definitivamente su individuo.

Los alumnos de la Categoría B, a la que pertenecían los escolares encontrados por el Antiguo cerca de los talleres, lo mismo que los de las dos siguientes C y D, a más de tener que seguir todas las reglas de higiene personal de la categoría primera, y vigorizar su cuerpo con varias horas diarias de ejercicios físicos, debían cumplir con un programa de estudio abarcando naturalmente mayor extensión.

Hemos visto la categoría B en la obra, lo que nos da una idea del método seguido para la enseñanza en las escuelas anarquistas. A medida que los alumnos ascendían a las categorías superiores, esta enseñanza se hacía más honda y compleja, siendo la explicación teórica de la lección, invariablemente acompañada por la demostración práctica, esta última, hecha primeramente por el maestro o la maestra y luego repetida por los discípulos.

Hemos dicho que los niños de la Categoría A, pasaban la mayor parte del día fuera del recinto de la escuela, regresando a horas indeterminadas, aunque siempre antes del anochecer. Los alumnos de las tres categorías siguientes, ya más grandes y razonables, organizaban, por su parte, verdaderas expediciones que duraban varios días seguidos, a veces una o dos semanas, en el curso de las cuales los pequeños expedicionarios visitaban todo el territorio de la comuna a la que pertenecían y se internaban hasta las comunas vecinas, con el fin de conocerlas,

estudiar su topografía y trabar amistad con sus escolares, los cuales a su turno, excursionaban en el territorio de los visitantes, siendo unos y otros acogidos y atendidos en el sitio donde se hallaban con el mismo cariño que se dispensaba a los nativos.

Para efectuar sus peregrinaciones con mayor comodidad, cada escuela tenía a su disposición uno o dos automóviles de carga para el transporte de las provisiones, utensilios de cocina, platos, carpas impermeables, instrumentos y útiles de enseñanza, etc., necesarios para los alumnos y sus maestros.

Estos automóviles, cuyos "chauffeurs" eran alumnos que se turnaban cada hora para permitir su manejo a un mayor número o a todos, acompañaban al pequeño ejército escolar en todas sus exploraciones. Llevaban, además, una chalupa desarmable para facilitar el paso de los ríos y arroyos y practicar reconocimientos en los mismos.

Todas las noches, al reunirse para entregarse al descanso, los expedicionarios formulaban un nuevo itinerario para el día siguiente, diferente para cada categoría, y el programa de trabajo relativo a las mismas.

Después de discutidas y resueltas ambas cuestiones por los alumnos de las clases respectivas, los acuerdos tomados eran sometidos a los maestros; quienes hacían la crítica oportuna, aconsejaban las modificaciones del caso, y finalmente daban su conformidad a las resoluciones adoptadas.

Este método, contribuía grandemente a desarrollar el espíritu de iniciativa de los niños al mismo tiempo que los incitaba a hacer con gusto y entusiasmo los estudios libremente elegidos por ellos; pero, ateniéndose siempre en sus líneas principales, al plan integral trazado para cada categoría.

La tarea del maestro o de la maestra se limitaba a vigilar, aconsejar; a dar las explicaciones pedidas por los educandos y a extenderse en consideraciones generales sobre los temas propuestos; revisar los deberes del día y hacer las observaciones pertinentes, y encarrilar sobre la buena vía las turbulentas actividades de los niños a ellos confiados.

El fin de estos paseos o excursiones a grandes distancias era dar a los niños, sobre el lugar, lecciones de topografía práctica, de geología, botánica, entomología, zoología, así como de agricultura, e iniciarlos en aquellas ramas del saber que tienen correlación con la tierra y el espacio.

Era, también, su objeto abrir el alma juvenil de los pequeños comunistas a las bellezas de la naturaleza; ponerlos en contacto con los seres inferiores de la creación, animales y vegetales; enseñándoles que la verdadera felicidad del hombre está íntimamente ligada a ella, por cuanto todo lo que constituye dicha felicidad,

desde la prosaica satisfacción del estómago hasta el goce sublime de las más nobles y elevadas manifestaciones del espíritu: arte, poesía, canto, música, junto con estas otras radiaciones cerebrales que son las ideas fecundas, ora palanca potente del genio que transforma la faz del mundo, ora verbo glorioso, vehículo admirable del pensamiento que señala incesantes rumbos a la civilización humana, tienen su fuente en la Naturaleza, siendo posibles todos estos factores de felicidad solamente con ella, porque ella es la que siempre nos inspira, y que amar la Madre Natura es amar la Vida en su más pura y sana expresión.

Un día entero estaba destinado al desarrollo de cada lección. Ante todo, los escolares debían designar el sitio donde, por veinticuatro horas se establecía campamento, en un paraje alto, seco y abrigado contra los vientos.

Grupos de voluntarios instalaban las carpas, descargaban el carro, distribuían el equipaje de cada uno; improvisaban cocinas de campaña, etc., mientras otros desaparecían por los alrededores en busca de algún suplemento en frutas o legumbres para el menú del día, hallándolos en las huertas vecinas, de fácil acceso, puesto que en la comuna anarquista no había tapias o muros de ninguna clase que las cercasen, pudiendo el que por ventura necesitaba proveerse de alguna cosa, tomar libremente lo que le hacía falta, que todo, allí, era de todos.

Durante estos preparativos, otros escolares revisaban el mecanismo del automóvil, sus acumuladores; ponían grasa y aceite donde era necesario, lo limpiaban, etc.

Cuando todo estaba listo, lo que no requería más de una hora, los alumnos de cada categoría se alejaban con sus maestros respectivos, en distintas direcciones, dejando en el campamento sólo a los escolares indispensables para la preparación del almuerzo, en compañía del maestro a quien tocaba hacer de cocinero "chef".

A mediodía todos volvían para comer, y luego, los que habían estado de cocineros por la mañana, dejaban el puesto a otros para la preparación de la cena, incorporándose aquellos a los excursionistas de la tarde.

En estas excursiones los alumnos debían levantar el plano del lugar donde estaba el campamento, trazar después el itinerario seguido, hacer el mapa de las regiones visitadas, señalando sobre el papel con lápices de color, los detalles de la configuración del paisaje: ondulaciones del terreno, ríos, arroyos, canales de irrigación, montes, llanos, clases de cultivos, poblaciones, etc., apuntando también cuidadosamente los datos obtenidos en la exploración de arroyos y lagunas, los sondeos hechos, la profundidad del agua, la composición del lecho de los ríos, su anchura, etc.; estos últimos eran verificados con el auxilio de la canoa plegadiza.

Otras veces, los pequeños comunistas entraban en los "refugios" o cobertizos de las cercanías, tomaban picos, azadones, horquillas, hachas, podaderas, rastrillos,

etc., y guiados por sus maestros, se ejercitaban en todas aquellas labores agrícolas correspondientes a la estación en curso: poda de árboles y de plantas; aporcadero de huertas y de sembrados; destrucción de los insectos nocivos a los cultivos y a los árboles; cuidados de los viñedos; emparvado y enfardado de alfalfares; preparación de la tierra; abono de la misma; conservación de los canales de irrigación; arreglo de los baches y hoyos de los caminos; relleno y desecación de las aguas estancadas; sepultura de los cadáveres de aves o pequeños animales hallados en la campaña, etc.

Cuando se trataba de botánica, los alumnos estudiaban la vegetación bajo todas sus formas, dibujando los principales ejemplares de la flora silvestre, con sus colores particulares, muy especialmente las plantas y flores cuyas propiedades medicinales o industriales merecían ser conocidas; el maestro explicaba cuáles eran estas propiedades, y el alumno las anotaba en su libro de apuntes debajo de las figuras correspondientes.

Los árboles también, tanto los frutales como los de adorno y de sombra, así como los que forman los montes, eran objeto de un estudio detenido.

Antes de entrar en campaña, el maestro dictaba los nombres de las diversas especies de vegetales. El niño escribía dichos nombres sobre largas fichas o etiquetas blancas, las que debía colocar sobre el tallo principal o tronco del árbol, después de haberse dado cuenta de la forma de sus hojas, las particularidades de sus ramas, su altura y tamaño, y demás señas características que lo diferenciaban de sus vecinos. Luego, el alumno agregaba sobre las fichas ya colocadas, los datos que suministraba el maestro relativos a la longevidad, altura máxima, cualidades y usos de cada especie, detalles que debían ser reproducidos en el libro de apuntes de los niños, para que éstos los tuviesen presentes en los ejercicios escritos que más tarde tendrían que hacer.

En las excursiones geológicas, los escolares aprendían a conocer los materiales que constituyen la costra terrestre; los diversos terrenos superpuestos y su nombre, según su composición y posición respecto a los otros, yendo a estudiarlos en las canteras o en las quebradas naturales.

El hallazgo de conchas petrificadas u otros organismos marinos fosilizados en lugares altos y lejos del océano, servía para explicar a los niños cuan formidables habían sido las convulsiones de la naturaleza, para modificar tan radicalmente la fisonomía de los terrenos que los contiene, antes mar, y hoy continente.

La huella sorprendente dejada por una vegetación lujuriante, sobre el pedazo de hulla extraído de las entrañas de la tierra, vestigio antiquísimo de los imponentes bosques que mucho antes de la aparición del hombre, cubrían la tierra hasta los polos, eran preciosos documentos naturales que permitían comparar las especies desaparecidas con las actuales y reconstituir fielmente el aspecto

asombroso del mundo, en aquella época del dominio sin límites de las selvas impenetrables, dueñas absolutas de los continentes que desaparecían bajo el verde manto de su formidable vegetación, al mismo tiempo que dicho pedazo de carbón daba la clave del origen de aquellas aglomeraciones colosales del precioso mineral en la profundidad del suelo; y los niños comprendían sin dificultad, por la lógica del razonamiento, que las inmensas minas de hulla explotadas durante tanto tiempo por los hombres, no son sino cementerios de árboles donde están acumulados los restos de aquellas selvas espléndidas, destruidas por efecto de circunstancias especiales y fosilizadas por la lenta acción de los siglos.

Y para dar mayor vigor todavía a su demostración geológica, el maestro argumentaba sobre la enorme cantidad de hulla existente en una misma región, la que alcanza a varios centenares de metros de espesor en muchas partes, para deducir cuan fabulosa había sido la abundancia de árboles gigantes y de plantas fantásticas de todas clases para llegar a formar, después de su destrucción y muerte, tamaños amontonamientos de negro combustible con sus petrificadas osamentas.

Todo lo que podía contribuir a ilustrar la historia natural del pasado, hacerla más interesante y atrayente, como minerales, piedras volcánicas, huesos fósiles, pertenecientes a animales cuyas especies ya no tienen representante vivo en el planeta, eran también recogidos y conservados para ir a enriquecer las colecciones existentes en los museos de las escuelas.

Con estos testigos del período antediluviano, de un significado científico tan importante, el maestro estaba en condición de formular hipótesis razonables sobre la edad de la Tierra, o mejor dicho, sobre el tiempo verosímilmente transcurrido desde las diversas épocas contemporáneas de dichos fósiles hasta nuestros días, teniendo en cuenta el número prodigioso de años necesarios para la petrificación de los cuerpos organizados, y hablando así a la imaginación del alumno, lo inducía a retrotraer con el pensamiento muchos centenares de miles de años, hasta la época en que estos organismos, entonces llenos de vida y de actividades combativas, pululaban victoriosos en mares y continentes, para hacerles comprender después cómo dicha época, por muy lejana que sea, es reciente, sin embargo, en relación al tiempo habido desde la condensación de la nebulosa terrestre en cuerpo sólido, y que en definitiva la incalculable cantidad de siglos que necesitó nuestro planeta para efectuar su total evolución y transformación en planeta habitado, hasta llegar a su estado actual, nada representa, por cuanto el tiempo es uno e indivisible, ha sido y será de toda eternidad; resultando que lo que el hombre ha computado y designado muy arbitrariamente con los nombres de años y siglos, no es más que la suma de las revoluciones del planeta sobre sí mismo o la cantidad de las vueltas que éste describe alrededor del Sol, cosa que nada tiene que ver con el tiempo.

Durante estas correrías por campos y montes, ofrecíanse, a cada paso, ocasiones de conocer las costumbres y género de vida de los insectos, la de algunos batracios y reptiles inofensivos, la de los pájaros y en general de cuantos irracionales la casualidad colocaba sobre el camino de los escolares, poniéndolos al alcance de su observación.

Se enseñaba a éstos a no ser injustos o crueles con los seres inferiores, pequeños o grandes; a respetar su vida, ya sea su aspecto exterior agradable o repulsivo, porque todos ellos cumplen su misión sobre la tierra, misión útil siempre, aunque alguna vez parezca lo contrario; ya porque no alcanzamos a comprenderla, o no logramos descifrar su significado exacto, o porque lo hacemos juzgándolo desde el único punto de vista de nuestra inmediata conveniencia, idea o suposición errónea, por cuanto la naturaleza no obra a favor o beneficio de una parte de la creación con perjuicio de la otra, pero bien por la perfección del conjunto de su obra.

Así, con mil pruebas maravillosas de su ingeniosa industria ante los ojos, el niño se convencía de la inteligencia y capacidad artística hasta de los seres más diminutos que existen en el seno de la naturaleza.

.....

Estas interesantes pláticas, en las que el maestro enumeraba y describía sucintamente las maravillas del cielo y de la tierra, constituían agradables e instructivos entretenimientos espirituales, que entusiasmaban a los niños, haciendo que ellos se dedicaran con mayor pasión a la lectura de sus libros, en, cuyos textos buscaban con avidez el necesario complemento a la exposición oral que la precedía.

Habiendo adquirido la suma total de los conocimientos enseñados en los cuatro grados primeros los alumnos llegaban finalmente a la última etapa de la instrucción escolar y del tutelaje comunista.

El programa de estudios de estos dos años finales, abarcaba todas las ramas de las ciencias exactas y positivas: matemáticas, física, química, geometría, mecánica, astronomía, anatomía comparada, biología, higiene general y educación sexual, filosofía, derecho natural, etc.

Ese período escolar, como es lógico, era el más cargado y complejo. Pero, como los jóvenes comunistas trabajaban todos con la firme voluntad de llegar airoso a la meta, este cúmulo de materias los encontraba bien dispuestos para vencer en tan provechosa lid.

Sin embargo, como paréntesis necesario para aliviar el cerebro de las fatigas de una tensión demasiada continua, los jóvenes "Quintos", como se les

llamaba, gozaban diariamente de varias horas de libertad completa, las que pasaban fuera de la Casa de Educación, empleándolas alternativamente en el aprendizaje de los oficios que más les agradara, o ensayándose en las labores agrícolas, cuando no preferían iniciarse en el cultivo de las artes nobles, gala del espíritu.

Por la noche, concluida la cena, tenían otras horas más de licencia que les permitía asistir a los conciertos o funciones en el teatro de la plaza de la Anarquía así como a las reuniones o asambleas nocturnas de la Sala del Consejo, y observar allí como se resolvían las más importantes cuestiones relativas a la cosa común; o aprovechábanlas para recorrer los depósitos y almacenes de la ciudad, con el fin de estudiar su organización interna hasta en sus más "pequeños detalles y conocer las clases de mercaderías guardadas en ellos.

Estas horas de salida concedidas a los "Quintos", no significaban de ningún modo un relajamiento en el ejercicio del tutelaje paternal de la comuna. Pero, si ese tutelaje seguía siendo invariable en estos últimos años de permanencia de los escolares en las Casas de Educación, se creía muy sensatamente que llegado el joven a la edad en que el espíritu empieza a adueñarse del organismo para substituir su propia dirección a la sugestión ajena, los "Quintos" debían tener más amplia facultad para disponer libremente de su tiempo. Ejercitándoles a guiarse solos, se procuraba no entorpecer el normal funcionamiento de su libre albedrío naciente.

Terminado el tiempo de su permanencia en la Casa de Educación, el "Quinto" entraba a formar parte, como miembro activo, de la gran familia comunista. Pero esto no quería decir que el joven anarquista dejaba definitivamente a un lado los libros y el estudio. Muy al contrario, la instrucción recibida por el alumno, era poderoso aliciente que le impulsaba irresistiblemente a la adquisición de nuevos conocimientos. Es por esta razón que la juventud libertaria seguía instruyéndose fuera de la escuela, en las muchas horas no dedicadas a la cooperación general. Los ex "Quintos" mujeres y hombres, continuaban frecuentando asiduamente las salas de anatomía, anexas a los hornos crematorios; asistían a los cursos "libres" —si esta palabra tiene significado en una sociedad donde no los había "oficiales"—, dados por aquellos sabios compañeros que descollaban en ciertas ciencias y que vulgarizaban en estas conferencias pedagógicas, los resultados obtenidos por ellos en pacientes investigaciones experimentales; o dividían su tiempo entre el salón de lectura de la Biblioteca central, donde tenían al alcance de la mano todas las obras que necesitaban para satisfacer su inextinguible sed de saber y en las que descubrían incesantemente horizontes desconocidos, al consultar aquellos preciosos archivos de la inteligencia humana, en los que estaba guardada, imperecedera, la expresión gráfica del pensamiento de los espíritus geniales, grandes innovadores, pensadores y filósofos antiguos y contemporáneos; y los estudios de otro orden, no menos atractivos o

necesarios; tomando lecciones de pintura, escultura o de música en las academias abiertas por el elemento artístico de la comuna.

El personal docente de las Casas de Educación se reclutaba del mismo modo que el de las "Cunas" o "Pouponnières"; es decir, que lo formaban educadores por inclinación, siendo completado con los alumnos que habiendo concluido todos sus estudios, manifestaban la voluntad de permanecer en ellas, impulsados por irresistible vocación.

Pero, así como las compañeras podían en todo momento, dejar de pertenecer a aquella institución infantil, el maestro, en la Casa de Educación estaba igualmente libre de abandonarla cuando así lo tenía resuelto.

Hemos dicho que los compañeros anarquistas no eran esclavos de una profesión u oficio determinado y que la variación en las ocupaciones, era regla que no tenía excepciones entre los miembros de la sociedad libertaria, y los maestros, como los demás comunistas, repartían diversamente su tiempo entre la enseñan/a en la escuela y las otras labores manuales e intelectuales fuera de ella.

Esta variación en las ocupaciones de los maestros, era tanto más fácil de realizarse que, por lo reducido de la población, el pequeño mundo estudiantil no era muy numeroso. Había siempre, por este motivo, superabundancia de educadores de uno y otro sexo, a veces varios para cada materia o tema en cada escuela y en cada grado, lo que les permitía ausentarse gran parte del día sin inconveniente alguno para la enseñanza o el cuidado de los alumnos.



Nueva Harmonía

Vista de una Comunidad como propuso Robert Owen (1838)

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	3
---------------------	---

I. Situación social e ideologías en los comienzos del movimiento obrero argentino	7
--	---

II. Dittrich: la utopía socialista (Omitida en esta digitalización)	
--	--

III. Quiroule: la utopía anarquista	
-------------------------------------	--

1. Noticias sobre el autor	18
2. Caracteres generales de la obra	21
3. Fuentes e influencias ideológicas	24
4. Crítica de la sociedad actual	30
5. La revolución	32
6. La nueva sociedad	35
7. La vida cotidiana	43
8. Otra vez en la soñada tierra del ideal	50

APÉNDICE

I. <i>Buenos Aires en 1950 bajo el régimen socialista</i> , por Julio O. Dittrich (Omitida en esta digitalización)	
--	--

II. <i>La ciudad anarquista americana</i> , por Pierre Quiroule	
--	--

[1. Los cambios revolucionarios]	63
[2. Ojeada a la nueva sociedad]	75
[3. Descripción de la ciudad]	82
[4. El Consejo, órgano de "gobierno"]	93
[5. Educación de niños y jóvenes]	96

